

Notas interdisciplinarias

La ingeniería en reversa de Tatiana Andia Rey

Tatiana Andia Rey y Carlos Andrés Baquero Díaz
(compiladores)



Notas interdisciplinarias

Para citar este libro:

<https://doi.org/10.51573/Andes.9789587988840.9789587988857.9789587988864>

Notas interdisciplinarias

La ingeniería en reversa de Tatiana Andia Rey

Tatiana Andia Rey y Carlos Andrés Baquero Díaz
(compiladores)

Universidad de los Andes
Facultad de Ciencias Sociales
Área de Sociología

Nombre: Andia Rey, Tatiana Samay 1979-2025, compiladora. Baquero Díaz, Carlos Andrés, compilador.	
Título: Notas interdisciplinarias : la ingeniería en reversa de Tatiana Andia Rey / Tatiana Andia Rey y Carlos Andrés Baquero Díaz (compiladores)	
Descripción: Bogotá : Universidad de los Andes, Facultad de Ciencias Sociales, Área de Sociología, Ediciones Uniandes, 2025. xxii, 164 páginas : ilustraciones ; 17 x 24 cm.	
Identificadores: ISBN 9789587988840 (rústica) 9789587988857 (e-book) 9789587988864 (epub)	
Andia Rey, Tatiana Samay – Homenajes Andia Rey, Tatiana Samay – Colecciones de escritos Andia Rey, Tatiana Samay – Relatos personales Sociología	
CDD 301.092 –dc23	SBUA

Primera edición: octubre del 2025

© Tatiana Andia Rey † y Carlos Andrés Baquero Díaz (compiladores)
 © Universidad de los Andes,
 Facultad de Ciencias Sociales

Ediciones Uniandes
 Carrera 1.ª n.º 18A-12, bloque Tm
 Bogotá, D. C., Colombia
 Teléfono: 601 339 4949, ext. 2133
<http://ediciones.uniandes.edu.co>
ediciones@uniandes.edu.co

Universidad de los Andes,
 Facultad de Ciencias Sociales
 Carrera 1.ª n.º 18A-12, bloque G-GB, piso 6
 Bogotá, D. C., Colombia
 Teléfono: 601 339 4949, ext. 5567
<https://cienciassociales.uniandes.edu.co/ediciones/>
libros/publicacionesfaciso@uniandes.edu.co

ISBN: 978-958-798-884-0
 ISBN e-book: 978-958-798-885-7
 ISBN epub: 978-958-798-886-4
 DOI: <https://doi.org/10.51573/Andes.9789587988840.9789587988857.9789587988864>

Corrección de estilo: Julián Naranjo Guevara
 Diagramación interior y de cubierta: Boga Visual
 Imagen de cubierta: ilustración de Juana Medina Rosas y fotografía de Felipe Cazares (Universidad de los Andes)
 Ilustraciones: Juana Medina Rosas

Impresión:
 Imageprinting Ltda.
 Carrera 27 n.º 76-38
 Teléfonos: 601 631 1350 - 601 631 1736
 Bogotá, D. C., Colombia
 Impreso en Colombia – *Printed in Colombia*

Este libro cuenta con el aval de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de los Andes.

Universidad de los Andes | Vigilada Mineducación. Reconocimiento como universidad: Decreto 1297 del 30 de mayo de 1964. Reconocimiento de personería jurídica: Resolución 28 del 23 de febrero de 1949, Minjusticia. Acreditación institucional de alta calidad, 10 años: Resolución 000194 del 16 de enero del 2025, Mineducación.

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida ni en su todo ni en sus partes, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electro-óptico, por fotocopia o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

Contenido

Prólogo

Vivir con Samay · xi

ANDRÉS ELÍAS MOLANO

Introducción · xiii

CARLOS ANDRÉS BAQUERO DÍAZ

Nuevo diario · xix

TATIANA ANDIA REY

Samay · xxI

TATIANA ANDIA REY

Primera parte

Biografía e historia · 3

TATIANA ANDIA REY

La soledad en una pastilla · 7

TATIANA ANDIA REY

La enseñanza como provocación · 11

JUAN MANUEL GONZÁLEZ

Las conexiones · 19

TATIANA ANDIA REY

La multidisciplinariedad y la economía · 23

ÁLVARO MORALES

Crisis y cambio social · 31

TATIANA ANDIA REY

**Recrear el mundo previo al Acuerdo sobre los ADPIC:
cambios en las políticas del acceso a las medicinas · 35**

KEN SHADLEN

El cancerológico · 45

TATIANA ANDIA REY

El miedo a la muerte · 49

TATIANA ANDIA REY

Segunda parte

La vida y la muerte sin hijos · 55

TATIANA ANDIA REY

**La economía política del derecho a la salud o sobre
cómo no desver, según Tatiana Andia · 57**

EVERALDO LAMPREA MONTEALEGRE

Transformar mi realidad · 67

TATIANA ANDIA REY

El método Tatiana Andia · 71

CÉSAR RODRÍGUEZ GARAVITO

Saber morir · 75

TATIANA ANDIA REY

Apuntes sobre cómo estudiar a gente como tú · 79

DIANA GRAIZBORD Y MICHAEL RODRÍGUEZ-MUÑIZ

La ceguera y los insultos · 87

TATIANA ANDIA REY

Tercera parte

Las líneas rojas y las despedidas · 91

TATIANA ANDIA REY

**La sociología a través del amor: lo que aprendí
caminando y escribiendo juntas · 97**

NITSAN CHOREV

El cáncer es como la vida · 103

TATIANA ANDIA REY

**Aprender de otros y con otros: la ingeniería en reversa como
forma de enseñar a hacer preguntas sociológicas · 105**

PAOLA MOLANO AYALA

Las líneas grises: lo que he aprendido de la última etapa del cáncer · 113

TATIANA ANDIA REY

**Revoluciones íntimas: Tatiana Andia y la amistad
como método en la sociología y en la vida · 119**

JUAN SEBASTIÁN GÓMEZ

MARÍA CAMILA JIMÉNEZ

ESTEBAN JEREZ DÍAZ

MARÍA GABRIELA VARGAS

Los hombres que me cuidan · 129

TATIANA ANDIA REY

Abrirle un espacio a la sociología colombiana y latinoamericana · 135

MARÍA JOSÉ ÁLVAREZ RIVADULLA

Mi calendario · 139

TATIANA ANDIA REY

Epílogos

Observar y describir: el método y los metodólogos · 143

TATIANA ANDIA REY

**Tatiana Andia y las conversaciones necesarias
sobre la vida, la salud y la muerte · 147**
SERGIO SILVA NUMA

Poesía matutina, escritura y la carrera contra el cáncer · 151
TATIANA ANDIA REY

Llamadas telefónicas · 153
PATRICIO PRON

Cosas que extraño · 155
TATIANA ANDIA REY

Se acabó la fiesta · 157
TATIANA ANDIA REY

Reseñas biográficas · 159

Prólogo

Vivir con Samay

ANDRÉS ELÍAS MOLANO

TODO COMENZÓ CON una idea radical. La creencia fundamental de que todo el mundo está equivocado, y nosotros dos estamos en lo correcto. No es raro que muchas relaciones comiencen así; lo que es único es que esa idea radical se ha mantenido, nutrido y desarrollado, y que se mantendrá por toda la eternidad entre nosotros.

Me imagino que en este libro habrá muchas exaltaciones a la agudeza mental, arrojo y “punkerismo” de la mujer más fascinante del mundo. La mayoría de estas historias son ciertas, simplemente porque son escritas en su mayoría por personas honestas que conocen de primera mano una de las facetas o caras de Samay. Mi problema para escribir este prefacio es que yo las conozco todas, y como se imaginarán, tratar de hacer una comprensión cognitiva de estas caras es humanamente imposible. Por eso ni lo intento, porque no importa lo que todo el mundo diga: ella y yo tenemos la razón.

De los muchos significados del nombre Samay en quechua, el que más me gusta, y que a veces siento que hasta nosotros mismos nos lo inventamos —qué importa, igual nosotros siempre tenemos la razón—, es la corriente fuerte que se mueve por debajo de un río en calma. Esa corriente que toma por sorpresa a quien no la espera y la lleva al otro lado del río. Eso es vivir con Samay. No sabemos adónde vamos a llegar y no importa, porque ella guía y lleva, y yo no me resisto.

En las teorías académicas que alguna vez me interesaron, siempre se debaten las explicaciones de por qué dos personas se conectan y se aman. Es que los pájaros de la misma pluma vuelan juntos, o es que la influencia de quien uno

ama es tan grande que terminamos cambiando nuestros comportamientos, actitudes y emociones por la influencia del otro. En mi propio piloto de entender estas cosas invertí la mayor parte de mi vida profesional, y luego conocí a Samay. La homofilia existe. No éramos tan diferentes al comienzo, y tal vez por eso rápidamente comprendimos que éramos los dos quienes teníamos la razón, y el resto del mundo estaba mal. Sin embargo, después de haber vivido todo el libro de desarrollo humano con Samay, es innegable que seguimos teniendo la razón, pero que hemos cambiado por efecto de la única fuerza en el mundo que es imparable: el desarrollo humano. Samay es el desarrollo humano.

A quienes lean este libro —que yo no leeré—, los invito a tratar de comprender las historias de la vida de Samay como ejemplos o ilustraciones —*snapshots* si se quiere— de una vida plena y feliz. Sin embargo, les advierto que estas no son las parábolas de su vida; no hay enseñanzas profundas detrás de ellas. Por más que mucha gente se vea inclinada a pontificar sobre ella, el lector debe saber que la corriente que es Samay nunca para, y que tratar de entender una corriente a partir de fotos estáticas requiere de muchos supuestos que no vale la pena delimitar. Mi único consejo es leer este libro como es Samay: como esa fuerza que nunca para y que siempre tiene la razón.

Introducción

CARLOS ANDRÉS BAQUERO DÍAZ

LA CREACIÓN COLECTIVA de este libro, *Notas interdisciplinarias. La ingeniería en reversa de Tatiana Andía*, como la metodología usada por Tatiana, partió de un sentimiento, de una intuición y de una idea y, desde ahí, echamos para atrás. Después de que Tatiana, César y yo tuvimos las primeras conversaciones sobre este proyecto, ella implementó su misma lógica de investigación para definir y desarrollar el sentido de este libro; el contenido, las preguntas y, al mismo tiempo, las autoras y los autores.

En vísperas de un viaje a Italia, que Tatiana hizo con Andrés Elías a mitad del 2024, intercambiamos un documento, llamadas y mensajes de WhatsApp para definir el flujo del texto, las preguntas que Tatiana quería formular y los encargos a varias de las personas que hacían parte de su galaxia: amigas y amigos con quienes compartió la vida. Es decir, que estudiaron, trabajaron, bailaron, comieron y discutieron con Tatiana. Como lo experimentarán las lectoras y los lectores, uno de los puntos fundamentales del método de la ingeniería en reversa es que diluye las fronteras de la investigación para ampliar la duda a todos los ámbitos de la vida.

Al tener un borrador final del esqueleto del contenido que Tatiana terminó en España, nos dedicamos a enviar las invitaciones a las amigas y los amigos que recibirían una tarea titánica. En pocas palabras debían reflexionar acerca de una pregunta amplia de la investigación social que habían explorado con Tatiana —lo cual es lo mismo que decir que podrían contar parte de sus experiencias con ella, mientras desenmarañaban la forma específica de hacer ciencias sociales que Tatiana desarrolló a lo largo de su vida—.

Además de traer las voces de la comunidad de Tatiana, en este libro reunimos una serie de sus textos más recientes. Desde finales del 2023, ella retomó su voz de columnista. Como en gran parte de su labor como profesora e investigadora, sus columnas crearon un género literario en el que mezcló la etnografía, su experiencia personal y el trabajo académico. Aquí trenzamos *las columnas no-columnas*, como las llamó Tatiana, en orden cronológico entre cada capítulo. A su vez, incluimos un par de notas cortas que escribió para hablar del tiempo y los recuerdos. Con ellas, traemos a esta publicación una de las labores favoritas de Tatiana —escribir—, acompañadas de una serie de ilustraciones que Juana Medina imaginó a partir de un archivo fotográfico inmenso que construimos acerca de Tatiana y sus mundos.

El método de la ingeniería en reversa es parte del hilo conductor de este libro. El que yo experimenté con Tatiana, sin embargo, habita fuera de los artículos académicos y las recomendaciones de política pública. La ingeniería en reversa que practicamos la llevamos a diferentes cocinas —nuestros portales favoritos—, en las que nos juntamos sin receta preestablecida, pero fieles al método, con un deseo claro, la olla azul y un delantal; es decir, teniendo un sentido amplio y preciso de lo que queríamos servirle a nuestra comunidad y desde ahí ver qué ingredientes lo harían posible. Cocinábamos siguiendo la intuición y la idea, lo mismo que Tatiana y su comunidad han hecho para resolver preguntas urgentes que van desde la inequidad y el acceso a la salud, hasta la construcción de instituciones educativas.

Fiel a la ingeniería en reversa de documentos y tablas de picar, este libro representa un equilibrio entre el proyecto inicial, la sorpresa y el asombro. Y ese primer contenido que Tatiana destiló en julio del 2024 fue mutando para, como los curris, ceviches, asados y arroces que cocinábamos, ser un testimonio vivo de la ingeniería en reversa en la práctica. Al añadir nuevas conversaciones, *posts* en redes sociales, recuerdos y notas de voz, esta obra se transformó en lo que tienen en sus manos. Es por eso que el libro es una fusión. Acá las lectoras y los lectores encontrarán tanto un homenaje a Tatiana, como un texto de investigación social que será de gran utilidad para las personas interesadas en entender problemas complejos.

La contribución y el cariño de cada una y cada uno de los escritores fue fundamental, al igual que el apoyo incondicional de César Rodríguez Garañito, con quien, además de Tatiana, soñamos este libro. Una vez terminamos el manuscrito, la edición cuidadosa y muy meticulosa de Sebastián Felipe Villamizar Santamaría fue esencial para que, como lo dice él, cada texto mostrara diferentes facetas del trabajo de Tatiana. A su vez, Sebastián Felipe tradujo al español los capítulos de Diana, Michael, Ken y Nitsan, que fueron escritos

originalmente en inglés. *Razón Pública* y *El Espectador*, medios en los que Tatiana publicó varios artículos, nos permitieron republicar versiones editadas de sus textos en esta compilación. Finalmente, esta publicación no hubiera sido posible sin que Ediciones Uniandes, especialmente María José Álvarez Rivadulla, Matthieu de Castelbajac, Natalia Ceballos, Josefina Marambio y Jaime Julián Cortés hubieran decidido homenajear a Tatiana y hacer que ella y su trabajo continuaran estando en su casa académica. A todas ellas y todos ellos, millones de gracias por celebrar a Tatiana y hacer eco de las experiencias y los aprendizajes que tuvieron juntos.

De tal manera, este libro es, como lo nombramos con Tatiana, un portal, como los que describió Reinaldo Arenas y los que vimos en la televisión proyectados por Rick Sánchez, después del amoroso adoctrinamiento de Andrés Elías y Sebastián Felipe. En cada capítulo, las lectoras y los lectores viajarán a partes de la vida de Tatiana y a su apuesta colectiva de actuar y pensar en el mundo. El libro está construido a partir de un prólogo, tres secciones temáticas y un epílogo mixto, que son cosidos por textos de Tatiana. El reto y el deseo eran, y aún son, una mezcla de sentimientos y enseñanzas que queríamos hacer explícitas sobre su vida y su trabajo. Aunque la idea de las secciones rompe con la visión holística que ella practicó, adoptamos la metáfora para organizar las preguntas que exploran cada uno de los escritos.

En el prólogo, Andrés Elías Molano, el amor de la vida de Samay, cuenta cómo fue vivir con ella. Seguidamente, en la primera sección temática reunimos los textos que discuten la visión disciplinaria de Tatiana o —como ella lo llamó en su perfil de Twitter— de su visión *bien interdisciplinaria*. En esta parte del libro los autores se preguntan por la fascinación y el proyecto de Tatiana de sobrepasar las fronteras disciplinarias y los enfoques fragmentados de las ciencias sociales. Para esto, Juan Manuel González discute las perspectivas sobre el desarrollo y la manera en que estas, como disciplina y como ciencia, tuvieron un impacto directo en el trabajo que hicieron juntos en el Centro Interdisciplinario de Estudios sobre el Desarrollo (Cider) de la Universidad de los Andes. Después, Álvaro Morales trae a colación parte de las conversaciones que tuvo con Tatiana sobre la visión estrecha de la economía y cómo se pueden establecer, a través de la práctica, proyectos interdisciplinarios de investigación e incidencia. Esta sección cierra con una reflexión de Ken Shadlen, con quien Tatiana, durante su paso por la London School of Economics, pensó la regulación global de la propiedad intelectual de los medicamentos y algunas estrategias para introducir un criterio de justicia dentro de esta industria.

En la segunda sección, las autoras y los autores se concentran en explorar la apuesta metodológica de Tatiana. Everaldo Lamprea, desde el trabajo que

hicieron juntos, estudia la construcción de la economía política del derecho a la salud y las interpretaciones creativas para proteger a las personas más vulnerables. César Rodríguez Garavito escribe acerca de la sociología de Tatiana, una que ella ejerció con todos los sentidos y que se entrelaza, como en los mandalas, con una vida en círculos. Diana Graizbord y Michael Rodríguez-Muñiz, con quienes estudió en la Universidad de Brown, se adentran en una pregunta clásica de las ciencias sociales: quién es el sujeto de estudio. En sus conversaciones exploraron cómo Tatiana estudió su papel como burócrata y las burocracias, incluidas algunas personas por las que sentía cariño y afinidad.

Las autoras y los autores de la tercera sección expanden el papel de Tatiana como estudiante y como profesora o, más bien, los tránsitos que hizo al interior y en los bordes de las universidades. Nitsan Chorev camina con Tatiana para retratar los pasos que construyeron su relación y la forma en que fusionaron el cariño y la escritura en un vínculo que mutó desde profesora-estudiante, para luego ser colegas y después amigas. La complejidad metodológica tuvo un eco en las clases que dictó Tatiana en la Universidad de los Andes, y Paola Molano retoma la experiencia de ser su estudiante para presentar una visión poderosa de la manera en que Tatiana usó la ingeniería en reversa para enseñarles a pre-guntarse cómo se hacen (en vez de qué dicen) los textos que leían. Por su parte, Juan Sebastián Gómez, Esteban Jerez, María Camila Jiménez y María Gabriela Vargas, sus estudiantes en Los Andes, presentan cómo el método de enseñanza de Tatiana sobrepasa los salones de clase y se impregna en las conversaciones cotidianas, todas, como momentos de estudio sociológico y de apoyo ilimitado. María José Álvarez Rivadulla cierra esta sección con el texto que escribió para este libro y leyó en el Tati Fest, la celebración que le organizó el Área de Sociología de Los Andes en la segunda mitad del 2024. Allí María José desmenuza el proyecto de construir un departamento de sociología juntas y de insertar el pensamiento sociológico dentro de la Facultad de Ciencias Sociales.

Finalmente, cerramos este libro con un epílogo mixto. Sergio Silva Numa, con quien Tatiana trabajó para entender el poder detrás del sistema de salud, presenta el perfil que escribió en el periódico *El Espectador* para celebrar la vida de Tatiana en diciembre del 2024. Y, por último, Patricio Pron cuenta cómo, cuando se enteró del club de lectura en notas de voz que Tatiana y yo teníamos y en el que leímos una de sus novelas, pensó acerca de la relación que tienen los escritores con sus lectores, a quienes no conocen.

Tatiana Andia Rey es el portal, la fuerza, la escritora y la lectora de este libro. Y este libro es un reconocimiento a la forma en que cambió la vida, el corazón y el pensamiento de esta comunidad, que tuvo la fortuna de hacer ingeniería en reversa de sus propias experiencias colectivas con ella.



Ilustración de Juana Medina Rosas

Nuevo diario

TATIANA ANDIA REY

HACE ALGUNAS SEMANAS, Víctor Andrés (la Biblia) Barrera me leyó *Léxico familiar*, de Natalia Ginzburg. Quedamos impactados y, cuando lo terminamos, huérfanos. Yo había decidido no volver a escribir, en parte porque el formato que estaba usando, el de la columna no-columna me pareció desgastado y exigente en un momento difícil de la enfermedad, en parte porque sentí que se me agotaron las ideas.

El libro de Natalia me devolvió la inspiración y me mostró que hay otros formatos posibles.

Decidí entonces escribir estos fragmentos con reflexiones funerarias. Un homenaje a ella, a mis mayores amores (Andrés Elías, mi padre, mi madre, mis hermanos, mis sobrinas y mis amigues más intimes) y a mí misma.

Del léxico familiar de Natalia me sorprendió su tono íntimo, así que estos fragmentos buscan reproducir algo de ese tono. También me gustó la idea de colecciónar, a través de expresiones familiares, anécdotas y reflexiones existenciales.

No todos los fragmentos que quedan aquí salen de alguna expresión familiar, pero muchos sí. Mi objetivo principal es enfrentar la muerte celebrando la vida; la mía y la de mi familia.

Samay

TATIANA ANDIA REY

QUISIERA EMPEZAR ESTOS fragmentos con uno sobre la historia de mi nombre.

Mi padre siempre les ha apostado a los nombres en quechua y con significado. Por eso mi hermana y yo tenemos nuestro segundo nombre en quechua. El de ella es Kori, que traduce “riqueza” y el mío es Samay, que durante años traduje como “tranquilidad y reposo”. Mi madre, un tanto más pragmática, quería que tuviera un nombre más común, que a ella y a mis hermanos les gustara y que disminuyera la probabilidad de que me matonearan por él en el colegio. De ahí salió el Tatiana, que efectivamente utilicé como nombre de pila toda la vida y que es como me conoce la mayoría de la gente.

Como a la mayoría de las Tatianas, mis más allegados me llaman Tati, Tata o Tatica. Los únicos que me dicen Samay son Andrés Elías y mi hermano Boris, a quien yo le digo de cariño Boris Nené, como derivación amorosa de su original Boris René. Pero estoy casi segura de que el primero que lo utilizó naturalmente como mi nombre de pila fue Andrés Elías y mi padre lo amó por ello. Andrés Elías fue también el más curioso por conocer el significado de Samay, porque nunca estuvo muy convencido del “tranquilidad y reposo”. Efectivamente mi personalidad es tranquila y reposada, pero también soy traviesa, curiosa y lo que él identificó como “imparable”.

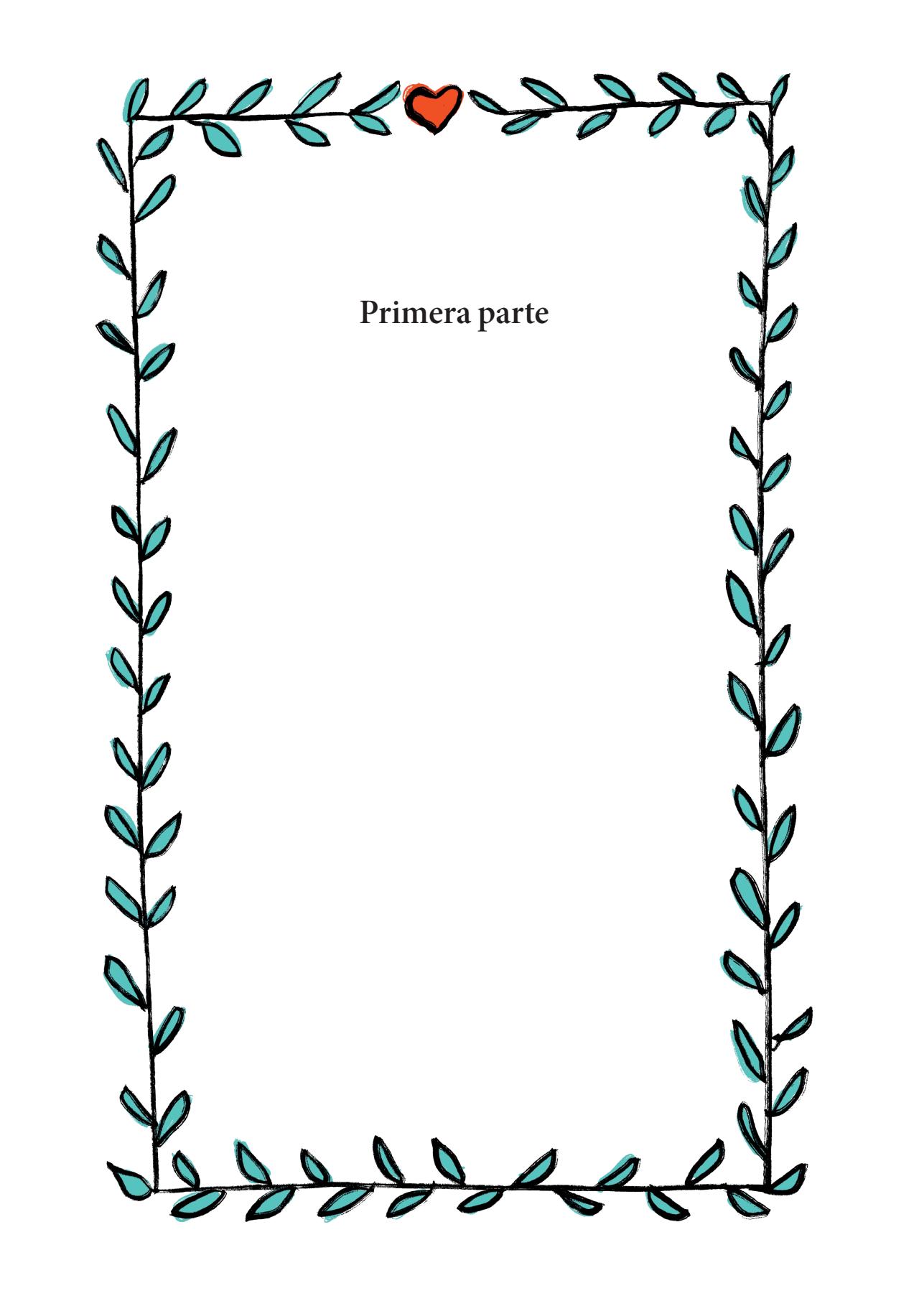
Probablemente por eso le gustó más un significado, que encontró indagando por su cuenta, que traducía *samay* como la corriente que va por debajo del río, aunque parezca calmado en la superficie. Cuando Andrés Elías encontró esa traducción la tomamos como la más afinada por un buen tiempo, pero también comenzamos a preguntarle insistentemente a mi padre por el origen del nombre.

Mi padre comenzó a responder a nuestra pregunta con una palabra compuesta: *samaypata*, que, de acuerdo con su traducción, significa el lugar al que se llega para tomar aire cuando se está subiendo una montaña y que permite continuar subiendo.

Más adelante nuestros amigos Carlos Andrés y César reportaron haber conocido otra Samay del pueblo sarayaku de Ecuador y haber preguntado por el significado para ellos. Aunque las palabras no fueron exactamente iguales, la esencia del significado sí. Para los sarayaku, *samay* significa respiración o aire, pero justamente el aire que se toma cuando se está ahogado. Esta versión encaja muy bien con la de *samaypata* de mi padre, aunque no tanto con la de Andrés Elías de la corriente del río. Carlos Andrés reportó haber preguntado más específicamente por ese posible significado y resultó que para los sarayaku existe otro significado que podría acercarse un poco más a este. Para ellos *samay* también significa la tranquilidad propia de los viejos, la del final de la vida, la que está cargada de sabiduría.

Por estos días del final de la vida he sentido que no podía haber un mejor nombre para mí. Me siento sabia y tranquila, pero, a la vez, con respiración y algo de aire para dar.

Así que aquí voy.



Primera parte

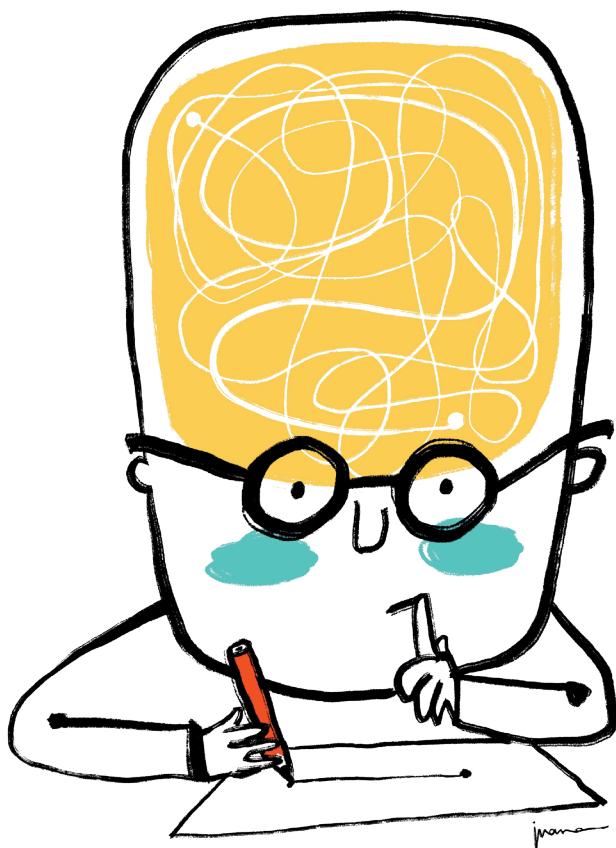


Ilustración de Juana Medina Rosas

Biografía e historia*

TATIANA ANDIA REY

EN SU LIBRO *Microversos: observaciones sobre un presente destrozado*, Dylan Riley, profesor de sociología de Berkeley, recopila una serie de notas o reflexiones espontáneas acerca de lo que él llama “un contexto en el que se combina una crisis social y de época —la pandemia de covid y los últimos meses de Trump— con una crisis personal devastadora”: la enfermedad de su esposa Emanuela. Las notas, escritas durante un periodo de menos de un año, versan sobre la política, su vida personal y la sociología y, en mi opinión, son un bálsamo ante la cada vez más acartonada escritura de artículos académicos publicados en revistas indexadas.

Como una especie de premonición, decidí asignar *Microversos* en mi clase de sociología política y del desarrollo del primer semestre del 2023. Mi intuición era que el libro podía motivarnos a pensar, sin tantas reservas, acerca de la coyuntura histórica de Colombia y del mundo. Me gustaron el formato, la ideación libre pero teóricamente aguda y las observaciones provocadoras acerca del presente y futuro de la izquierda europea y americana. Jamás pensé que mi conexión con el libro trascendería de lo académico a lo personal y, mucho menos, que lo utilizaría de inspiración para lo que aquí quiero proponer.

Desde hace unos días vengo recibiendo, a cuentagotas, examen tras examen, en la confluencia de un mundo de tecnologías diagnósticas y especialidades médicas, una de esas noticias devastadoras para las que nadie está preparado. Con la biopsia definitiva en mano, mi oncóloga, a quien he visto apenas dos

* Una versión de este texto fue publicada en *Razón Pública* el 20 de septiembre del 2023.

veces, me dio a conocer mi diagnóstico definitivo: cáncer de pulmón metastásico (y ya considerablemente metastatizado) de células no-pequeñas con una mutación del gen FGFR en exón 18.

Este diagnóstico cierra un ciclo corto, pero a la vez eterno, de incertidumbre y ansiedad. Sin embargo, por sí solo no significa nada. En el contexto de mi vida, en cambio, significa un remezón existencial instantáneo y brutal.

Para mi cuerpo, significa que el fuerte dolor de espalda, el que podía resultar de un mal movimiento por alguna jugada de tenis innecesariamente heroica, me seguirá torturando. Para mi vida práctica, significa que las visitas al Instituto Nacional de Cancerología ya no serán con fines investigativos y que los túneles de tomografías y resonancias, los trámites administrativos y las salas de espera serán el pan de cada día.

Para mi espíritu, significa que tendré que reconciliarme con las miradas de compasión, dolor, angustia y a veces lástima que me propinan quienes a vuelta de redes sociales virtuales o presenciales saben que algo trágico me está pasando. También significa vivir con la espada de Damocles de recibir la noticia, en unos meses o en un par de años, de que el tratamiento de quimioterapia oral y dirigida dejó de servir.

Para las personas que más me aman, mi esposo, mi padre, mis hermanos y mis amigos, el diagnóstico significa que una presencia fundamental en su vida amenaza con extinguirse más pronto de lo que se dieron el lujo de imaginar.

En últimas, como cualquier diagnóstico de cáncer, el mío también significa que la vida es corta, o un suspiro, o un ratito, como dice la cultura popular a la que solo le ponemos atención cuando estamos “esotéricos y trascendentales”, como solía decir mi madre.

Como es obvio, ante semejante giro en la narrativa de mi propia vida, he estado pensado mucho qué hacer con el único tiempo que tengo: el presente. Ante esa pregunta existencial, la mayoría de las personas bienintencionadas sugieren, no siempre sin moralismo, condescendencia y recriminación, que debo concentrar mi energía en *aliviarme*, como si se tratara de una gripe, o como si el alivio estuviera por completo en mis manos. Mi reacción visceral y probablemente injusta ante esas recomendaciones, usualmente acompañadas de imágenes de guerrera valiente, ha sido, en el mejor de los casos, la indiferencia, y en el peor, el franco madrazo.

Entendiendo que un poco más de un mes no es tiempo suficiente para responder de manera definitiva a la pregunta de qué hacer con el tiempo presente, he decidido, en todo caso, dedicar una porción de este a hacer un esfuerzo imaginativo por conectar biografía con historia, como proponía el sociólogo estadounidense C. Wright Mills. Es esto lo que pretendo hacer en las columnas

de opinión que comenzaré a publicar en este espacio mensualmente a partir del 15 de octubre. Siguiendo el ejemplo de *Microversos*, y en la medida de lo posible, intentaré entrelazar mi experiencia vital con mi trayectoria académica y con la coyuntura.

Agradezco al equipo de *Razón Pública* por la generosa invitación y espero que algunos de los lectores se animen a acompañarme en este espacio, que prometo no será para el lamento y la autoconmiseración, sino para la reflexión genuina sobre la vida y la sociedad.

La soledad en una pastilla*

TATIANA ANDIA REY

A PESAR DE haber trabajado toda mi vida profesional en temas de salud, sabía muy poco del cáncer que me cayó encima, como un accidente, repentino y devastador. El cáncer de pulmón, he aprendido, no es una condena merecida a fumadores. Es prevalente también en personas con vidas saludables, personas buenas, probas. El mío, en particular, me lo han descrito como un cáncer de “mujeres jóvenes no fumadoras”. ¡Qué alivio! Alivio porque no parece ser culpa mía. No es el resultado de la vida intensa que he llevado, sin pausa, sin cautela. Alivio porque ya tengo qué responderle a quienes, con una buena dosis de superioridad moral, me hacen preguntas capciosas sobre el cigarrillo, probablemente con el único fin, consciente o inconsciente, de sentirse a salvo.

Mi reacción intuitiva y casi visceral, desde un principio, fue resistirme a buscar en Google y en revisiones sistemáticas para tratar de entender, por mis propios medios, lo que sabemos acerca de la “compleja situación de salud por la que atravieso” (como a prácticamente todas las personas les gusta llamar eufemísticamente al simple y lapidario cáncer).

Sorprendentemente resistí el impulso autosuficiente y decidí confiar únicamente en las personas que le han dedicado su vida a la oncología, una profesión que me parece un tanto trágica. Acostumbrada a las controversias científicas, como muy bien las han descrito los estudios sociales de la ciencia, me tranquilizó el consenso rotundo, entre varios oncólogos expertos en pulmón, sobre la

* Una versión de este texto fue publicada en *Razón Pública* el 16 de octubre del 2023.

alternativa terapéutica preferida para mi mutación. Todas y todos apuntaron hacia una terapia dirigida, un medicamento de segunda generación, disponible hace menos de una década, que mantendrá el cáncer controlado, y hasta mermado, por un tiempo.

Cuando las oncólogas nos dieron la noticia del curso del tratamiento a Andrés Elías, el amor de mi vida, y a mí, nos tranquilizaron varias cosas: que se tratara de un medicamento, una pastilla como cualquier otra, que se toma en casa, a solas, sin catéteres permanentes y horas dedicadas a contemplar su administración en una fría sala de hospital. Nos tranquilizó también que, aunque incómodos, los efectos adversos descritos parecían menos horribles que los de la quimioterapia. Ya tengo acné, diarreas y náuseas. Probablemente en un futuro tendré llagas en la boca y/o las uñas infectadas. Pero no perderé días enteros por malestar general, ni andaré por la vida demacrada, calva, o luciendo algún turbante de esos que identifican a los “luchadores” contra el cáncer.

En general, que fuera una pastilla sonaba bien, o no tan mal. Pero cuando, unos días después y ya iniciado el tratamiento, un amigo oncólogo me explicó con detalle los avances de la investigación sobre el cáncer de pulmón y las promesas de tratamiento que podrían prolongar mi vida por varios años, no sentí alivio alguno. En su lugar, sentí una profunda angustia existencial.

No me puse dichosa por la fortuna de haberme enfermado en la era de la genómica, de la inteligencia artificial, de los billones de dólares invertidos a nivel global para identificar mutaciones genéticas e inhibir el crecimiento de cánceres antes intratables. No me alegré de que hoy el cáncer sea una enfermedad crónica más, como la hipertensión, como la diabetes, como el sida. Todo lo contrario, al salir del consultorio de mi amigo me sentí desolada y con ganas de llorar.

Después de varios días de confusión pude entender mis emociones y escribir esta columna, no sin dificultad y, por lo tanto, con un poco de retraso. Lo que me angustió fue la sensación de desconexión, de abandono. Lo que me disgustó fue la rapidez con la que el “solucionismo” tecnológico remplazó la reflexión profunda acerca del sentido de la vida.

Hasta ese día había estado empeñada en transitar el camino incierto, doloroso y significativo hacia lo más humano, que es la muerte. Hasta ese día había estado contemplando a mis seres queridos recordando el hermoso tiempo compartido. Hasta ese día había pensado en las conexiones con los demás, con la naturaleza. Pero, de un tajo, la idea de una pastilla mágica me arrebató el proceso.

Lo que sentí fue una profunda soledad. No la soledad de la enfermedad, sino la soledad del acto individual de medicarse y sobrevivir a toda costa, sin importar las condiciones y las conexiones que hacen posible y deseable la vida misma. Esa soledad propia de una sociedad individualizante y utilitarista que atribuye

la enfermedad y la salvación al comportamiento individual. Una sociedad que aliena y adormece.

No reniego de la ciencia ni pretendo negar las puertas que nos abre la tecnología, antes impensables. Pero me resisto a vivir a toda costa y a cualquier precio, sin considerar lo que me une a los míos y a los otros, a los sanos, a los enfermos, al complejo médico-industrial. En últimas, me queda mucho por pensar y por escribir acerca del cáncer, que no es una “enfermedad crónica”, sino que es “como la vida misma” (como dice Alejandro Gaviria).

La enseñanza como provocación

JUAN MANUEL GONZÁLEZ

LA IDEA DEL desarrollo ha estado en el imaginario colectivo de una gran parte de la humanidad por más de setenta años. Emergió como una posibilidad a mediados del siglo xx, incluso como una promesa para los habitantes de América Latina, Asia y África, mientras se reconocía la independencia política de los últimos países aún bajo sistemas coloniales europeos. El desarrollo se convirtió en el marco de referencia y el proyecto a seguir por excelencia para estas regiones y para los jóvenes Estados nacionales. En el despliegue del desarrollo confluyeron varios procesos: surgió el campo de la economía del desarrollo al interior de la disciplina económica; se configuró una nueva relación entre los países del norte, considerados desarrollados, y los países no desarrollados, que se expresó como la cooperación internacional y la ayuda externa; se materializó la planificación del desarrollo como teoría y como práctica, y se crearon organizaciones para estos fines en muchos países del sur; también se organizaron y llevaron a cabo innumerables misiones de expertos provenientes de Europa Occidental y Estados Unidos a países del sur para ayudar a crear las condiciones propicias para su “despegue”.

El desarrollo fue inicialmente definido como desarrollo económico, y se puso gran parte de la atención en la capacidad de producción de estas nuevas economías nacionales con el objetivo de que pudieran producir más y más bienes y servicios (es decir, obtener crecimiento económico). De tal manera, se estableció una equivalencia macroeconómica entre niveles de producción de un país y el ingreso total de su población. Dado que la característica fundamental de los países no desarrollados (“subdesarrollados”, como se les decía en esa época)

era su pobreza, definida en términos de bajos ingresos, el objetivo central se convirtió en hacer crecer los ingresos de las personas a través de mayores niveles de producción de la economía correspondiente. Con esto podrían aumentar los niveles de consumo de la población y así se lograrían mayores niveles de bienestar. Hay, desde luego, una cantidad enorme de supuestos detrás de estos argumentos, y hay numerosas escuelas de pensamiento que difieren en cuanto a los factores que privilegian para echar a andar estos procesos.

Muy rápidamente, a unos pocos años de haber iniciado esta “era del desarrollo”, aparecieron preocupaciones con la evolución de dichos procesos económicos. Las economías de muchos de estos países crecieron a gran velocidad, pero no se crearon los empleos esperados y los ingresos de las mayorías no aumentaron de manera sustancial. Además, comenzaron a aparecer distintos problemas relacionados, de una u otra manera, con los procesos desencadenados por las apuestas de desarrollo económico realizadas “desde arriba”. Algunos de estos son: inequidad y desigualdad y sus diversas manifestaciones (de género, étnica, intrafamiliar, territorial); el deterioro ambiental y el complejo balance entre actividades productivas y la protección de los sistemas naturales que los sustentan; el reclamo cada vez mayor del reconocimiento a la diversidad cultural; los complejos replanteamientos de lo local en el contexto de procesos de globalización; o la violencia recurrente en torno a la explotación de recursos minerales y al acceso de materias primas clave. Como podrá ver quien lee este ensayo, estos y otros problemas similares siguen muy vigentes hoy.

A raíz de todo esto, para muchas personas se ha vuelto evidente que lo que se ha llamado desarrollo realmente tiene que ver con muchos más aspectos de la vida colectiva, además de la economía y su capacidad de producción. El conjunto de estos llamados de atención ha sugerido que los procesos de desarrollo involucran varias cosas, como arreglos y formas distintivas de organización social; reglas de juego formales y no formales que encuadran interacciones y orientan comportamientos individuales y colectivos (o “instituciones”); opciones tecnológicas particulares para llevar a cabo las diversas actividades de la vida social y productiva; marcos de relacionamiento entre Estado, mercado y sociedad, y la definición del papel y las funciones de cada cual dentro de esos marcos; relaciones particulares con los entornos naturales; y el encuentro entre diversas propuestas culturales, dada la diversidad de las poblaciones involucradas.

Al abrir la noción de desarrollo más allá de lo económico y asumirla de manera más amplia para incluir las dimensiones anteriores, se puede sugerir que al final de cuentas todo esto tiene que ver con qué significa vivir en sociedad, qué tipo de sociedad se quiere en distintos lugares y tiempos, y cómo llegar allá de forma colectiva. Al ver el desarrollo así, se comprende que esto

necesariamente va a contener muchas y muy diversas aspiraciones, imaginarios, deseos, necesidades y metas, todas las cuales se basan en supuestos, valores, ideales, motivaciones e intereses particulares de individuos y de colectivos. Sería razonable pensar que todo esto fuera objeto de negociaciones y acuerdos colectivos. Y eso conlleva la pregunta: ¿dónde y cómo llevar a cabo todo esto?

¿A qué voy con esta muy breve exposición sobre desarrollo? Lo presento aquí como contexto para hablar de un proyecto académico en la Universidad de los Andes que inició en el primer quinquenio de los 2000 y en el que Tatiana desempeñó un papel fundamental en el diseño e implementación. Este proyecto se llevó a cabo en el Cider, un centro de estudios interdisciplinarios de la universidad que funciona como una unidad académica autónoma. Nuestra apuesta fue tomar el desarrollo como objeto de estudio, problematizando la noción, el proyecto mismo, las teorías y las prácticas detrás de él, e investigar los múltiples procesos sociales asociados con el diseño y el despliegue de las acciones encaminadas a su logro. Convencionalmente, los estudios y la práctica del desarrollo (económico) lo han tomado como una meta no problemática, un punto de llegada claro y deseable, cuantificable y posible de ser planificado. Los ejercicios asociados con esto se han asumido, en últimas, de carácter técnico, es decir, de naturaleza tecnocrática. Al tomar el desarrollo como objeto de estudio la perspectiva cambia; se toma el desarrollo como un lente para observar diversos tipos de procesos sociales que están relacionados con apuestas encaminadas a conseguirlo pero que, en general, se contemplan de manera separada y aislada.

Este tipo de ejercicios requiere la colaboración y la comunicación de varias disciplinas que permitan analizar las múltiples facetas de la vida en sociedad de manera articulada. Sugerir un enfoque interdisciplinario para el estudio del desarrollo en la universidad no fue fácil. Esto era novedoso en el país e, incluso, en América Latina. En un contexto en el que el discurso del desarrollo era dominado por agencias como el Banco Mundial, o a nivel nacional por el Departamento Nacional de Planeación (DNP) y por tanques de pensamiento económico como Fedesarrollo, la dimensión económica era, y sigue siendo en gran medida, considerada la más central, a partir del cual se desprenden todos los demás procesos deseables en un país. En este contexto resultaba difícil de aceptar que el desarrollo fuera discutido y analizado en espacios diferentes a una facultad de economía. En el público general y en la prensa el desarrollo del país sigue siendo visto como campo de experticia de los economistas, y las conexiones entre apuestas por mejorar el desempeño de la economía y otras dimensiones de la vida social siguen permaneciendo invisibles por esta razón.

En las últimas tres décadas las discusiones académicas y oficiales sobre desarrollo —en especial a nivel de las agencias internacionales de cooperación y la

banca multilateral— han ido incorporando gradualmente nuevas dimensiones en los análisis, además de la económica. Una manera muy rápida e interesante de ver cómo se ha dado este proceso se puede hacer al revisar el *Informe de desarrollo mundial* que publica el Banco Mundial cada año. Cada informe tiene un tema central que generalmente indica y presenta el estado del arte de las discusiones oficiales y convencionales sobre desarrollo. Al hacer esta revisión, se puede observar la forma en la que se han abordado temas relacionados con ambiente, género, multiculturalismo, conocimiento, instituciones, corrupción, normas sociales, innovación y cambio tecnológico, gobernanza y el papel de Estados, mercados y sociedad civil, entre muchos otros. Sin embargo, la incorporación de todas estas dimensiones a la discusión acerca del desarrollo se ha hecho de una manera muy particular: el objetivo central ha sido analizar y explicar cómo estas pueden afectar de manera positiva o negativa el desempeño de las economías. Es decir, estos aspectos de la vida social no tienen, en esta aproximación, valor en sí mismos; se consideran en cuanto pueden tener efectos sobre el desempeño y el crecimiento económico. Este proceso de *mainstreaming* ha podido tomar posiciones y líneas de argumentación que inicialmente emergieron como críticas conceptuales y políticas, y las ha normalizado dentro de los análisis y las prescripciones convencionales del desarrollo económico.

Ahora bien, en lo que resta de este ensayo quiero resaltar cuatro aspectos centrales de esta propuesta académica en el Cider, en los cuales las contribuciones de Tatiana fueron fundamentales.

Primero: ¿cómo diseñar un currículo para este tipo de programa: un programa de maestría en estudios interdisciplinarios de desarrollo? ¿Cómo trabajar en procesos de enseñanza y aprendizaje con personas que se desempeñan en campos muy distintos asociados a lo que comúnmente llamamos desarrollo? ¿Cómo sacar provecho de manera constructiva de perfiles profesionales y experiencias tan variadas sin que se convierta en ruido incomprendible? ¿Cómo sentar unas bases comunes y un lenguaje común para colocar a todos los participantes en sintonía, pero que deje espacio para trayectorias de análisis y reflexión basadas en múltiples áreas de conocimiento? ¿Cómo enseñar de manera interdisciplinaria, y cómo enseñar a hacer interdisciplina? ¿Cómo diseñar procesos de investigación interdisciplinarios que sustenten la pedagogía y los cursos ofrecidos?

Estas son preguntas para las cuales no hay respuestas definitivas. Hay décadas de discusiones y experimentos académicos sobre esto en muchos lugares. En lo que sí hay un acuerdo es que la interdisciplina requiere, para comenzar, una actitud de apertura por parte de individuos y de colectivos que esperan trabajar juntos. Tatiana, con su formación interdisciplinaria hasta ese momento

(en economía, historia, estudios de desarrollo), junto con su entusiasmo y capacidad de liderazgo, tenía un bagaje ideal para coordinar este proceso dentro del Cider. Otro punto muy importante tiene que ver con establecer criterios de rigurosidad, sin que se conviertan en una camisa de fuerza —como termina ocurriendo en ocasiones dentro de las disciplinas—, pero evitando que se conviertan en ejercicios eclécticos. Desde hace algunas décadas se puede ver cómo este es cada vez más el tipo de ejercicios que intentan abrirse espacios en universidades, tanques de pensamiento, centros de investigación y organizaciones internacionales en sus esfuerzos por abordar, comprender e influenciar los grandes retos que enfrenta la humanidad en el escenario global, junto con sus repercusiones locales. Sin embargo, estos proyectos siempre se enfrentan a muchas dificultades: recursos insuficientes, problemas de reconocimiento y validación, falta de espacios de divulgación y circulación, entre otras.

Segundo: un objetivo importante de la maestría (y de los demás programas académicos en el Cider) ha sido promover un pensamiento crítico en los estudiantes. Esto no es novedoso; ha sido el objetivo de muchos programas en muchos lugares desde hace un buen tiempo. En muchos casos, esto se ha hecho al exponer a estudiantes a visiones heterodoxas, no convencionales y críticas a los enfoques convencionalmente ofrecidos en los programas de estudio en las ciencias sociales, lo que permite que los estudiantes tengan acceso a explicaciones diferentes acerca de los problemas que se están estudiando. Sin embargo, sucede con frecuencia que la presentación de estas otras visiones se hace de manera acrítica, sin cuestionar sus conceptos, las relaciones causales que plantean, o los supuestos detrás de sus argumentos, con lo cual se corre el riesgo de reemplazar una visión dogmática por otra.

Con el tiempo, en el Cider, y en gran parte gracias a las conversaciones tan abiertas entre profesores y estudiantes sobre la complejidad de los problemas que se estaban discutiendo y analizando, caímos en cuenta de que un pensamiento crítico se construye en gran medida a través de procesos de autodescubrimiento, sin decirle a alguien cuál enfoque es correcto y cuáles no lo son. Para esto es importante tomar los enfoques mismos como objeto de análisis, interrogar los conceptos, identificar los supuestos, problematizar las explicaciones que ofrecen y conocer los contextos en los que aparecen, se construyen y circulan. Por otra parte, un proceso de autodescubrimiento necesita que la persona que está enfrentada a un problema y busca aprender para poder abordarlo sea inquieta, que no se satisfaga fácilmente con la primera explicación, que no dé por sentadas las cosas fácilmente, que no crea en fórmulas rápidas o en recetas replicables; es decir, una actitud de rebeldía a la hora de aprender y de investigar. Nuestra apuesta pedagógica en el Cider fue que este tipo de actitud y estos procesos de

autodescubrimiento se pueden facilitar, motivar y promover para brindarles a los estudiantes múltiples formas de abordar problemas o retos sociales. Esto les enseña a problematizar esos enfoques y a dimensionar los alcances de cada explicación, y enfatiza la importancia de considerar los contextos en los que se dan los problemas que se están analizando, así como las explicaciones que se han ofrecido.

Tercero: lo anterior llevó a diferentes apuestas metodológicas para el diseño del currículo del programa, así como desafíos por parte de los profesores para el diseño de sus cursos y su didáctica. Al tomar esta aproximación al estudio del desarrollo, el diseño de las materias se convierte en un ejercicio de diseñar guiones. No hay libros de texto que establezcan lo que hay que enseñar, como ocurre en las disciplinas; cada asignatura requiere de la recopilación y articulación de muchos tipos de análisis en torno a los problemas que se van a cubrir en ella. Voy a mencionar aquí una apuesta metodológica que Tatiana y yo desarrollamos para construir la malla curricular del programa y para diseñar nuestros cursos, que también utilizamos en investigación y consultoría: la construcción de mapas conceptuales. La intención es que estos mapas plasmen categorías, conceptos y elementos relevantes para un problema o tema a abordar, y que con ello se pueda indicar el tipo de relaciones entre estos componentes. Un colega en el Cider, Adolfo Izquierdo, propuso la noción de *red categorial* para sugerir la posición o localización y jerarquía de cada elemento, concepto o categoría con respecto a las demás.

Estos mapas conceptuales se entienden, entonces, como marcos analíticos, es decir, instrumentos que sirven para identificar elementos constitutivos de algo que se busca analizar y comprender, y para sugerir las posibles relaciones entre estos elementos. Estos mapas conceptuales no son teorías; no pretenden establecer relaciones causales entre los elementos. Tampoco se refieren a tipos ideales como los que se diseñan en las ciencias sociales con el fin de ser utilizados como referentes hipotéticos o imaginarios, y con respecto a los cuales se contrastan y comparan arreglos o formas de organización reales y observadas. Los mapas aquí propuestos se asemejan, más bien, a lo que en cartografía se denomina mapas base: mapas de referencia que se utilizan para visualizar información geográfica clave que proporcione datos relevantes de contexto y ubique los elementos entre sí. A estos mapas base luego se les pueden superponer capas de información adicional relacionadas con una pregunta de investigación o un problema que se quiere observar. En el caso de los mapas conceptuales, esta “información geográfica básica” se refiere a los conceptos, categorías y elementos del marco analítico que se construye.

Un mapa conceptual de ese tipo permite al analista tener un panorama amplio de lo que va a estudiar, ya que puede visualizar un buen número de los

elementos que lo componen. Esto permite localizar e identificar el punto de entrada de diferentes teorías y argumentos explicativos que se están revisando con relación al problema en estudio. Todo esfuerzo por explicar un fenómeno necesita optar por un punto de entrada hacia él. Ese punto de entrada tendrá relación con la pregunta que se han hecho las analistas, y los marcos teóricos que utilizan para abordar el problema al inicio. Toda teoría funciona como un farol, ilumina solo una porción de un fenómeno, y deja a oscuras una gran cantidad que no logra cubrir. El objetivo del mapa conceptual es poder hacer visibles varios de los elementos constitutivos de un fenómeno, para que, con ello, quien investiga pueda identificar qué faroles están utilizando distintos análisis y qué puntos de entrada iluminaron; además, permite preguntarse por el alcance de esas explicaciones y poder decidir qué punto de entrada quiere utilizarse para la pregunta de investigación y qué marco teórico es útil para el ejercicio. Todo esto hace parte del proceso de autodescubrimiento que mencioné en el punto anterior.

Este tipo de mapa conceptual se puede utilizar de manera similar a un mapa digital: en algunos momentos quien lo está usando se acercará a uno o pocos elementos para poder estudiar los detalles, pero también es importante que en otros momentos se aleje para así poder colocar esos detalles en un contexto más general. Este tipo de ejercicio ayuda a conectar puntos que, de otra manera, podrían no haber sido identificados, sugerir nuevas preguntas a partir de esto y trazar rutas o trayectorias de investigación a lo largo del mapa que abran nuevos horizontes. El mapa, al ser un referente base para el problema que se está estudiando, permite también realizar análisis comparativos e históricos, tal como lo permiten los mapas base en cartografía.

Una aclaración final sobre esta figura de mapas conceptuales que menciono aquí: al ser marcos analíticos para abordar problemas y preguntas de investigación o para diseñar cursos, son construcciones que realiza la analista o la profesora, son dispositivos heurísticos que buscan organizar elementos que se considera que hacen parte de ese problema. Nunca van a ser productos terminados y no van a explicar lo que está ocurriendo. El objetivo es organizar información, hacer legible esa información y, con base en ello, facilitar conversaciones al ayudar a que quienes participen puedan saber dónde se ubican y de esa manera construir puentes y articularse.

Finalmente, al cuarto punto: otra apuesta importante del proyecto académico del Cider ha sido siempre tener muy presente y en todo momento hacer explícita la relación intrínseca entre teoría y práctica, con el propósito de articular la academia con prácticas profesionales no académicas. En esto la contribución de Tatiana también fue muy importante, dada su propia habilidad y predisposición

para moverse entre estos mundos. Con esto en mente es que planteamos nuestra propuesta como un proyecto político-académico. Esto porque partimos del reconocimiento de que la construcción de arreglos sociales y todo lo que esto involucra, así como las discusiones sobre cómo llegar allá, no se deben hacer sin un debate público robusto y comprometido. Los perfiles y los lugares de trabajo tan variados de los estudiantes del Cider siempre han servido de insumos importantes para realizar puentes entre construcciones teóricas y analíticas en la universidad y los problemas y retos concretos que se quieren comprender e intervenir. En gran medida, los mapas conceptuales que mencioné se han llenado de información compartida por los estudiantes a lo largo de los años, lo cual ha creado cada vez más capas superpuestas y ha enriquecido las preguntas y las rutas analíticas. Ha sido parte de la misión del Cider participar activamente en los debates públicos y ayudar a robustecer la participación de las personas en estos espacios a través de sus programas y actividades.

Ante la magnitud de los problemas y los retos que hoy enfrentamos en todas las escalas, desde lo municipal hasta lo global, la idea de estudiar e investigar de manera interdisciplinaria, de fomentar un pensamiento crítico, de articular teoría y práctica, y de participar en los debates públicos de manera informada y comprometida, parecería ser absolutamente razonable y deseable. En el caso del Cider la apuesta ha sido utilizar el desarrollo como mecanismo para facilitar y provocar esto, al tomarlo como objeto de estudio y problematizarlo. Como lo mencioné, es una noción que, al utilizarse como lente, permite abordar muchas dimensiones de la vida social e identificar conexiones entre ellas. Ahora bien, el desarrollo es un concepto muy controvertido hoy en día en las ciencias sociales, y muchos analistas prefieren no usarlo. Claramente se pueden usar otros puntos de entrada para realizar este tipo de ejercicios interdisciplinarios, críticos y reflexivos. Sin embargo, lo que parece primar es un sonambulismo de gran parte de la gente, un deseo por recetas sencillas y rápidas, y el riesgo de que la academia se vuelva cada vez más ensimismada, endogámica, alejada de la realidad vivida por la gente e, incluso, irrelevante por la manera en que ha evolucionado su institucionalización y la evaluación de su desempeño.

Las sociedades necesitan espacios de reflexión colectiva en los que se interroguen y problematicen los arreglos existentes y las trayectorias seguidas. Esto es algo que Tatiana siempre tuvo claro desde que la conocí: su fuerza, empeño, convicción y dedicación fueron esenciales para el proyecto del Cider y, como otros capítulos de este libro ilustran, también han sido muy importantes en otros proyectos en los que ella participó.

Las conexiones*

TATIANA ANDIA REY

EL CÁNCER ES como un viaje. Probablemente por eso, desde que logré alzar cabeza después de recibir el diagnóstico definitivo y siguiendo una intuición casi visceral, me he dedicado a hacer un repaso de mi vida.

En una versión inicial de esta columna escribí que este repaso consistía en revisitar dos ámbitos, conectados pero independientes, de mi existencia. Por una parte, las relaciones, los familiares y amigos (lo de afuera, lo relacional) y, por otra parte, los pensamientos, los sentimientos (lo de adentro, lo íntimo). Ahora, arrepentida y casi avergonzada de lo que se parecía más a una división de campos de estudio entre la sociología y la psicología que a mi experiencia personal, diré que el repaso se ha tratado de revisitar mis amores. Amores, todos ellos, constituidos por un ensamblaje, a veces complejo, pero siempre discernible, de personas, animales, plantas, ideas, experiencias, espacios, tiempos, sonidos, objetos, etc.

En locaciones distintas, en torno a mesas con comida y vino, en medio de caminatas urbanas y campestres, identificando estilos arquitectónicos y especies de plantas o tipos de hongos, por medio de audios y textos de WhatsApp, he tenido conversaciones fantásticas con quienes me rodean acerca de lo que nos une, de las vivencias compartidas, de consensos y disensos, de lo que creemos que nos hace singulares y de lo que nos recuerda que somos simplemente humanos.

* Una versión de este texto fue publicada en *Razón Pública* el 13 de noviembre del 2023.

Lo que comenzó como una condena de muerte se ha convertido en una oportunidad única para hacer un duelo tranquilo y compartido al lado de quienes más amo. Un funeral lento, con tiempo para el silencio y para los discursos reflexivos y significativos. Una ventana hacia lo que puede ser cuando tenemos la certeza de que ya no será.

Pero nada de esto sería posible si no fuera por el acceso oportuno y privilegiado que he tenido al diagnóstico, la atención y el tratamiento de mi enfermedad. Ese acceso oportuno y privilegiado, contrario a lo que muchos piensan, me lo ha garantizado el sistema de salud colombiano. El sistema de salud a secas, sin prepagada y en un hospital público con los más altos estándares de calidad, pero especialmente de humanidad (a excepción de un breve encuentro infortunado con un neurocirujano al que se le fue la mano en egolatría). El mismo sistema de salud que queremos reformar.

No pretendo afirmar que mi experiencia es generalizable. Como lo he dicho en otros espacios de opinión y como lo he visto con mis propios ojos trabajando con madres migrantes venezolanas, las inequidades de la sociedad colombiana se cuelan por todas partes y de forma muy dolorosa en el sistema de salud. Pero reconocer que eso es así, no significa que podamos desconocer los avances que como sociedad hemos alcanzado en materia de acceso a la salud.

De las muchas cosas que me han sorprendido, a veces positiva y a veces negativamente, acerca del sistema de salud colombiano, quisiera resaltar una que es uno de mis amores. Se trata del acceso privilegiado que Colombia garantiza, cuando se compara con el resto de los países de América, a medicamentos de alto costo no incluidos en los planes de beneficio.

En gran medida, lo que me permite escribir estas líneas hoy es un medicamento, una píldora azul de tamaño razonable para ser tragada sin dificultad, con o sin agua. Mientras que un paciente en Estados Unidos tendría que pagar, de su bolsillo, unos 12 000 dólares al mes por este tratamiento, yo no tengo que pagar nada. Mientras un paciente igual a mí en Estados Unidos, en Perú o en Uruguay estaría pensando en cómo conseguir el dinero para comprar unos meses más de vida con sus seres queridos, nuestro sistema de salud, alineado con el derecho fundamental a la salud, nos da acceso a mí y a cualquier colombiano con este tipo de cáncer (más bien raro) a una terapia costosa que nos dará tiempo suficiente para conectarnos y para despedirnos. Es más, gracias a la regulación de precios de medicamentos, el sistema de salud colombiano no paga 12 000 dólares al mes por este medicamento, sino alrededor de 7 millones de pesos al mes (1700 dólares).

A pesar de los logros del derecho a la salud y de la regulación de precios, en un país en desarrollo como Colombia, con recursos escasos, los costos de

oportunidad son aciagos. Un mes de mi medicamento podría pagar el seguro de salud anual (la UPC) de casi 6 personas del régimen contributivo o del subsidiado, o el salario mensual de un médico general, o el de dos enfermeros, o muchas más equivalencias similares que garantizarían atención primaria en salud y que son incómodas de hacer.

La ambición fundamental de nuestro sistema de salud de darle la mejor salud a todos los ciudadanos se ha traducido en grandes desbalances financieros, pero también en grandes desbalances en términos de equidad. Esa misma ambición informa las crisis pasadas y la crisis actual del sistema. Nos desgastamos discutiendo el rol, los accionistas y las reservas técnicas de las EPS, pero nadie está hablando de uno de los retos más importantes de todos: la cura de la enfermedad, a nivel global, es cada vez más imposible de financiar y cuando se logra su financiamiento va en detrimento de otras inversiones en salud.

Escribir esto, conectarse con el mundo antes de morir, es una oportunidad que debería ser asequible para todas y todos, siempre y en cualquier lugar, pero se ha convertido en un lujo al que cada vez menos personas en el mundo podrán acceder. Pero nadie parece estar prestando atención y la reforma que se tramita en el Congreso no dice nada al respecto.

La multidisciplinariedad y la economía

ÁLVARO MORALES

LA ECONOMÍA, COMO disciplina que busca comprender el funcionamiento de las sociedades humanas mediante sus interacciones económicas, se enfrenta a uno de los objetos de estudio más complejos imaginables: el agregado de las decisiones individuales de millones de personas que interactúan de manera simultánea. Esta complejidad plantea un doble desafío para la disciplina. Por un lado, la necesidad de reconocer y preservar la diversidad de aproximaciones dentro de la propia economía para capturar las múltiples dimensiones del fenómeno económico. Por el otro, la importancia de mantener un diálogo constante con otras disciplinas sociales, como reconocimiento de que la actividad económica no puede entenderse de manera aislada a otros procesos sociales. Albert Hirschman, en *Exit, Voice, and Loyalty*, señala que estas decisiones emergen de una red intrincada de relaciones sociales, en las que los comportamientos individuales y colectivos se retroalimentan de forma constante. Esta complejidad fundamental ha dado lugar, inevitablemente, a múltiples interpretaciones y marcos conceptuales para su comprensión. Algo similar a lo mencionado por Karl Polanyi, quien afirmó que la actividad económica está siempre “incrustada” en un tejido social más amplio, y que cualquier intento de comprenderla debe reconocer esta realidad fundamental.

Distintas escuelas de pensamiento económico han emergido para poder navegar estas distintas dimensiones de complejidad. Aquellas son respuestas parciales y, en muchos casos, complementarias a la complejidad del sistema económico. Cada una de dichas escuelas ha desarrollado sus propias herramientas analíticas y marcos conceptuales, al enfatizar diferentes aspectos de la realidad

económica y social. La escuela institucionalista, por ejemplo, se ha centrado en comprender cómo las instituciones moldean el comportamiento económico, mientras que la escuela poskeynesiana ha puesto énfasis en la naturaleza de por sí inestable de las economías capitalistas y el papel fundamental de la incertidumbre. La escuela marxista, por su parte, ha privilegiado el análisis de las relaciones de poder y las contradicciones inherentes al sistema capitalista. Esta diversidad de aproximaciones refleja no solo la complejidad del objeto de estudio, sino también la imposibilidad de capturarlo desde una única perspectiva teórica.

Sin embargo, la historia del pensamiento económico no ha sido una de coexistencia pacífica entre estas diferentes perspectivas. La distinción entre ortodoxia y heterodoxia en economía ha estado marcada por cambios profundos, ligados de manera íntima a las transformaciones sociales y políticas de cada época. A principios del siglo XX, por ejemplo, la ortodoxia económica, representada por la síntesis neoclásica, surgió como respuesta a las necesidades de la industrialización y el desarrollo del capitalismo moderno. La Gran Depresión de los años treinta cuestionó con severidad esta ortodoxia, lo cual dio paso al predominio del pensamiento keynesiano, que legitimó un papel más activo del Estado en la economía. Este consenso keynesiano perduró hasta la crisis de estanflación de los años setenta, cuando una nueva ortodoxia, basada en el resurgimiento del pensamiento neoclásico y monetarista, obtuvo predominancia. Esta transición no fue meramente teórica: reflejó cambios fundamentales en la organización social y política del capitalismo global, simbolizados por las administraciones de Margaret Thatcher en el Reino Unido y Ronald Reagan en Estados Unidos, y cristalizados en lo que más tarde se conocería como el Consenso de Washington.

Este último giro hacia la ortodoxia neoclásica ha tenido implicaciones profundas para la profesión económica en particular, al transformar no solo el contenido sino también la naturaleza misma de la disciplina. El influyente ensayo de Milton Friedman sobre la metodología de la economía positiva estableció las bases filosóficas para esta transformación, al argumentar que la economía debía aspirar a ser una ciencia “libre de valores”, que se juzgue únicamente por su capacidad predictiva. Esta perspectiva positivista, junto con la creciente matematización de la disciplina, ha llevado a un progresivo abandono de las discusiones sobre economía política en los principales departamentos de economía, en especial en Estados Unidos. Los debates acerca de los valores, el poder y la justicia social, que alguna vez fueron centrales para la disciplina, han sido desplazados por un énfasis en la técnica y la formalización matemática. Este modelo de formación económica, que se originó en las universidades estadounidenses, se ha extendido en el mundo a medida que estas instituciones se han convertido en el referente dominante para la educación económica. Como

resultado, se han formado generaciones enteras de economistas con una visión cada vez más estrecha de su disciplina, en la que las preguntas fundamentales sobre la organización económica de la sociedad se han reemplazado por ejercicios técnicos de optimización y predicción.

La simplificación metodológica propuesta por Friedman, aunque presentada como una decisión puramente pragmática, tiene implicaciones filosóficas y políticas profundas para la disciplina. Al argumentar que los supuestos de un modelo económico no necesitan ser realistas mientras sus predicciones sean acertadas, esta perspectiva metodológica naturaliza ciertos axiomas fundamentales sobre el comportamiento humano y el funcionamiento de los mercados. La racionalidad instrumental, la búsqueda del interés individual y la tendencia al equilibrio dejan de ser hipótesis de trabajo para convertirse en verdades axiomáticas. Esta transformación es problemática, en particular porque estos supuestos, lejos de ser neutrales, incorporan una visión específica del mundo y de la naturaleza humana. Como señaló Amartya Sen, la caracterización del ser humano como un maximizador racional de su propio interés no es solo una simplificación metodológica, sino que, además, tiene profundas implicaciones éticas y políticas sobre cómo entendemos la sociedad y las relaciones humanas.

Esta situación se ha visto exacerbada por la forma en la que la teoría económica neoclásica se ha instrumentalizado en el proceso político desde la década de 1980. Lo que comenzó como una metodología para la investigación académica se transformó en un poderoso dispositivo de legitimación política. Los modelos económicos, presentados como herramientas técnicas y neutrales, han servido con frecuencia para justificar políticas de liberalización y desregulación que benefician a grupos de interés específicos. La supuesta objetividad y científicidad de estos modelos ha funcionado como un escudo que protege estas decisiones políticas del escrutinio democrático, al presentarlas como conclusiones técnicas inevitables en lugar de elecciones políticas debatibles. Esta dinámica se ha visto reforzada por la desaparición progresiva de espacios para el debate y la crítica dentro de la disciplina. La concentración del poder académico en un número reducido de departamentos de economía, todos adheridos a una visión similar de la disciplina, ha creado un círculo vicioso en el que la falta de diversidad en la formación económica reproduce y amplifica la hegemonía del pensamiento neoclásico.

La pérdida de pluralismo en la formación económica ha estado acompañada por un aislamiento paulatino de la economía con respecto a otras disciplinas. Los primeros grandes pensadores económicos eran, ante todo, intelectuales con una formación amplia y diversa. Adam Smith era profesor de filosofía moral y su análisis económico tuvo conexiones profundas con consideraciones éticas

y sociales. Joseph Schumpeter combinó el análisis económico con una profunda comprensión de la historia y la sociología, lo que le permitió desarrollar su teoría de la innovación y el cambio social. John Stuart Mill integró la economía política con la filosofía y la teoría política. Esta rica tradición multidisciplinaria permitía a los economistas situar los fenómenos económicos en su contexto social e histórico más amplio, al reconocer la complejidad de las motivaciones humanas y las instituciones sociales.

Sin embargo, la profesionalización y especialización de la economía durante el siglo XX ha llevado a un empobrecimiento de esta perspectiva multidisciplinaria. La formación actual de los economistas privilegia las herramientas técnicas y matemáticas por sobre el conocimiento histórico, filosófico o sociológico. Esta estrechez en la formación tiene consecuencias profundas no solo en cómo los economistas entienden su propia disciplina, sino también en cómo conceptualizan los problemas sociales y las posibles soluciones. Dado el papel cada vez más influyente de los economistas en la toma de decisiones públicas y privadas, esta limitación en su perspectiva tiene implicaciones directas en la vida de las personas, pues las políticas económicas que generan tienden a ignorar dimensiones sociales y culturales cruciales para su efectividad.

En años recientes han surgido algunos signos prometedores de un interés renovado por la multidisciplinariedad en economía. La economía conductual, por ejemplo, ha reintegrado aprendizajes de la psicología en el análisis económico y cuestiona la visión simplista del *homo economicus*. El análisis de redes sociales ha comenzado a infiltrarse en la investigación económica, lo cual brinda nuevas herramientas para entender la complejidad de las interacciones económicas. Sin embargo, eventos recientes como el otorgamiento del Premio Nobel de Economía 2024 a Robinson, Acemoğlu y Johnson por sus contribuciones sobre el papel de las instituciones en el desarrollo económico revelan cuán lejos está aún la disciplina de una verdadera integración multidisciplinaria. Sus hallazgos sobre la importancia de las instituciones y las relaciones de poder en el desarrollo económico, aunque presentados como novedosos dentro de la economía, han sido parte del conocimiento establecido durante décadas en ciencia política, sociología y antropología. Este desfase temporal entre el reconocimiento de estas ideas en economía y su desarrollo previo en otras ciencias sociales es un testimonio del persistente aislamiento de la disciplina económica.

Las reflexiones de Karl Polanyi en *La gran transformación* son particularmente relevantes para entender las consecuencias de este aislamiento disciplinar. Polanyi argumentó que el proyecto de la economía neoclásica no era una mera descripción de la realidad económica, sino un programa político que buscaba “desarraigar” la actividad económica de su contexto social más amplio.

Al presentar el mercado autorregulado como un sistema natural y autónomo, la teoría económica dominante ha contribuido a naturalizar una forma específica de organización económica que olvida que los mercados siempre han estado y estarán “incrustados” en relaciones sociales más amplias. Esta crítica de Polanyi no solo apunta a un problema metodológico en la economía, sino que también revela cómo la especialización excesiva de la disciplina ha servido para oscurecer, más que para iluminar, la naturaleza —en últimas— social de la actividad económica.

Albert Hirschman, por su parte, nos brinda un modelo diferente de hacer economía, uno que combina el rigor analítico con una sensibilidad profunda hacia la complejidad social. A lo largo de su carrera, Hirschman se resistió con firmeza a la tendencia hacia la excesiva abstracción y formalización en economía. Su trabajo acerca del desarrollo económico, por ejemplo, está influenciado por la observación directa y el análisis histórico, que muestra cómo las decisiones económicas están siempre entrelazadas con factores políticos, culturales y sociales. Su concepto de *salida, voz y lealtad* ejemplifica perfectamente cómo se puede enriquecer el análisis económico al incorporar perspectivas de otras disciplinas; en este caso, la ciencia política y la sociología. Para Hirschman la comprensión de los fenómenos económicos requería necesariamente una aproximación multidisciplinaria, pues las decisiones económicas nunca ocurren en el vacío social que suponen los modelos neoclásicos.

La recuperación de la diversidad en la formación económica es una necesidad urgente para la profesión. Si bien la escuela neoclásica ha demostrado su utilidad para explicar ciertos fenómenos económicos, en particular aquellos relacionados con la determinación de precios en mercados competitivos o el comportamiento de agentes bajo restricciones bien definidas, la complejidad de los fenómenos económicos contemporáneos requiere de una caja de herramientas más diversa. La financiarización de la economía global, el cambio climático, la desigualdad persistente o las crisis financieras recurrentes son fenómenos que no se pueden comprender desde una única perspectiva teórica. La recuperación del pluralismo en la formación económica no solo enriquecería nuestra comprensión de estos fenómenos, sino que también fomentaría una mayor humildad epistemológica en la profesión. Reconocer que en economía, como en cualquier ciencia social, no existen verdades definitivas sino interpretaciones más o menos útiles según el contexto, es fundamental para formar economistas con un pensamiento más crítico y una mayor conciencia de la responsabilidad social de su profesión.

La importancia de la multidisciplinariedad en la formación económica va más allá de la simple acumulación de conocimientos de diferentes campos. Como señaló Mark Twain, “la historia no se repite, pero rima”, y esta

observación tiene una relevancia particular para la economía. Los patrones que observamos en los fenómenos económicos contemporáneos hacen eco de eventos históricos, están moldeados por estructuras sociales estudiadas por la sociología, se manifiestan a través de comportamientos analizados por la psicología, y operan dentro de marcos institucionales investigados por la ciencia política. La comprensión de estas interconexiones no es un lujo académico sino una necesidad práctica. Las crisis financieras, por ejemplo, no pueden entenderse por completo sin considerar factores psicológicos como el comportamiento de manada, aspectos sociológicos como las redes de confianza y dimensiones políticas como la regulación financiera. La multidisciplinariedad permite a los economistas identificar estas “rimas” históricas y sociales, lo cual enriquece tanto el análisis teórico como la práctica profesional.

Más allá de su valor para la profesión, la formación multidisciplinaria transforma fundamentalmente la perspectiva del economista como individuo. Al exponerse a diferentes formas de pensar y analizar la realidad social, el economista desarrolla una apreciación más profunda de la complejidad humana. La literatura nos enseña acerca de la diversidad de motivaciones humanas más allá del interés propio, la filosofía nos ayuda a cuestionar los supuestos éticos implícitos en nuestros modelos y la historia nos muestra la contingencia de nuestras instituciones económicas actuales. Esta exposición a diferentes disciplinas no solo enriquece el análisis económico, sino que también despierta y nutre la curiosidad intelectual. Un economista formado en múltiples disciplinas está mejor equipado para establecer conexiones innovadoras, para cuestionar con sabiduría los dogmas establecidos y para mantener viva esa sensación de asombro ante la complejidad de los fenómenos sociales que debería estar en el corazón de toda investigación científica.

Esta perspectiva amplia de la profesión, así como un abordaje multidisciplinario de los fenómenos sociales, ha sido la impronta de la enseñanza de economía y sociología de la profesora Tatiana Andia. Su formación en economía, historia, desarrollo y sociología le proporcionó una perspectiva exhaustiva de los fenómenos sociales, alejada de modelos simplistas y reduccionistas. Esta visión multidimensional permeó cada aspecto de su carrera profesional y su legado académico.

Esta perspectiva también impactó de manera directa su papel como profesora, académica y “burócrata visitante”, término acuñado por ella durante su doctorado para describir a personas como ella, que saltan entre ocupaciones, de la academia al servicio público y viceversa, con la multidisciplinariedad como vocación. Como académica, Tatiana se concentró en objetos de estudio que se ubican justo en la intersección multidisciplinar, lo cual enriqueció y expandió

el conocimiento en varias ramas del saber al mismo tiempo. Como burócrata visitante, llevó consigo la perspectiva de múltiples disciplinas para abordar problemas inmediatos de política pública, con resultados extraordinarios en Colombia, especialmente en el sector salud. Por ejemplo, en la política de regulación de precios de medicamentos, Tatiana no solo se restringió a la perspectiva económica, sino que también incluyó perspectivas antropológicas, sociológicas y de género, lo cual influyó en la regulación de medicamentos anticonceptivos con una importante repercusión sobre el ejercicio de los derechos sexuales y reproductivos. En otra ocasión, fue el papel de la psicología y el comportamiento lo que ayudó a transformar los incentivos de prescripción como herramienta regulatoria del sistema de salud colombiano.

Finalmente, como profesora —labor que ejerció dentro y fuera de los salones de clase—, Tatiana siempre se preocupó por transmitir a sus estudiantes la importancia de entender de forma amplia los fenómenos económicos y sociales, con todas las complejidades que esto implica. En todos los que hemos sido formados por ella perdura ese interés por la complejidad, la curiosidad intelectual que despierta la multidisciplinariedad y, ante todo, el amor por entender la realidad en la que estamos inmersos

Crisis y cambio social*

TATIANA ANDIA REY

EL ANUNCIO DE un cáncer, como el estallido de una crisis social, parte en dos la vida de las personas. Tal vez por eso, la experiencia más parecida al cáncer que yo había tenido es la pandemia.

Una pandemia, como una enfermedad o una muerte accidental, son críticas en gran medida porque son impredecibles. Así como no se les ve venir, no se sabe tampoco cómo se van a desenlazar. El cáncer puede estar creciendo dentro del cuerpo, pero uno no lo nota hasta que un día estalla como un desastre natural, como una revolución, como una guerra, como una debacle económica, como una pandemia. De la noche a la mañana revuelca todo a su paso. Un día todo es normal y al día siguiente nada es normal.

Es lo impredecible lo que genera un buen periodo de disonancia cognitiva. Los elementos con los que normalmente procesamos la realidad y le damos sentido dejan de funcionar por un rato. La incertidumbre sobre el futuro, la duda misma sobre la existencia de un futuro, más allá de las horas en que nos sabemos inmediatamente vivos, genera ansiedad y miedo.

La experiencia de la pandemia me ha sido útil para enfrentar y entender estos primeros meses del cáncer. Básicamente he abordado la enfermedad de una forma muy similar a la que abordé la pandemia. Eso sí, con el privilegio que, en el caso del cáncer, ha sido tener tiempo de bienestar físico renovado por un tratamiento efectivo, y, en el caso de la pandemia, fue la suerte de no haber

* Una versión de este texto fue publicada en *Razón Pública* el 9 de enero del 2024.

perdido a alguien cercano. La crisis es muy distinta para el que la tiene que atravesar cargando el peso de un dolor inmenso.

El abordaje, casi intuitivo en ambos casos, fue y ha sido el de contribuir con lo que pudiera desde mi posición y, a la vez, realinear el orden de prioridades de todo lo demás que ocurre en mi vida. Por ejemplo, escribir estas columnas y hablar de la enfermedad se parece mucho a hablar del covid en las brigadas y las clases abiertas virtuales que hicimos con algunos colegas cuando nadie entendía mucho de la pandemia.

Pero lo más parecido entre las dos experiencias ha sido el reordenamiento de las prioridades de la vida cotidiana. Casi sin distinción a lo que ocurrió en los primeros meses del covid, me he dedicado a mí y a mis más cercanos, he evitado las relaciones dolorosas, he evitado las actividades que agregan poco valor y he maximizado todas aquellas que me producen felicidad y gratificación. En el desorden y la confusión propias de cualquier crisis, me he dado toda la licencia para estrechar los lazos más significativos y he dado la mayoría de los abrazos que siento que debo dar.

Pero todos sabemos que así no se viven usualmente los primeros meses del cáncer ni se vivieron los primeros de la pandemia, al menos no para todo el mundo. Las experiencias son y fueron totalmente distintas, dependiendo de la posición social que uno ocupa en el momento de la tragedia.

En la pandemia recuerdo reconocerme profundamente afortunada por muchos factores, comenzando por mi edad. Los más jóvenes y los más viejos la pasaron mucho peor. Fui afortunada también por mi situación afectiva, terminaba una relación, pero comenzaba una nueva con todo el tiempo para disfrutar cada instante en un encierro que pareció más una luna de miel larga. Quienes se divorciaron o enfrentaban violencias de género e intrafamiliar pasaron por un infierno. También pasé las cuarentenas en una casa amplia, en lugar de un pequeño espacio hacinado. Para completar, mi trabajo no dependía de las actividades presenciales. Las clases se volvieron rápidamente virtuales y mis colegas y yo mantuvimos la seguridad económica. Quienes trabajaban en la informalidad o en sectores muy sensibles a lo presencial padecieron hambre.

Así tal cuál es el cáncer. La posición de la persona cuando se enferma lo cambia todo, desde el acceso efectivo a servicios de salud, pasando por las redes de apoyo, hasta la disposición física y mental a enfrentarlo. Muchos plantean, como se decía también del covid, que la lucha contra el cáncer es un asunto de resiliencia, es decir, de la capacidad de cada individuo de enfrentar la adversidad. Nada más alejado de la realidad. No importa cuantas habilidades y fortalezas individuales tenga alguien, si está en la posición equivocada frente a una crisis

de este tipo, su experiencia será mucho peor. Es más, sus fortalezas individuales están fuertemente determinadas por su posición social.

Sin embargo, más allá de reconocer el impacto que tienen las desigualdades sociales en las experiencias más significativas de los individuos, lo que me atormenta y me ha quitado el sueño por estos días es que después de notarlo tan claramente no seamos capaces de hacer nada al respecto.

Con el inicio de un nuevo año, el trauma del diagnóstico y el reordenamiento de las prioridades parecerán quedar atrás. Como con la pandemia, veo en mí y en mis seres queridos el impulso natural a pasar la página y no volver a hablar del tema. Un mal trago que esperamos que no se repita a pesar de que sabemos que se repetirá. La tragedia volverá al cómodo ámbito de la vida privada. Cada cual con su duelo y la vida social lo menos reflexionada que la podamos mantener. ¿Todo cambió para que nada cambie?

Creo sinceramente que algo similar a esto es lo que vivimos en el planeta entero desde hace un par de años. Después de la pandemia, todo volvió gradualmente a la normalidad y los aprendizajes, tan evidentes y dolorosos en los primeros meses, parecen haberse olvidado.

Pero aquí estoy yo, con mis efectos adversos y unos pocos nuevos dolores que no me permiten olvidar que tengo cáncer, que la vida es corta y que la forma en que la tenemos arreglada la sociedad no funciona. Aunque el cambio parece eludirnos y la inercia del *statu quo* vencernos, confío en que la fuerza de quienes no queremos olvidar las lecciones de estas tragedias nos permita capitalizar esas experiencias para que todo mejore.

Recrear el mundo previo al Acuerdo sobre los ADPIC: cambios en las políticas del acceso a las medicinas

KEN SHADLEN

EN ESTE BREVE ensayo avanza un análisis político de los conflictos mundiales y nacionales en torno a las patentes y el acceso a los medicamentos, un tema de interés central para Tatiana. Empiezo presentando el contexto que ha motivado tantas investigaciones sobre el tema, que es la propagación mundial de las patentes farmacéuticas en la década de 1990 y principios de la del 2000, introducida por el Acuerdo sobre los Aspectos de los Derechos de Propiedad Intelectual relacionados con el Comercio (ADPIC) de la Organización Mundial del Comercio (OMC). Además de señalar las controversias que esto ha desencadenado, esbozo tres vías por las que el “mundo anterior al ADPIC” se podría, potencialmente, recrear. Después presento los elementos clave de un análisis político de estas cuestiones, en el que la atención va más allá de la comprensión de las disposiciones legales que hacen posibles determinadas acciones y, en su lugar, hago hincapié en los actores clave y sus intereses, recursos y estrategias políticas. En la tercera sección ilustro este enfoque al mostrar cómo reaccionan las empresas farmacéuticas locales ante este nuevo entorno en los países donde las patentes son nuevas, y expongo cómo estas reacciones afectan, a su vez, a la viabilidad de las diferentes estrategias para recrear el mundo anterior a los ADPIC.

Globalización de las patentes farmacéuticas

A partir de mediados de la década de 1990, las empresas farmacéuticas podían recibir patentes en la mayoría de los países ricos, pero no en los países más

pobres (Liu y La Croix 2015; Shadlen, Sampat y Kapczynski 2019). Como resultado, mientras que los nuevos medicamentos normalmente entraban en el mercado como productos de una sola fuente en el norte global, inmediatamente podían tener múltiples proveedores en el sur global. En un país determinado, los múltiples proveedores podían ser empresas farmacéuticas nacionales que producían sus propias versiones genéricas de los medicamentos en el contexto local o empresas extranjeras que los hacían y los suministraban a través de la exportación, o ambas cosas; la cuestión es que en muchos países en desarrollo la ausencia de patentes significaba que las empresas originarias no disfrutaban de exclusividad y control de los mercados para sus nuevos medicamentos.

El Acuerdo sobre los ADPIC, que entró en vigor en 1995 y acabaría obligando a todos los países a permitir las patentes de productos farmacéuticos, dio paso a un mundo en el que todos los nuevos medicamentos comenzarían, probablemente, su vida comercial como productos de origen único en la mayoría de los países. Sin duda, los efectos no serían inmediatos, debido a los períodos de transición para que los países cumplieran esta nueva obligación y empezaran a conceder patentes de medicamentos; con el tiempo las patentes concedidas expirarían, lo que significaría que los medicamentos de origen único pasarían a ser de origen múltiple. Pero, en última instancia, el mundo que han creado los ADPIC es un mundo en el que los nuevos medicamentos pueden tener exclusividad durante algún tiempo en la mayoría de los países.

La globalización de las patentes farmacéuticas introducida por los ADPIC generó temores generalizados sobre el acceso a los medicamentos en los países de renta baja y media. Estos conflictos han sido más agudos en el caso de afecciones y enfermedades que se han beneficiado de la introducción de productos farmacéuticos innovadores, que proporcionan nuevas opciones terapéuticas para las que no existen sustitutos funcionales —o estos son muy limitados—, incluidas enfermedades infecciosas como el VIH/sida, la hepatitis C y la tuberculosis, así como enfermedades no transmisibles como el cáncer, la diabetes y la fibrosis quística. Después de todo, en el mundo anterior a los ADPIC los países podían utilizar múltiples proveedores para garantizar que los productos fueran asequibles, pero los ADPIC eliminaron esa palanca política. No es sorprendente que, en cada uno de estos ámbitos, y en otros, se hayan producido conflictos en torno a las patentes y el acceso a los medicamentos.

Siempre que surgen conflictos de este tipo, se recurre a los argumentos habituales: los defensores de los ADPIC proclaman que las patentes son esenciales para inspirar la innovación, mientras que los críticos afirman que las patentes pueden hacer que los medicamentos sean inasequibles y, por tanto, amenazar la salud pública. Aunque en este ensayo no se repiten estos argumentos, sí quiero

llamar la atención sobre una importante contribución de Jean Lanjouw (2003) a este debate, quien nos recuerda que es más probable que los efectos de las patentes sobre la innovación sean importantes en los países ricos —donde los beneficios potenciales que pueden obtenerse en mercados más grandes crean incentivos más sustanciales para invertir en investigación y desarrollo de nuevos productos— y que las amenazas para la salud, generadas por los medicamentos caros, sean más graves en los países más pobres —donde los presupuestos de la salud pública tienden a ser más limitados y el pago directo de los medicamentos es más común—. El resultado del artículo de Lanjouw era proponer un mundo de protección “diferenciada” de las patentes, en el que los nuevos medicamentos fueran de proveedor único en el norte global, proporcionando así el efecto incentivador en los países donde este fuera más consecuente, y, por su parte, de proveedor múltiple en el sur global, aliviando los efectos de los precios altos en los países donde esto fuera más preocupante. Aunque Lanjouw no utilizó esta expresión, el mundo diferenciado que imaginó puede considerarse como un retorno de facto al mundo previo a los ADPIC.

Podemos pensar en tres vías para lograr el objetivo de recrear el mundo previo a los ADPIC. La primera se basa en el tratado, mediante la introducción de reformas en los ADPIC que alteren las obligaciones de los países. La segunda es mediante el uso nacional de las “flexibilidades de los ADPIC”, sobre todo el uso de licencias obligatorias, en las que el Gobierno permite a un tercero utilizar una invención patentada sin el consentimiento del propietario (McGivern 2023), de modo que las patentes concedidas tengan efectos de exclusión menos amplios. La tercera es confiar en que las empresas farmacéuticas originarias concedan licencias de sus productos a los productores de genéricos, ya sea directamente o de forma conjunta a través de entidades como el Medicines Patent Pool (MPP). Dado que la primera vía es muy improbable, no se recreará por completo el mundo previo a los ADPIC. Sin embargo, la segunda y la tercera vía podrían recrearlo, de facto, en diferentes medicamentos y en diferentes momentos. En las siguientes páginas del ensayo se examinan los conflictos políticos en torno a la segunda y tercera vías.

Del derecho a la política

Cuando se piensa en vías para recrear el mundo previo a los ADPIC, la atención se dirige rápidamente al derecho internacional. Consideremos, por ejemplo, la segunda vía, que es la utilización de las flexibilidades de los ADPIC: una cuestión jurídica destacada, sobre la que se ha escrito mucho, es qué tipo de

medidas pueden introducir los países para minimizar los efectos restrictivos de las patentes sobre la competencia y el acceso a los medicamentos (Reichman 2009; Correa y Hilty 2022).

Uno de los principales objetivos de este ensayo es arrojar luz sobre las dimensiones políticas de la recreación del mundo anterior a los ADPIC. A diferencia de los enfoques jurídicos, que apuntan a los parámetros de lo posible, un enfoque político examina acciones y esfuerzos concretos. O, dicho de otro modo, estudiar la política no solo consiste en entender qué medidas pueden tomar los agentes públicos y privados, sino, más bien, en comprender qué medidas toman —o intentan tomar— y por qué.

En el caso de las flexibilidades de los ADPIC, incluso cuando existen, deben aplicarse y ponerse en práctica a nivel nacional. Los Gobiernos nacionales deben introducir las disposiciones adecuadas y los agentes públicos y privados deben ponerlas en práctica, así como defenderlas frente a quienes se oponen a ellas. Por ello, debemos mirar más allá de lo que permiten las normas internacionales y fijarnos en los intereses y recursos de los agentes públicos y privados sobre los que recae la carga de aplicar, ejercer y defender las flexibilidades de los ADPIC. Hacerlo así, en lugar de suponer que las oportunidades generan acción, es fundamental para un enfoque político. Después de todo, a veces los actores de los que se espera que aprovechen las oportunidades de acción en este ámbito carecen de los motivos o los medios para hacerlo con eficacia (Chorev y Shadlen 2015). Así, mientras que un análisis jurídico de las flexibilidades del Acuerdo sobre los ADPIC puede centrarse en la existencia y la naturaleza de las disposiciones sobre licencias obligatorias de un país, por ejemplo, un análisis político complementa ese enfoque al tener en cuenta las constelaciones de actores que impulsan o defienden el uso de licencias obligatorias.

En el sentido más simple, la política consiste en saber quién quiere qué y cómo lo consigue. El análisis político, por extensión, consiste en identificar a los actores relevantes en una determinada área temática y considerar qué resultados desean —es decir, sus intereses— y qué recursos y estrategias despliegan para garantizar los resultados deseados. Un elemento importante para tener en cuenta aquí, que desarrollaré más adelante, es que la política es dinámica, es decir, que el universo de actores relevantes puede cambiar con el tiempo, y lo mismo ocurre con los intereses, recursos y estrategias de los actores relevantes.

Muchos politólogos y sociólogos han adoptado este enfoque para analizar los conflictos en torno a las patentes farmacéuticas y al acceso a los medicamentos a escala mundial y nacional (Andia y Chorev 2023). Gran parte de la atención se ha centrado en el papel de los actores no estatales, incluidas las narrativas que generan para promover sus reivindicaciones (Sell y Prakash 2004) y las formas

en que ejercen influencia en la formulación de políticas mundiales y nacionales (Kapstein y Busby 2013; Nattrass 2008). En una contribución particularmente importante que analiza la interfaz entre las organizaciones activistas nacionales y mundiales, Andia (2015) compara los casos en los que las empresas locales inician campañas para reformar la propiedad intelectual y recurren a activistas mundiales en busca de apoyo, frente a los casos en los que los actores mundiales inician las campañas locales y buscan el apoyo de aliados locales. En este artículo, Tatiana realiza el tipo de análisis político descrito en los párrafos anteriores: no asume que los actores de la sociedad civil tienen actitudes comunes hacia las patentes farmacéuticas y disposiciones hacia las licencias obligatorias, sino que analiza las distintas formas en que activistas globales, colombianos y ecuatorianos abordan estas cuestiones, y muestra cómo estas diferencias dieron forma a los conflictos políticos en torno al acceso a un importante medicamento para el VIH/sida en los países suramericanos.

En el enfoque político que adopto aquí, me centro en las industrias farmacéuticas locales de los países en desarrollo. Los ADPIC, y la posterior introducción de sistemas de patentes farmacéuticas, han inspirado patrones de cambio en los sectores farmacéuticos locales, y estos cambios los convierten en actores menos fiables para las campañas que abogan por recrear el mundo previo a los ADPIC mediante el uso de flexibilidades como las licencias obligatorias. Para desarrollar este argumento, y partiendo de la idea expuesta de que la política es dinámica, llamo la atención sobre el modo en que las nuevas políticas, una vez introducidas, pueden desencadenar pautas de “ajuste” y reconfigurar posteriormente los intereses en torno a la política de propiedad intelectual.

Ajuste, intereses y política transformados

Cuando los actores responden —es decir, se adaptan— a políticas y entornos cambiantes, sus intereses y estrategias políticas cambian posteriormente. El resultado puede ser un adelgazamiento —o al menos una alteración— de las coaliciones.

Cambiar las políticas es difícil porque requiere vencer la resistencia de los actores que se benefician del *statu quo*. Mantener las políticas una vez instituidas es menos difícil por la misma razón: los actores que se benefician del nuevo *statu quo* acumulan recursos y se movilizan por la continuidad. Pero ¿qué ocurre con los “perdedores”, es decir, los que se resistieron sin éxito al cambio? Para entender la política de la propiedad intelectual también debemos centrarnos en estos actores. Al hacerlo, centraremos nuestra atención en el proceso de ajuste.

Lo que yo llamo ajuste consiste simplemente en que, una vez que cambian las reglas, mientras algunos agentes económicos emprenden campañas de retaguardia para restablecer el antiguo *statu quo*, la mayoría se dedica a otras cosas. En el caso de los productos farmacéuticos, una vez que un país cuenta con un sistema de patentes, las empresas locales, en su mayoría, dejan de fabricar sus propias versiones de nuevos medicamentos, es decir, medicamentos que estaban patentados en otros lugares pero que, antes del ADPIC, carecían de patentes en el contexto local debido a la ausencia de un sistema de patentes farmacéuticas. Aunque este cambio no se produce de la noche a la mañana —y rara vez es retroactivo—, con el tiempo llegan al mercado local nuevos medicamentos protegidos por patentes, y las empresas locales saben que continuar con la producción de estos medicamentos las pondrá en el lado equivocado de la ley y las someterá a litigios. Sin duda, algunas empresas siguen fabricando sus propias versiones de algunos medicamentos patentados poco después de su introducción, pero, aunque la producción “de riesgo” de nuevos medicamentos capta la atención, no es la norma.

Entonces, si las empresas farmacéuticas locales ya no hacen ingeniería en reversa de nuevos medicamentos, ¿qué hacen?, ¿cómo se adaptan a las nuevas disposiciones? Algunas dedican más recursos a I+D, intentando desarrollar sus propios productos innovadores y patentables. Y, por otra parte, algunas empresas desaparecen, al quedar excluido y obsoleto el modelo de negocio de imitación de nuevos medicamentos por la introducción de un sistema de patentes, y sin recursos para innovar, las empresas cierran. Los efectos políticos de estas dos formas de ajuste son similares, en el sentido de que los actores que se habían resistido a un cambio esencialmente salen de escena. Estas empresas pueden haber luchado a capa y espada contra el cambio, pero, una vez que este se produce, se adaptan al nuevo entorno de una forma que amortigua su oposición.

Hasta ahora he hablado de tres formas de adaptación: *negar* (seguir librando la vieja batalla), *innovar* y *salir*. Pero consideremos dos formas adicionales de ajuste, que llamaré *generizar* y *colaborar*. Con *generizar* me refiero a las empresas farmacéuticas locales de los países en desarrollo que responden a la nueva presencia de patentes centrándose en la producción y venta de medicamentos más antiguos cuyas patentes han caducado. Esto es lo que hacen las empresas farmacéuticas no innovadoras en los países donde las patentes farmacéuticas están más arraigadas y, por supuesto, muchas empresas de los países en desarrollo ya lo hacían incluso antes del ADPIC, pero la cuestión es que esto se convierte en su principal modelo de negocio. A su vez, con *colaborar* me refiero a las empresas locales que unen sus fuerzas con empresas farmacéuticas

originarias extranjeras, asumiendo la responsabilidad de la distribución y la venta —y a veces la fabricación— en el mercado local.

Estas dos formas de ajuste también tienen importantes implicaciones para la política. El centro de atención de las políticas de las empresas que generan medicamentos pasa de la existencia de patentes farmacéuticas a cuestiones relacionadas con el abuso de las patentes y la duración de la protección de las patentes; de si el país debe tener un sistema de patentes a cómo funciona el sistema de patentes. Por ejemplo, otra flexibilidad de los ADPIC que ha recibido una atención considerable es que los países adopten directrices y prácticas de examen restrictivas, para reducir la concesión de patentes “secundarias” que amenazan con ampliar los períodos de exclusividad (Sampat y Shadlen 2015, 2017). Cabría esperar que las empresas locales que generalizan se preocuparan por las patentes secundarias y presionaran para que se introdujeran esas flexibilidades en las leyes y las prácticas nacionales. Pero como no se trata de reducir las exclusividades, sino de impedir la ampliación de los períodos de exclusividad, no se pretende tanto recrear el mundo anterior a los ADPIC, sino, más bien, ponerle límites. Las empresas locales que generalizan pueden resistirse a las medidas “ADPIC -plus” que amenazan con ampliar los períodos de exclusividad (Andia 2011; Shadlen, Sampat y Kapczynski 2019), pero es menos probable que participen en campañas contrahegemónicas más amplias contra los ADPIC.

Por otro lado, el enfoque político de las empresas que colaboran también cambia. Las empresas farmacéuticas locales que distribuyen y venden los medicamentos patentados de las empresas extranjeras han desarrollado estrategias empresariales que encajan en el nuevo segmento patentado del mercado, pero no se ven afectadas por él, y pueden llegar a ver las patentes —y las empresas farmacéuticas transnacionales propietarias de estas patentes— de forma diferente. Se convierten menos en amenazas que en socios potenciales. El efecto político de estos cambios es que las empresas que colaboran suelen tener menos interés en acciones agresivas que eliminan o reduzcan la fuerza de las patentes de las empresas extranjeras. De hecho, una empresa farmacéutica local que colabore con una empresa transnacional como distribuidora local, co-comercializadora o licenciataria puede ser reacia a desafiar la propiedad intelectual del socio extranjero. También es menos probable que participen en campañas contrahegemónicas más amplias contra los cambios introducidos por los ADPIC.

Esta última forma de ajuste nos lleva directamente de la segunda vía para recrear el mundo previo a los ADPIC (las licencias obligatorias), a la tercera vía (las licencias directas entre los creadores y los socios locales). La concesión de licencias obligatorias puede ser legalmente posible en virtud de los ADPIC, y las leyes nacionales que lo permiten pueden estar en vigor, pero las empresas

locales pueden no tratar de activar las disposiciones de concesión de licencias obligatorias o responder a las iniciativas gubernamentales y de la sociedad civil para hacerlo. No se trata de que las empresas locales dejen de preocuparse por las licencias obligatorias, sino más bien de que, al haber ajustado sus estrategias empresariales al nuevo contexto, enfoquen los conflictos sobre la propiedad intelectual de forma diferente a como lo hacían en la década de 1990, cuando se debatía la introducción de las patentes farmacéuticas. Estas empresas se han adaptado y una consecuencia de la adaptación es que sus intereses han cambiado.

Dando un paso atrás, y para concluir este debate, de las cinco formas de ajuste analizadas (negar, innovar, salir, generizar, colaborar), solo negar ofrece argumentos a quienes intentan recrear el mundo previo a los ADPIC a través de la segunda vía, mientras que colaborar apoya tales esfuerzos a través de la tercera vía. Aunque comparar la magnitud de los cambios está fuera del alcance de este ensayo, es casi seguro que la colaboración es una respuesta más prominente a los ADPIC en todo el mundo que la negación. Con respecto a las otras tres formas de ajuste, la salida produce indiferencia; la innovación probablemente refuerce el nuevo *statu quo* introducido por los ADPIC; y la generización apoya el activismo en torno a los ADPIC, pero, una vez más, se trata más de limitar los efectos del mundo introducido por los ADPIC que de recrear el mundo previo a ellos.

Conclusión

Es probable que los mercados farmacéuticos funcionen de forma diferente en un mundo marcado por los ADPIC con patentes farmacéuticas. Incluso si los países aprovechan al máximo las posibilidades legales en cuanto a la inclusión de la flexibilidad de los ADPIC en sus sistemas nacionales de patentes, la existencia de flexibilidades por sí sola no sería suficiente para recrear el mundo previo a los ADPIC. Es necesario activar las disposiciones legales, pues las transformaciones producidas por los ADPIC —en particular las pautas de ajuste de los sectores farmacéuticos locales— hacen que esto sea más difícil de lo que parece a primera vista. El objetivo de este ensayo no es concluir que los esfuerzos por recrear el mundo previo a los ADPIC, a partir de las medidas introducidas y adoptadas a escala nacional, son inútiles, sino mostrar cómo el análisis de la política —los actores, sus intereses y sus estrategias en el espíritu de Tatiana— nos permite apreciar mejor los retos a los que se enfrentan dichos esfuerzos. Y, lo que es más importante, el propósito es mostrar cómo el ajuste y el consiguiente equilibrio de fuerzas se están decantando a favor de la tercera vía para recrear el mundo

previo a los ADPIC, basada en el compromiso voluntario y la colaboración entre las empresas originarias y sus socios de los países en desarrollo.

Referencias

- Andia, Tatiana. 2011. "The Invisible Threat: The Rise of Non-Intellectual Property and Pharmaceuticals and Public Health: Access to Drugs in Developing Countries". En *Pharmaceuticals and Public Health: Access to Drugs in Developing Countries*, editado por Kenneth Shadlen, 1-20. Northampton: Edward Elgar Publishers.
- Andia, Tatiana. 2015. "The Inverse Boomerang Pattern: The Global Kaletra Campaign and Access to Antiretroviral Drugs in Colombia and Ecuador". *Studies in Comparative International Development* 50 (3): 203-227. <https://doi.org/10.1007/s12116-015-9185-3>.
- Andia, Tatiana, y Nitsan Chorev. 2023. "How to Study Global Lawmaking: Lessons from Intellectual Property Rights and International Health Emergencies". *Annual Review of Law and Social Science* 19 (1): 1-20. <https://doi.org/10.1146/annurev-lawsocsci-111522-091304>.
- Chorev, Nitsan, y Ken Shadlen. 2015. "Intellectual Property, Access to Medicines, and Health: New Research Horizons". *Studies in Comparative International Development* 50 (2): 143-156. https://www.researchgate.net/publication/276543285_Intellectual_Property_Access_to_Medicines_and_Health_New_Research_Horizons.
- Correa, Carlos, y Thomas C. Hilley. 2022. *Access to Medicines and Vaccines*. Cham: Springer. <https://doi.org/10.1007/978-3-030-83114-1>.
- Kapstein, Ethan B., y Joshua W. Busby. 2013. *AIDS Drugs for All: Social Movements and Market Transformations*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Lanjouw, Jean O. 2003. "Intellectual Property and the Availability of Pharmaceuticals in Poor Countries". *National Bureau of Economic Research* 3 (15): 91-129.
- Liu, Ming, y Sumner La Croix. 2015. "A Cross-Country Index of Intellectual Property Rights in Pharmaceutical Inventions". *Research Policy* 44 (1): 206-216. <https://doi.org/10.1016/j.respol.2014.07.004>.
- McGivern, Lauren. 2023. "Trade-Related Aspects of Intellectual Property Rights Flexibilities and Public Health: Implementation of Compulsory Licensing Provisions into National Patent Legislation". *The Milbank Quarterly* 101 (4): 1280-1303. <https://doi.org/10.1111/1468-0009.12669>.
- Nattrass, Nicoli. 2008. "The (Political) Economics of Antiretroviral Treatment in Developing Countries". *Trends in Microbiology* 16 (12): 574-579. <https://doi.org/10.1016/j.tim.2008.08.012>.

- Reichman, Jerome H. 2009. "Intellectual Property in the Twenty-First Century: Will the Developing Countries Lead or Follow?". *Houston Law Review* 46 (4): 1115-1185.
- Sampat, Bhaven, y Kenneth Shadlen. 2015. "TRIPS Implementation and Secondary Pharmaceutical Patenting in Brazil and India". *Studies in Comparative International Development* 50 (3): 228-257. <https://link.springer.com/article/10.1007/s12116-015-9181-7>.
- 2017. "Secondary Pharmaceutical Patenting: A Global Perspective". *Research Policy* 46 (3): 693-707.
- Shadlen, Kenneth C., Bhaven N. Sampat y Amy Kapczynski. 2019. "Patents, Trade and Medicines: Past, Present and Future". *Review of International Political Economy* 27 (1): 75-97. <https://doi.org/10.1080/09692290.2019.1624295>.
- Sell, Susan K., y Aseem Prakash. 2004. "Using Ideas Strategically: The Contest Between Business and NGO Networks in Intellectual Property Rights". *International Studies Quarterly* 48 (1): 143-175. <https://doi.org/10.1111/j.0020-8833.2004.00295.x>.

El cancerológico*

TATIANA ANDIA REY

HACE POCOS DÍAS tuve el honor de inaugurar un ritual de celebración de hitos positivos en la trayectoria terapéutica de pacientes del Instituto Nacional de Cancerología, o como le decimos coloquialmente, el cancerológico. Me gustaría compartir con ustedes aquí las palabras que di ese día.

Lesión en la columna y ganglios retroperitoneales, leía en la primera resonancia magnética sin contraste que me hicieron en un hospital al norte de la ciudad.

No recuerdo que ese momento haya sido traumático, probablemente porque no lo podía creer, pero también porque, en general, me aproximo a la vida así. Si no se sabe bien de qué se trata algo no me preocupa. Solo cuando tengo la información completa paso a preocuparme y tiendo a pensar positivo.

Mi madre me solía decir: “todo va a salir bien”, ante cualquier situación. Tendía también a minimizar la gravedad de las cosas. Seguro heredé de ella esa despreocupación y esa seguridad.

Mi primera consulta oncológica sucedió aquí, en el cancerológico. El lugar me era familiar, porque me había reunido algunas veces con Carolina Wiesner, su directora, y su equipo en el edificio viejo, el clásico, que ahora tiene un

* Una versión de este texto fue publicada en *Razón Pública* el 4 de febrero del 2024.

ascensor que pocos usan. Entrar como paciente, sin embargo, se sintió completamente diferente. Se ingresa por otra puerta y hay que seguir otras reglas.

El día de esa primera consulta, recuerdo tener algo de ansiedad anticipatoria, pero no negativa, más parecida a la ansiedad antes de la defensa de tesis o de presentar alguno de los muchos exámenes de clasificación que he presentado en mi vida.

Eso sí, memoricé el trayecto del taxi, los cerros Orientales a la altura del Parque Nacional, la vista de la ciudad al acercarnos a Monserrate, más cerros muy verdes, el Instituto Roosevelt, el desvío hacia Choachí, la iglesia del barrio Egipto, los grafitis de la calle 4.^a (o 5.^a), la Samaritana, la cárcel y, finalmente, la entrada al cancerológico, con los puestos de comercio ambulante y la fila de entrada para acompañantes.

Era muy temprano. Antes de salir de la casa pensé en tomarme una foto y enviarla al chat familiar. Una demostración más de que me sentía más yendo a una prueba académica que a lo que se convertiría en mi mayor prueba de vida. Pensé rápidamente que no tenía sentido y me abstuve de tomar la foto. Hoy pienso que habría sido un recuerdo significativo.

El cancerológico es un sitio fabuloso, de los pocos en Colombia en donde nos encontramos los diferentes. La gente viene de todas las clases sociales, de todas las regiones del país, de todas las edades. Todos atravesando el momento más difícil de sus vidas, con esa experiencia trágica pero especial en común.

Me formularon muchos exámenes. El residente que nos recibió fue muy simpático. Me gusta la gente joven, universitaria, con todas las ilusiones a medio armar. Por eso soy profesora universitaria, porque amo ese momento de la vida lleno de posibilismo.

Ya olvidé el nombre del residente, tal vez Santiago, pero recuerdo bien que le preguntamos en qué hacía su residencia y nos dijo que en cuidado paliativo. Pensé que tal vez eso explicaba su amabilidad y su empatía. Luego me sorprendió gratamente que todos los residentes que trabajan aquí son amables y empáticos, independientemente de su especialidad.

Los primeros exámenes me los hicieron ambulatorios. Los trayectos al instituto cada vez más frecuentes. El mapa del viaje en taxi cada vez más natural. La experiencia siendo naturalizada y mi ojo sociológico y mi carácter por naturaleza reflexivo luchando en contra de ese proceso.

Luego vinieron varios momentos de sufrimientos montados sobre sufrimientos. Tuve que ser hospitalizada de emergencia aquí, en la que considero una de mis nuevas casas. El primer TAC con contraste se montó sobre un temblor, aquí, en el cancerológico. La primera resonancia magnética de cuerpo y cráneo de

aproximadamente dos horas se montó sobre un apagón de luz que la hizo durar tres horas, aquí, en el cancerológico.

Pero, a pesar de lo que parecía una serie de infortunios imposibles de resistir todos juntos, nunca sentí un maltrato. Con más o menos agotamiento por el volumen de trabajo, evidentemente abrumador, que todos los profesionales aquí enfrentan, la gente saca energía para conectar y explicar, para tramitar ansiedades e infortunios tan o más grandes que los míos.

Por esos días recuerdo haber descrito este hospital como un lugar al que no le cabe una gota más de sufrimiento. A pesar de todo ese sufrimiento colectivo y compartido entre diferentes, el piano que suena de vez en cuando, las sonrisas de los camilleros y enfermeras y, en general, la empatía de profesionales y pacientes, le hacen a uno el tránsito tolerable.

Solo recuerdo una experiencia negativa en los tantos días que he pasado aquí desde mi diagnóstico. La cita con el neurocirujano. Un personaje en extremo pedante y desdeñoso a quien, para superar la frustración del incidente, le hice un *sticker* de WhatsApp que compartí por un tiempo con familiares y amigos.

Menciono esa única experiencia negativa porque hizo muy evidente para mí lo sutil y delicado que es el quehacer de cada una de las personas que trabajan en una institución como estas. Todos los días sosteniendo la vida y las emociones de pacientes vulnerables, desnudos y llenos de miedo.

Por fuera del instituto, todas las relaciones de mi vida se transformaron. Cada amistad, cada hermandad, cada paternidad cobró un nuevo sentido. Así mismo, cobraron un nuevo sentido la existencia, las rutinas, el trabajo, las razones de ser y hacer.

Me reconecté con amigas y amigos que por primera vez vi en su esencia, transformados por la enfermedad y la muerte que les atropelló en la infancia. Me distancié de amigas y amigos a quienes, como a mí hasta este momento, la enfermedad y la muerte les había tocado de formas menos esenciales o menos procesadas, aunque significativas y diversas.

Todos redefiniéndonos y recomponiéndonos en la cotidianidad de una experiencia humana, cercana, conocida, pero incommensurable hasta que no te toca en el fondo de tu alma, de tu humanidad.

El cáncer, como la vida bien vivida cuando se está acabando, me ha hecho revisitar cada momento, cada lugar, cada afecto. En ese sentido, el cáncer, la peor condena, me ha parecido la mayor fortuna.

Y, sin embargo, no podría expresar nada de esto que he dicho sin que un diagnóstico esperanzador me hubiera permitido procesarlo.

Hace ocho días la oncóloga más empática que hubiera podido desear nos dijo que el resultado del medicamento ha sido “espectacular”. Sí, dijo espectacular.

Una oncóloga que no necesita saber nada de nosotros, mis familiares y amigos que estamos aquí hoy, para emocionarse por nuestra felicidad, gratitud y respiro.

Ante la noticia, uno de mis amigos más entrañables, mi compañero de vida desde la adolescencia bastante mamerta que compartimos, me dijo: esta es la mejor noticia que he escuchado en mi vida desde la del nacimiento de Bruno, su hijo de siete.

Creo que atinó porque se siente como un volver a nacer.

La inminencia de la muerte adolorida no deja alzar cabeza, pero la certeza de la muerte futura con el renovado bienestar físico que da esta cura temporal, sí. Muchos me han dicho que todos sabemos que nos vamos a morir algún día, pero les garantizo que solo quienes hemos visto la muerte propia de frente lo sentimos tan intensamente. De ahí la soledad íntima de los enfermos.

No sé cuánto va a durar esta sensación magnífica de renacimiento, lo que sí sé es que la vida, por corta o larga que sea, nunca será la misma.

Una de las preguntas inevitables es de qué se va a tratar mi vida ahora. No tengo ni la más mínima idea, ¿no ven que acabo de nacer?

Lo que sí sé es a quién le debo todo lo que he sido en estos días difíciles, entrañables y definitivos de mi vida.

Se los debo a Andrés Elías, el amor de mi vida, mi compañero en cada tráecto de la historia que he contado, el compañero que nunca soñé que tendría.

Andrés Elías es la única persona que ha experimentado conmigo todas y cada una de las afugias, alegrías y reflexiones existenciales. A Andrés Elías le cuento mis sueños y mis más íntimos temores. A él le dedico mi amor infinito, mi vida, mis deseos, mi todo.

Le debo todo también a mi padre, Óscar Iván Andía, nuestro coequipero, el amor loco de mi madre, la razón de mi existencia, el artífice de mí misma como proyecto, la persona que me enseñó que la vida debía tener sentido y propósito. La persona con el propósito más claro y determinado que he conocido. El reflejo de mi madre, muerta en vida.

Quiero agradecer también a todos mis familiares y amigues, presentes y ausentes hoy, por cada minuto de consideración y complicidad amorosa, por cada cena, cada fiesta, cada exorcismo de temores compartidos. Les amo con toda mi alma.

Finalmente agradezco al instituto, a Carolina, a Liliana, a Yolima, a Andrea, las doctoras de radioterapia, a cada residente, cada vigilante, cada enfermera/o, cada camillero, cada persona... ¡Gracias! Su trabajo es TODO para nosotros los pacientes.

El miedo a la muerte*

TATIANA ANDIA REY

A FINALES DE enero de este año me subí a un avión rumbo a Cali para asistir al matrimonio de un amigo. Era el segundo viaje en avión que hacía sola desde mi diagnóstico de cáncer. Antes solía viajar sola con mucha frecuencia y con un placer profundamente liberador. Pero desde que estoy “enferma”, aunque sin síntomas, las cosas que antes eran naturales se han convertido en verdaderos peregrinajes existenciales.

Cada cosa que puedo hacer de nuevo y sin dolor, caminar, nadar, bailar, tener sexo, se sienten como la primera vez. Mejor aún, como una primera vez experimentada. Cada cosa que no puedo volver a hacer, como “montañear”, jugar tenis, correr, saltar, me producen nostalgia y admiración. Para esas cosas he tenido que aprender a ver imágenes y videos de amigos y profesionales, con la distancia de quien nunca aspiró a tal hazaña. Como se ven las imágenes y los videos de patinaje artístico, nado sincronizado, gimnasia olímpica y la lista interminable de prácticas físicas impensables para mí.

En el avión a Cali, una pequeña turbulencia me petrificó. Sería muy irónico morir en un improbable accidente aéreo habiendo sobrevivido los primeros seis meses con cáncer, pensé. Sería un horror para Andrés Elías, por fin aliviado y tranquilo de dejarme andar sola en avión sin el temor inminente a que me le muriera fuera de su vista.

* Una versión de este texto fue publicada en *Razón Pública* el 4 de marzo del 2024.

Pocos días después lo acompañé a él a un pequeño procedimiento ambulatorio. Sentada en la sala de espera por más de una hora, me comenzó a entrar la angustia. Si el procedimiento dura diez minutos y el último paciente salió hace cuarenta minutos, ¿qué es lo que puede estar pasando? ¿Cuál es la probabilidad de que algo se haya complicado? ¿Estará asustado?

A los cincuenta minutos emergió uno de los pacientes. Lo miré fijamente, de arriba a abajo, para ver si tenía signos de venir del mismo procedimiento. Le reportó a su pareja sentirse mareado. Volví a hundir los ojos en el libro que estaba leyendo para disimular la ansiedad. Era uno más de los ya más de diez libros que he comprado o me han regalado sobre la muerte, el duelo, el fin de la vida. El tema me interesa literaria, académica y legalmente desde la muerte de mi madre, demasiado reciente aún.

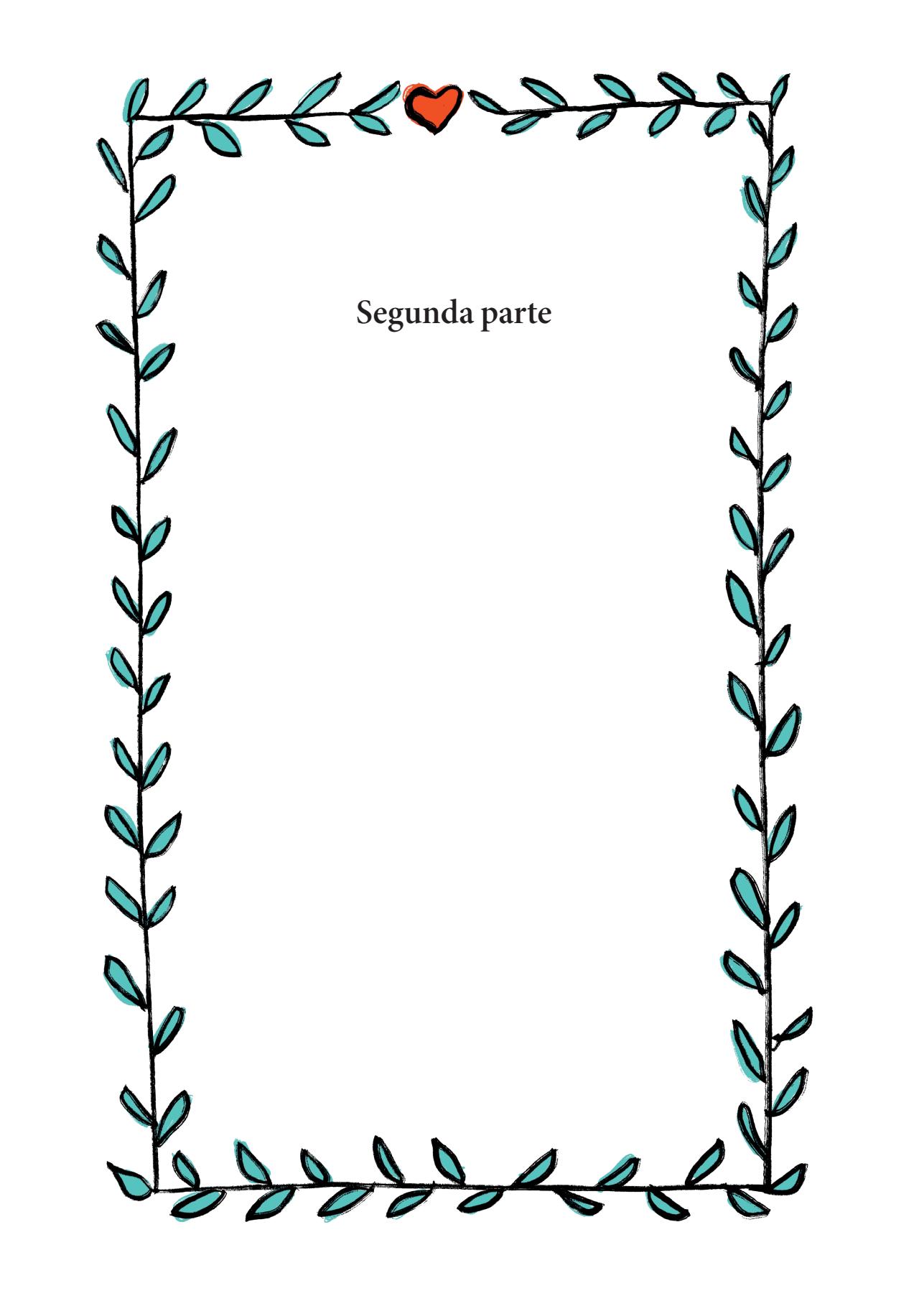
En esa sala de espera, leo párrafos enteros sin leerlos. Caigo en cuenta cada cierto tiempo de mi distracción y vuelvo a empezar. Pasan otros veinte minutos y otro paciente emerge. Salen y entran enfermeras. Todo el mundo con cara relajada. Llaman a otros tres. Ya debe estar por salir, pienso. Vuelvo al libro.

El libro de ese momento es sobre el duelo. Más precisamente sobre el duelo de la pareja de toda la vida. *El año del pensamiento mágico*, de Joan Didion. Llevaba leyéndolo buena parte de los dos meses anteriores. En varios pasajes de ese libro me había reconocido; en duelo y enamorada a la vez. Pero las páginas que me tocaron en la sala de espera, ansiendo la salida de Andrés Elías, son las más lindas que había leído hasta ese momento. Los ojos se me llenaron repentinamente de lágrimas, lágrimas de puro amor.

Una de las cosas que había pasado por alto, hasta ese momento, es que la amenaza de la muerte propia le quita a uno el miedo de la muerte de los seres queridos. En esa sala de espera, ante un acontecimiento intrascendente, me di cuenta instantáneamente de que la idea de morirme era bastante más tolerable que la de ver morir y sobrevivir a mis grandes amores. Empaticé instantáneamente con quienes, de manera estoica y cómplice, me han acompañado todos estos meses con el temor anticipatorio de una vida sin mi presencia. El duelo se hace también en vida y es en gran medida lo que han estado haciendo, a punta de imaginación, los seres que más me quieren o me han querido.

Recientemente he tenido noches de desvelo. Más noches de desvelo que antes. Dando vueltas en la cama, en la penumbra, me he dado cuenta de que le tengo miedo a la muerte. No le tengo miedo a morirme, le tengo miedo a morírmel a alguien y de que alguien se me muera. Somos las relaciones que construimos. Somos de quienes nos ven, y vemos a quienes queremos que sean lo que quieran ser.

En medio de estas reflexiones, murieron Betto y Rodrigo Pardo, ambos anticipadamente y de cáncer. Del primero me quedó una caricatura de bar mamerto a mis 16 o 17 años. Nunca volvimos a hablar, pero lo recuerdo como un “goce-tas”, algo que espero haber emulado con éxito rotundo. Al segundo nunca lo conocí, pero de la última entrevista que dio, me quedó lo siguiente: “Después de que me anunciaran la enfermedad, murió mi padre, y luego mi hermano. El que iba a morir era yo, no ellos. La muerte es inevitable, pero, además, ilógica”.



Segunda parte



Ilustración de Juana Medina Rosas

La vida y la muerte sin hijos*

TATIANA ANDIA REY

UNA DE LAS frases que más he dicho en este tiempo cancerígeno es que me alivia no tener hijos. No sé bien de dónde salió esa idea punzante que tengo desde el primer momento de mi diagnóstico y, hasta este momento, nunca me lo había preguntado. Cada vez que lo digo la gente asiente en comisión con lo que digo. Un consenso que solo se logra ante una verdad de a puño.

En una de las más poderosas visiones que me han acechado en estos meses, soy de nuevo una adolescente que corre por los pasillos de algún centro comercial enrevesado. En la visión tengo la certeza de que esa adolescente es la misma que corre ahora por los pasillos llenos de luz que me conducen hacia la muerte.

Aunque no parezca, ambas cosas parecen estar conectadas. La liviandad de adolescente en este tránsito es la manifestación más clara de que nunca construí uno de los vínculos más difíciles de romper. El más biológico de todos. La extensión literal de mi cuerpo en el de otra persona.

También lo siento en el cuerpo a ratos. Como una fuerza enorme que nunca explotó todo su poder creativo. Una energía contenida que por su fuerza infinita me prendió por dentro, a través de cientos de bombillos tumorales.

Viendo a mis amigas y amigos más íntimos durante estos meses con sus extensiones biológicas de todas las edades, no puedo sino preguntarme de qué me perdí y si valió la pena.

* Una versión de este texto fue publicada en *Razón Pública* el 15 de abril del 2024.

Siento a las hijas y los hijos de mis amigos verme como un espectro y pienso en la comodidad de saberse seguros en los brazos de sus madres y padres cuando yo ya no esté.

Cuando me muera será un recuerdo tranquilo, en el mejor de los casos, de aquella amiga entrañable que ocupa algún lugar en el corazón de su madre o padre y que evoca un pedazo de su vida.

A ratos me gustaría saber las personas en que se convertirán esas niñas y niños entre 1 y 23 años que constituyen las constelaciones de sobrinas y sobrinos adoptivos que tengo regados por el mundo. Imagino a esas personas ya adultas, mi mirada completamente ausente de ellas. Cuánta libertad la mía y cuánto desapego el de ellas y ellos. Cuánto alivio.

Luego pienso en mis sobrinas y sobrinos biológicos: las hijas de mis hermanos, Luisa, Gabriela, Sara y Juana, y los hijos de mi hermana, Eikiu y Leonardo. Ya tengo, además, una sobrina nieta, Leonor. A ellas y ellos me los imagino claramente en el futuro, brillantes. En la vida de ellas y ellos espero ser un recuerdo alegre, como el de mi madre. Uno de esos recuerdos que le provocan a uno ganas de vivir y que hacen que hasta la muerte parezca divertida.

Finalmente pienso en mis estudiantes. Todos esos hijos que tuve por un ratito, algunos que todavía consiento y apretujo con frecuencia. Ellas y ellos también brillantes, felices es sus trabajos o posgrados.

Todas esas generaciones de vidas cruzadas son una misión cumplida de sus madres y padres y yo, la eterna adolescente, habré contribuido un poquito a que así sea. ¡Qué alivio!

La economía política del derecho a la salud o sobre cómo no *desver*, según Tatiana Andia

EVERALDO LAMPREA MONTEALEGRE

Introducción

EL HECHO DE que la literatura acerca del derecho a la salud tienda a invisibilizar la densa economía política que la rodea siempre sorprendió a Tatiana. Más que un defecto atribuible a la falta de visión de quienes trabajamos en ese tema, intujo que hay una explicación probablemente más interesante. En este artículo quisiera describirla como nuestra capacidad de *desver*.

Tal como lo entiendo, el neologismo *desver*, derivado de la acepción *unsee* en inglés, hace referencia al acto de olvidar haber visto algo que se acaba de ver. Dicha facultad es, desde luego, una quimera; una vez algo es visto es imposible desverlo. Le debo este término a la propia Tatiana, quien lo utilizaba junto con un *sticker* de WhatsApp en el que se muestra a una mujer súper poderosa cuyos ojos emiten rayos infrarrojos para desver.

El concepto de desver es útil en este contexto, ya que explica el fenómeno particular que se presenta en esta área de estudio: no es que quienes investigamos el derecho a la salud no hayamos visto su economía política; simplemente contamos con una especie de poder o facultad mágica que nos permite desverla una vez vista.

En mis conversaciones con Tatiana acerca de la judicialización de la salud surgía una y otra vez su insatisfacción respecto a la forma en que esa literatura había sido capaz de borrar la economía política de un derecho fundamental. A juicio de Tatiana, la limitación más notoria de esa área de estudio es que quienes participamos en ella operamos en un mundo desmaterializado, en el cual el derecho a la salud parece estar despojado de una de sus características más

distintivas, que lo diferencia diametralmente de otros derechos socioeconómicos como a la vivienda digna, la alimentación, el mínimo vital o la educación. Dicha peculiaridad es que el derecho a la salud se satisface, muchas veces, cuando una persona recibe un producto o bien concreto, mas no con una acción del Estado, como construir escuelas o alcantarillado, proveer vivienda digna, garantizar la nutrición o la subsistencia a través de un ingreso básico.

Todavía más relevante —como lo explicó Tatiana en tantos artículos de prensa y difusión, para lo cual sería necesario citar apenas unos cuantos—, dicho bien de mercado está protegido, como lo pueden estar unos tenis Nike o un celular Apple, por patentes que pertenecen a grandes compañías transnacionales. Pero mientras las barreras de acceso a unas zapatillas Jordan o a un iPhone no ponen mi subsistencia en riesgo, la imposibilidad económica de adquirir un medicamento biotecnológico patentado por Roche, Pfizer o Novartis —el cual puede ser mucho más costoso que veinte Jordans o diez iPhone juntos— sí puede significar la diferencia entre la vida y la muerte para un paciente con cáncer o con esclerosis múltiple.

Una de las lecciones que impartió Tatiana Andia en su trabajo académico fue mostrar que cuando un paciente invoca sus derechos fundamentales ante un juez o un tribunal para obtener una droga, está poniendo en movimiento la gran maquinaria de la economía política global de la salud. Tomemos, por ejemplo, el caso de cualquier litigante que en este preciso momento radica su tutela o amparo en cualquier juzgado de Cali o Río de Janeiro para exigir un medicamento de marca que requiere para el tratamiento de su enfermedad. Ese paciente está exigiendo, sin saberlo, que el sistema de salud de su país adquiera con recursos públicos un bien producido por una gran compañía farmacéutica. Dicha compañía, al vender el medicamento al sistema de salud de Brasil o de Colombia, exige obtener una recompensa económica luego de haber desarrollado la tecnología concentrada en esa pequeña píldora. Y es allí, en esa gragea que el paciente ingiere todas las mañanas, donde se esconde la molécula o compuesto químico protegido por un gigantesco régimen global de patentes y propiedad intelectual.

Como sostendré en este texto, los aportes de Tatiana al derecho a la salud suponen una invitación en dos niveles. Por una parte, Tatiana nos hace un llamado a no ignorar la economía política que subyace al derecho a la salud, encapsulada en esa pequeña gragea que ingiere el paciente. Por otra parte, Tatiana nos reta a que encontremos formas creativas para que, como lo formuló Karl Polanyi (2001) —uno de sus autores predilectos—, podamos “arraigar” las fuerzas del mercado y los intereses económicos de grandes compañías farmacéuticas con el objetivo de proteger el derecho a la salud de los más vulnerables.

Es esta noción de arraigo y desarraigó proveniente de Polanyi la que, a mi juicio, recorre el trabajo de Tatiana Andia y la cual considero un antídoto para dejar de desver la economía política del derecho a la salud.

El arte de desver

Es una fortuna que la literatura acerca del derecho a la salud haya pasado de ser provincia exclusiva de constitucionalistas y jueces para abrirse a una multiplicidad de miradas académicas y de *experiencias humanas*. Porque, tal como lo mostró la etnografía pionera de João Biehl (2007) en organizaciones de pacientes con VIH/sida, más que un área de interés académico, el derecho a la salud es la manifestación de una experiencia profundamente humana, algo más cercano a lo que el antropólogo brasileño llama la “voluntad de vivir” que a los libros de derecho y a las sentencias de una corte.

Una de las mayores fortalezas de esa literatura es su diversidad de enfoques y metodologías. Allí se pueden encontrar desde sesudas disquisiciones sobre el “núcleo duro” del derecho a la salud (Young 2008) hasta etnografías que trazan los itinerarios burocráticos de pacientes bogotanos en busca de atención médica (Abadía y Oviedo 2009). Pero pese a su colorida y en ocasiones caótica diversidad, esta literatura interdisciplinaria tiene una peculiaridad o, más bien, una limitación que Tatiana Andia buscó corregir en su papel de académica, intelectual pública, activista y funcionaria.

Pero antes de poner su firma en una prescripción médica, Tatiana se detuvo a entender la sintomatología de la literatura sobre la judicialización de la salud. Una de sus características más notables es la de haberse enfrascado en discusiones tales como las órdenes estructurales de cortes y tribunales (Gargarella, Domingo y Roux 2006; Yamin y Gloppen 2011; Lamprea 2016); los costos económicos de los fallos sobre el derecho a la salud (Hoffman y Bentes 2008; Wang 2013); y el posible aumento en la desigualdad que, según algunos autores, promueve el litigio y la adjudicación del derecho a la salud en países como Brasil y Colombia (Ferraz 2011a).

Una de las debilidades más llamativas de esta producción académica es que, aún para los autores preocupados por el posible impacto negativo del litigio de medicamentos sobre la igualdad, no es necesario incorporar la industria farmacéutica como un actor relevante que fomenta este tipo de judicialización, así como tampoco los altos precios de esos productos a través de la presión que ejerce Big Pharma sobre los Gobiernos para que desregulen el mercado o regulen a favor de sus intereses (Moestad, Ferraz y Rakner 2011)

Como se explica en un artículo que escribimos con Tatiana (Andia y Lamprea 2019), los autores que aducen que el litigio de medicamentos de marca es “malo para los pobres” (Ferraz 2011b) recurren a metodologías cuestionables para llegar a sus conclusiones. Pero todavía más importante, según estos autores, la culpa de los efectos negativos de este tipo de litigio recae, por una parte, en cortes y jueces que desconocen los efectos económicos de sus fallos y, por otra, en litigantes astutos que, pese a tener capacidad económica para adquirir drogas costosas, prefieren litigarlas de modo que sea el sistema de salud pública el que las termine financiando.

Ese tipo de recuento no solo es tendencioso y débil en su metodología, sino que, además, excluye de su análisis la verdadera economía política del derecho a la salud, así como a su actor más prominente: una poderosa industria farmacéutica que no solo financia y promueve la litigiosidad del derecho a la salud en países como Colombia, Costa Rica y Brasil (Lamprea 2022), sino que, como lo demostró Tatiana, también presiona a los Gobiernos del sur global para que desregulen el mercado de medicamentos, erijan barreras de ingreso para drogas biotecnológicas competidoras y creen un ecosistema normativo y regulatorio adverso para los productos genéricos (Andia 2011, 2012).

También es diciente que los autores que realizan entrevistas para entender el derecho a la salud en Colombia se enfoquen casi exclusivamente en magistrados de la Corte Constitucional —con trabajos de campo que duran apenas unas semanas—, académicos, altos funcionarios públicos y reconocidos activistas (Yamin, Parra-Vera y Gianella 2011; Yamin y Parra-Vera 2010). No conozco ningún caso en el cual un académico “visitante” haya realizado entrevistas con organizaciones de pacientes financiadas por Big Pharma que apoyan el litigio de medicamentos o con un gerente de una compañía farmacéutica.

Pero este acto de desver la economía política del derecho a la salud no solo es atribuible a los académicos y las académicas que trabajamos en esta área. También las cortes parecieran desconocer que sin la industria farmacéutica el mapa del derecho a la salud queda dramáticamente incompleto. Respecto a esto, es significativo que a las múltiples audiencias públicas y mesas técnicas realizadas por la Corte Constitucional colombiana acerca del derecho a la salud hayan sido invitados ejércitos de activistas, pacientes, expertos, litigantes, funcionarios públicos, miembros de gremios de EPS e IPS, pero nunca —si mi memoria no me traiciona— a un representante de la industria farmacéutica.

¿Cómo explicar, entonces, que brillantes académicos y sofisticadas cortes constitucionales puedan desver los intereses económicos de la industria farmacéutica en la judicialización del derecho a la salud? En el último acápite de este texto recurriré a los aportes de Tatiana para explicar este fenómeno de “borrado”

y para proponer formas en las cuales podamos visibilizar la economía política del derecho a la salud.

El derecho a la salud según Tatiana Andia

Uno de los aportes más relevantes de Tatiana ha sido demostrar que el derecho a la salud no solo ocurre en juzgados o tribunales, sino también en los pasillos y salones de ministerios, entidades regulatorias y agencias técnicas pobladas no por abogados, sino por químicos farmacéuticos, economistas de la salud, salubristas, médicos y científicos. Tatiana también ha sostenido de manera persuasiva que el derecho a la salud, antes de materializarse en un decreto o en una sentencia, ocurre primero en las calles y en las movilizaciones de redes locales y transnacionales de activismo.

Como lo explicó Tatiana en su tesis doctoral, lo que en apariencia es un impenetrable decreto técnico proyectado por un pequeño equipo de “burócratas visitantes” que logró abrir una ruta abreviada para el ingreso de medicamentos biotecnológicos a Colombia, realmente puede entenderse como un mecanismo para materializar el derecho a la salud de millones de colombianos.

La fascinación de Tatiana con los científicos, los expertos y los activistas que usan una mezcla de ciencia y movilización social para hacer avanzar agendas políticas progresistas al interior de los Estados la ha llevado a hacer aportes importantes a nuestra comprensión del derecho a la salud. Todas sus contribuciones apuntan a resignificar el derecho a la salud con una economía política que no solo nos permita entenderlo bajo una nueva luz, sino también encontrar rutas para poner a funcionar ese derecho en la causa del acceso a la salud y a los medicamentos.

Un ejemplo de ello es su artículo académico sobre la campaña adelantada por redes de activistas que desafiaron los derechos monopólicos de Abbott sobre el Kaletra en Colombia y Ecuador. La forma como esos expertos y activistas organizaron una campaña para exigir que esos países expidieran licencias obligatorias orientadas a hacer más accesible ese medicamento antirretroviral es una lección sobre cómo el derecho a la salud no necesita ser litigado para convertirse no solo en una declaración recogida en libros y sentencias, sino también en alternativas reales para acceder a medicamentos menos costosos (Andia 2015). Tal como lo explica Tatiana, más que en las cortes, el derecho a la salud se decide en las áreas técnicas de los ministerios de salud y gracias a la presión de redes de activistas locales y extranjeros que logran incidir en la agenda de Gobiernos del sur global.

Sin embargo, Tatiana nos previene en ese artículo sobre las campañas globales de activismo que aterrizan en países latinoamericanos para implantar una agenda *ready-made* de acceso a medicamentos. Pese a sus buenas intenciones, cuando las redes globales de activismo no construyen vínculos reales con la movilización y el derecho a la salud en el escenario local, sus posibilidades de impactar la regulación y la normatividad global sobre medicamentos se reducen de manera sustancial, tal como lo ilustra Tatiana con el concepto de “efecto bumerán inverso”.

Para Tatiana, la vocación del derecho a la salud no debe circunscribirse únicamente a que los pacientes puedan obtener medicamentos o tratamientos mediante el litigio. Ese uso de la judicialización, aunque válido y en ocasiones indispensable para garantizar la vida de un demandante, puede conducir al callejón sin salida de la “fetichización” de los farmacéuticos de marca, a la hiperindividualización del discurso de los derechos, y al juego perverso de obligar a los sistemas de salud de países pobres a que paguen por costosas tecnologías patentadas, cuya baja eficacia terapéutica y dudosa innovación tecnológica ponen en cuestión su alto precio.

El punto de inflexión del derecho a la salud ocurre, para Tatiana, en un contexto de confrontación global con los grandes actores corporativos capaces de doblegar países en mesas donde se negocian tratados de libre comercio. Cuando el litigio del derecho a la salud en Sudáfrica logró alzar la voz de movimientos sociales que exigen el acceso a medicamentos para millones de pacientes, pese al férreo régimen de patentes que los hacen inaccesibles para la mayoría de los habitantes del sur global¹, el derecho a la salud alcanzó su verdadero potencial. El caso en el que el fallo de una corte logró contrarrestar la influencia de Big Pharma en la decisión soberana y técnica, tomada por una entidad regulatoria en la India para negar la patente no innovadora de un medicamento para el cáncer, lo cual garantizó el acceso a versiones genéricas de dicho medicamento a un precio mucho más asequible², es cuando —de acuerdo con Tatiana— el derecho a la salud llega a su mayoría de edad.

1 Por ejemplo, el caso TAC, decidido por la Corte Constitucional surafricana en 2002 (*Minister of Health & Others vs. Treatment Action Campaign & Others* [n.º 2] [5] SA 721 [CC] [S. Afr.]), fue litigado por una constelación de movimientos sociales y organizaciones de la sociedad civil que lograron que la corte ordenara al Gobierno surafricano que implementara un programa para la provisión de medicamentos para impedir la transmisión del VIH/Sida de madre a hijo y garantizar el acceso al medicamento Nevirapine, pese a sus altos costos y a la oposición de la industria farmacéutica. El caso está disponible en <http://www.constitutionalcourt.org.za>.

2 Véase, por ejemplo, el caso del 2013 fallado por la Corte Suprema de Justicia de la India, *Novartis vs. Union of India & Others*, en el cual la corte decidió que la sustancia que Novartis buscaba patentar era una modificación no innovadora de Imatinib, la cual no había mostrado una diferencia notable en eficacia terapéutica frente a la patente original. Dicho intento por reverdecer (*evergreening*) la patente por parte de Novartis, según la corte india, significaba además una barrera de acceso para los millones de pacientes con cáncer en ese país.

Son esas instancias excepcionales —en las cuales el litigio del derecho a la salud se alinea con la movilización global por el acceso a medicamentos y con las políticas desarrollistas e industrializadoras de un país—, las que logran captar la atención de una socióloga como Tatiana, heredera no solo de la tradición de economía política de Karl Polanyi, sino, además, de la sociología institucionalista del desarrollo de Peter Evans (1995).

Ese legado de economía política le permite a Tatiana abarcar el derecho a la salud con una mirada que cubre desde artículos dedicados a la movilización y a la regulación transnacional sobre tabaco, farmacéuticos y fórmula infantil (Andia y Choren 2017), hasta ensayos en los que lleva al lector de la mano con paciencia para mostrarle cómo, entre la maraña de regulaciones y estándares globales farmacéuticos, surge, en últimas, el propósito de materializar el derecho a la salud a través del acceso a medicamentos (Andia 2011).

Es ese, a mi juicio, uno de los aportes más revolucionarios que hizo Tatiana desde la sociología y que nos permite dejar de desver la economía política del derecho a la salud.

El camino menos transitado

Como lo criticó Tatiana en multiplicidad de escenarios, según la narrativa de Big Pharma, la inversión en desarrollo e investigación (I+D) es lo que justifica que el sistema de salud de Colombia o India tengan que pagar lo mismo —o en ocasiones mucho más— que el danés o el suizo por un medicamento para el cáncer. Así lo reconoció de manera cruda, pero honesta, el CEO de Bayer, Marijn Dekkers, al referirse a un costoso medicamento biotecnológico cuyo precio era inalcanzable para la mayoría de las personas y sistemas de salud del sur global: “No desarrollamos este medicamento para los indios. Lo desarrollamos para pacientes occidentales que puedan pagarlos”, dijo en esa ocasión (*El Mundo* 2014).

Una de las enseñanzas más importantes que deja no solo el trabajo académico de Tatiana, sino también su activismo dentro y fuera del Estado es que ante expresiones tan desafortunadas como la de Dekkers nos quedan dos alternativas: la actitud complaciente del que extiende un dedo acusador desde la academia pura, o la activación desde la intelectualidad militante, la movilización social y la función pública para incidir en las agendas institucionales y regulatorias con objeto de “arraigar” las fuerzas desatadas del mercado e impedir que actores como Dekkers o compañías como Bayer pongan obstáculos infranqueables para el acceso a la salud de millones de personas. Ante esas dos rutas que se abrían en un bosque Tatiana escogió, como dijo Robert Frost en su poema *The Road not Taken*: “el camino menos transitado, y eso ha hecho toda la diferencia”.

Y es allí, en la decisión de transitar la ruta menos concurrida, la más difícil y bella, donde radica otra de las lecciones imborrables que impartió Tatiana. Decir que Tatiana transformó una literatura, ya que sus aportes nos hicieron dejar de desver la economía política del derecho a la salud es, en el fondo, escribir en clave. Porque en realidad Tatiana, fuera de transformar una literatura, cambió también personas. Eso debería ser motivo de otro artículo y de otro libro. Mientras tanto, los rayos infrarrojos de esta superpoderosa seguirán guiándonos en la academia y, ante todo, en la vida. Yo, como tantas otras personas, aprendí y fui transformado por esa mirada. Gracias, Tatiana, por enseñarnos a no desver.

Referencias

- Abadía, César, y Diana Oviedo. 2009. “Bureaucratic Itineraries in Colombia: A Theoretical and Methodological Tool to Assess Managed-Care Health Care Systems”. *Social Science & Medicine* 68 (6): 1153-1160.
- Andia, Tatiana. 2011. “The Invisible Threat: The Rise of Non-Intellectual Property and Pharmaceuticals and Public Health: Access to Drugs in Developing Countries”. En *Pharmaceuticals and Public Health: Access to Drugs in Developing Countries*, editado por Kenneth Shadlen, 1-20. Northampton: Edward Elgar Publishers.
- 2012. “Entre la legitimidad y el control: el arreglo institucional de los medicamentos y dispositivos médicos en el sistema de salud colombiano”. En *Libro blanco en salud: logros, retos y recomendaciones*, editado por Óscar Bernal y Catalina Gutiérrez, 1-20. Bogotá: Ediciones Uniandes.
- 2015. “The Inverse Boomerang Pattern: The Global Kaletra Campaign and Access to Antiretroviral Drugs in Colombia and Ecuador”. *Studies in Comparative International Development* 50 (3): 203-227. <https://doi.org/10.1007/s12116-015-9185-3>.
- Andia, Tatiana, y Everaldo Lamprea. 2019. “Is the Judicialization of Health Care Bad for Equity? A Scoping Review”. *International Journal for Equity in Health* 18: 1-12.
- Andia, Tatiana, y Nitsan Chorev. 2017. “Making Knowledge Legitimate: Transnational Advocacy Networks’ Campaigns against Tobacco, Infant Formula, and Pharmaceuticals”. *Global Networks* 17 (2): 255280. <https://doi.org/10.1111/glob.12156>.
- Biehl, João. 2007. *Will to Live: AIDS Therapies and the Politics of Survival*. Princeton: Princeton University Press.

- El Mundo.* 2014. “La farmacéutica Bayer no fabrica medicamentos ‘para indios’, solo para los que ‘pueden permitírselo’”. *El Mundo.* <https://www.elmundo.es/salud/2014/01/24/52e210d5e2704e36188b456b.html>.
- Evans, Peter B. 1995. *Embedded Autonomy: States and Industrial Transformation*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Ferraz, Octavio. 2011a. “Latin American Constitutionalism: Social and Economic Rights: Harming the Poor through Social Rights Litigation: Lessons from Brazil”. *Texas Law Review* 89: 1643-1677.
- Ferraz, Octavio. 2011b. “Brazil: Health Inequalities, Rights and Courts”. En *Litigating Health Rights: Can Courts Bring More Justice to Health?*, editado por Alicia Yamin y Siri Gloppen, 99-120. Cambridge: Harvard Law School.
- Gargarella, R., Pilar Domingo y Theunis Roux. 2006. *Courts and Social Transformation in New Democracies: An Institutional Voice for the Poor?* Farnham: Ashgate Publishing.
- Hoffman, Florian F, y Fernando R. Bentes. 2008. “Accountability for Social and Economic Rights in Brazil”. En *Courting Social Justice: Judicial Enforcement of Social and Economic Rights in the Developing World*, editado por Varun Gauri y Daniel Brinks, 191-215. Cambridge: Cambridge University Press.
- Lamprea, Everaldo. 2016. “Structural Reform Litigation, Regulation and the Right to Health in Colombia”. En *Comparative Law and Regulation: Understanding the Global Regulatory Process*, editado por Francesca Bigamini y David Zaring, 120-139. Northampton: Edward Elgar Publishers.
- Lamprea, Everaldo. 2022. *Local Maladies, Global Remedies: Reclaiming the Right to Health in Latin America*. Northampton: Edward Elgar Publishing.
- Lanjouw, Jean O. 2003. “Intellectual Property and the Availability of Pharmaceuticals in Poor Countries”. *National Bureau of Economic Research* 3 (15): 91-129.
- Moestad, Ottar, Octavio Ferraz y Lise Rakner. 2011. “Assessing the Impact of Health Rights Litigation: A Comparative Analysis of Argentina, Brazil, Colombia, Costa Rica, India, and South Africa”. En *Litigating Health Rights: Can Courts Bring More Justice to Health?*, editado por Alicia Yamin y Siri Gloppen, 273-304. Cambridge: Harvard Law School.
- Nattrass, Nicoli. 2008. “The (Political) Economics of Antiretroviral Treatment in Developing Countries”. *Trends in Microbiology* 16 (12): 574-79. <https://doi.org/10.1016/j.tim.2008.08.012>.
- Polanyi, Karl. 2001. *The Great Transformation: The Political and Economic Origins of Our Time*. 2.º Beacon Paperback ed. Boston: Beacon Press.
- Wang, Daniel W. L. 2013. “Courts and Health Care Rationing: The Case of the Brazilian Federal Supreme Court”. *Health Economics, Policy and Law* 8 (1): 75-93.
- Young, Katharine. 2008. “The Minimum Core of Economic and Social Rights: A Concept in Search of Content”. *Yale Journal of International Law* 33: 113-50.

- Yamin, Alicia, y Óscar Parra-Vera. 2010. "Judicial Protection of the Right to Health in Colombia: From Social Demands to Individual Claims to Public Debates". *Hastings International & Comparative Law Review* 33: 431-52.
- Yamin, Alicia, Óscar Parra-Vera y Camila Gianella. 2011. "Colombia: Judicial Protection of the Right to Health". En *Litigating Health Rights: Can Courts Bring More Justice to Health?*, editado por Alicia Yamin y Siri Gloppen, 121-43. Cambridge: Harvard Law School.
- Yamin, Alicia, y Siri Gloppen. 2011. *Litigating Health Rights: Can Courts Bring More Justice to Health?* Cambridge: Harvard Law School.

Transformar mi realidad*

TATIANA ANDIA REY

EN LA ADOLESCENCIA, algo entre los 13 y los 18 años, ese momento en que ni los padres ni los hijos saben si están enseñando o están aprendiendo, mi padre me llevaba todas las mañanas al colegio en su Renault blanco. Mis amigos le decían a ese carro “el Medi-Móvil” por un esténcil plantado en el vidrio trasero que anunciablea el servicio médico domiciliario al que se ha dedicado mi padre toda la vida.

El camino al colegio era un trayecto corto pero sustancioso. Todas las mañanas en el carro mi padre, obsesionado conmigo, su proyecto de vida y la encarnación del futuro, me hacía leer todos los titulares del periódico. “Debes estar conectada con lo que pasa en el mundo”, me decía.

En esa época, la mitad de los años noventa, leer los titulares camino al colegio se parecía a desplazarse hacia abajo de un *feed* de Twitter tétrico, mucho antes de que esa plataforma existiera. Asesinatos, tomas guerrilleras, racionamiento, apertura, presidentes liberales y conservadores, financiación de campañas, procesos de paz fallidos. Eran años tumultuosos, pero menos tristes que los de mi infancia, que estuvieron plagados de tragedias televisadas, un río de lava, magnicidios, bombas y el llanto impotente de mi madre.

Siempre íbamos tarde, atareados, con muy poca gasolina. Cuando yo le reprochaba la escasa gasolina, mi padre decía: “con esto llegamos hasta Quito”. Algunas veces nos varamos por gasolina, pero casi siempre llegábamos a una estación de servicio a varias cuadras del colegio y nos bajábamos corriendo.

* Una versión de este texto fue publicada en *Razón Pública* el 14 de mayo del 2024.

Entre la estación de servicio y el colegio había una avenida de por medio, difícil de atravesar porque el flujo de carros de la avenida confluía con el de la carrera del colegio, en la que transitaban buses, camionetas y carros que habían dejado a los estudiantes que sí llegaban puntuales.

Para cruzar la avenida mi padre me tomaba de la mano y me decía: “dividir para reinar”. Caminábamos sobre la avenida para evitar el flujo de carros que salían a borbotones de la carrera del colegio. Sigo pasando calles así. Dividiendo para reinar. Primero la calle y luego la carrera. Nunca en diagonal. En diagonal los carros se te vienen encima sin tregua y es difícil encontrar el momento apropiado para cruzar.

Con ese mismo espíritu de enseñanza estratégica, mi padre me repetía con frecuencia que tener una vida con significado era tener una vida con conciencia social. En ese contexto, cuando leía los titulares todas las mañanas en el carro, solía preguntarme: ¿has pensado qué vas a hacer para “transformar tu realidad”?

Durante muchos años pensé que la pregunta tenía una sola respuesta. Leer, estudiar y movilizarme (de alguna forma y en algún lugar) para tratar de cambiar el mundo, equilibrando en algo la cancha para los más débiles. La guerrera en búsqueda de la justicia social era una fórmula ya trillada, pero muy seductora para una adolescente, aunque la mayoría de los referentes conocidos para esas trayectorias sean hombres.

Leí y estudié buscando ese personaje en el que me convertiría y que transformaría su realidad. Una búsqueda afanosa y enfocada siempre en el futuro. Por mucho tiempo asumí que la fórmula mágica para transformar la realidad se me revelaría un día como una epifanía, evidente.

Pero obviamente no. La vida fue transcurriendo entre nuevos y cada vez más avanzados proyectos educativos hasta quedar “más preparada que un kumis”, como se le dice coloquial y un poco despectivamente en Colombia a las personas con muchos títulos universitarios. Pasé por la economía, la historia, el desarrollo, la sociología. Lo que pocos saben es que mientras transitaba entre diferentes disciplinas, niveles y culturas universitarias, estudié y traté de incidir en una única cosa: los determinantes económicos, políticos y sociales del acceso equitativo a medicamentos. En otras palabras, sin un plan premeditado, pero con convencimiento, he dedicado toda mi vida adulta a entender y a tratar de eliminar las barreras que impiden que personas padeciendo enfermedades como el VIH, o el cáncer, accedan a los tratamientos que necesitan. Barreras como los altos precios, la propiedad intelectual, los deficientes sistemas de salud o la franca avaricia de unos pocos.

No me llamaría a mí misma una activista porque, después de tanta lectura de sociología de los movimientos sociales y, a pesar de lo que películas como

El jardinero fiel podrían sugerir, a la causa por el acceso a medicamentos de los profesionales no enfermos (salubristas, farmacólogos, abogados, economistas y demás) les ha faltado siempre un poco de calle, de riesgo y del temor a la muerte propia, prevenible pero impagable.

Es curioso, soy reticente al rótulo de “activista” incluso hoy que mi vida depende del acceso efectivo a un medicamento al que muchos en el mundo no pueden ni soñar con acceder. Creo que esta reticencia es muy disiente de los retos de la movilización social en el capitalismo avanzado. Con frecuencia las conexiones entre la experiencia humana cotidiana y los entramados económicos y políticos que la determinan se pierden. Ni los enfermos vemos el complejo médico, industrial y financiero que nos mantiene vivos, ni ese complejo médico-industrial-financiero ve a los enfermos en la más difícil de las tareas humanas, que no es sobrevivir sino darle sentido a la vida. Así sucede con el complejo energético-industrial-financiero y las comunidades que habitan los territorios, o con el complejo educativo-industrial-financiero y los estudiantes, por mencionar solo algunos.

Hoy, mientras transito el indecible camino hacia la muerte, revisito mi vida y me pregunto si podría decir que transformé mi realidad. La respuesta es sí, pero no por los años dedicados a la causa del acceso equitativo a medicamentos. No, en lugar de eso, la respuesta a la pregunta de mi padre sería algo mucho menos épico. Casi como la epifanía que esperaba desde adolescente, diría que “transformé mi realidad siendo revolucionariamente feliz. Sin titubeos y sin restricciones, tal y como me enseñó mi madre”.

El método Tatiana Andía

CÉSAR RODRÍGUEZ GARAVITO

COMO EN UN mandala, los episodios de la vida se van organizando en círculos. Hace unos meses, sentados en la terraza de su casa de puertas abiertas, conversamos con Tatiana de la intuición en que se volvió este libro. La idea era convocar a colegas, amigos y estudiantes que habían tenido la dicha de compartir de cerca su camino profesional fructífero e intenso. Ella pronto compuso un índice de títulos y autores. La lista era un banquete de temas y preguntas tan ricos y variados que mostraban, como si hiciera falta, las huellas de una vida plenamente vivida.

Al repasar la lista, notamos que la fascinación que la inspiraba no era tanto el *qué* sino el *cómo*. Más que el banquete, lo que interesaba eran las recetas, los métodos de la investigación-acción. No es casual que Tatiana haya dictado una asignatura extraordinaria en la que iniciaba a sus estudiantes en el difícil arte de formular y encarar buenas preguntas sociológicas. Tampoco es coincidencia que nos haya propuesto en este volumen que hagamos “ingeniería en reversa” para descifrar esas técnicas, como quien desbarata un radio para comprender la magia del sonido.

Digo que la vida va en círculos porque, al sentarme a hacer la tarea, veo que la pregunta es la misma que me asaltó el día que conocí a Tatiana. ¿Cómo funciona alguien así? ¿Cómo se logra esa mezcla singular de inteligencia, claridad, fuerza vital, compromiso y goce? ¿Y a los veintitantes años? Al terminar esa primera reunión con Tatiana, compartimos el asombro con Diana Rodríguez, quien también se convertiría en amiga y colega para toda la vida. Más que la discusión sobre el sistema de salud o el grupo de activistas que la acompañaba,

lo que nos dejó de una pieza fue el brillo de Tatiana. Me refiero no solo al brillo manifiesto de su intelecto, sino también al brillo de su presencia. Recuerdo que Diana y yo nos quedamos conversando un buen rato, preguntándonos de dónde venía esa presencia y cómo acercarnos a ella.

Casi veinte años después, tengo claro que uno de los regalos más desbordantes que me ha dado la vida es haber podido acercarme tanto a esa luz, que ya no puedo desmarcarme de ella. En la academia hay una fijación celosa por la influencia. Cuestiones como quién cita a quién, o quién se considera mentora (o estudiante) de quién, son tan mortificantes como estériles. Porque, en últimas, el legado que uno deja no son las publicaciones o las citas, “sino cada una de las vidas que haya afectado”, como dijo la poeta-activista Maya Angelou. Y la influencia es mutua: quien toca la vida de otro es tocado por ella. Ese es el sentido original de la palabra *influencia*, proveniente del latín y que significa *fluir*. Contra las categorías binarias de profesor-estudiante o mentor-discípulo, los flujos que nos moldean corren en ambas direcciones. En buena hora, superada la fiebre del individualismo metodológico, la sociología ha girado hacia enfoques relacionales que entienden que fluimos juntos. Existimos siempre en redes enmarañadas que están compuestas no únicamente por otros humanos, sino también por los seres no humanos que comparten la red de la vida de este planeta azul, como ha escrito Bruno Latour, o como lo han sabido desde siempre la ecología y los saberes indígenas.

Así es como Tatiana ha influido en mi vida y en tantas otras, enmarañadas todas ellas en telarañas de trabajo y amistad que conectan las épocas, países y temas que están representados en este libro, incluidas varias generaciones de científicas sociales y comunidades de activistas y burócratas (en sentido weberiano) que han transformado las políticas de la salud en América Latina. Pero Tatiana no ha sido una integrante más de esas redes, sino uno de sus principales nodos y polinizadores. Sin su mirada sistémica, su hospitalidad generosa y su energía exuberante, Colombia no tendría una política ejemplar de acceso a los medicamentos que bebió de los aciertos y errores de otros países que ella ha estudiado a fondo. Tampoco creo que la sociología hubiera tenido una segunda oportunidad en ambientes antes inhóspitos, como la Universidad de los Andes o los centros de pensamiento económico.

Todo ha pasado muy rápido porque con Tatiana no hay tiempo que perder. Poco después de esa primera reunión juntamos esfuerzos para abogar por el acceso a los medicamentos; pasaron escasos meses antes de que termináramos hablando sobre sus planes de doctorado y le sugerí que lo suyo podría ser la sociología; seguimos la conversación cuando nos vimos en Bogotá con el sociólogo Erik Olin Wright, quien me había dado el mismo consejo años atrás;

el tiempo voló y, cuando Tatiana estaba lista para irse al doctorado en Brown, ya nos sentíamos más amigos que compañeros de trabajo.

Desde entonces fluimos juntos. Tuvimos una conversación entrañable y ayudamos a tejer redes que incluyen a colegas y amigas de distintas edades que siempre han estado ahí para acompañarse en los logros y los lances inevitables de la vida. Por eso, cuando me vi con Tatiana poco después de su diagnóstico terminal, conversamos sobre el hermoso diario que escribió Erik a medida que avanzaba su leucemia y que se convertiría en su libro póstumo. Tatiana optó por dejarnos una serie luminosa de columnas y entrevistas para recordarnos que cualquier método para vivir bien pasa por afrontar la pregunta sobre cómo ir muriendo bien. Porque en eso estamos todos.

Repasando las columnas y las escenas de todos estos años, me parece que hacerle ingeniería en reversa al método de Tatiana tiene que incluir no solo su elemento intelectual, sino también su componente afectivo. Dado que varios capítulos de este libro se refieren al primero, me limito a sumarme a los que lo caracterizan como una forma brillante de investigación-acción. Tatiana ha estudiado y transformado al mismo tiempo su tema de estudio. Se podría decir, incluso, que al participar directamente en la creación de las políticas de acceso a los medicamentos, ayudó a crear su propio objeto de investigación. Con ello mostró que no hay que escoger entre la academia y la práctica, entre el pensamiento y la acción.

Ahora bien, quisiera concentrarme en la otra mitad del método. La sociología de Tatiana se practica con el hemisferio izquierdo del cerebro —el del análisis y el lenguaje— tanto como con el hemisferio derecho —de las conexiones y las emociones—. La suya es una sociología que se ejerce con todos los sentidos. En buena hora las ciencias sociales y aún las ciencias naturales parecen estar girando en la misma dirección. La noción convencional del investigador que adopta una “mirada desde la nada”, como si no tuviera un cuerpo y no estuviera inserto en un contexto social y ecológico, va perdiendo terreno frente a perspectivas corporizadas y relacionales que beben de fuentes tan diversas como la ecología y el feminismo.

Pero este no es el lugar para discusiones epistemológicas. Prefiero cerrar con una nota muy personal sobre las sensaciones y emociones que, a mi modo de sentir, marcaron la investigación-acción de Tatiana. Hablar sobre estas cosas esenciales corre el riesgo de sonar cliché o, peor aún, encarnar uno de los vicios de la “sociología de la carreta” (*bullshit sociology*), que tanto aborrecíamos con Tatiana y que no es otra cosa que “la explicación pomposa de lo obvio”, como lo escribiera Erik. Prefiero correr esos riesgos y no guardarme lo que, creo, han sido las lecciones del *cómo* de Tatiana.

La primera es la libertad. Tatiana logró zafarse de las camisas de fuerza de la academia y ejercer una libertad tozuda, creativa y constructiva. Ella hizo lo que quiso: saltó de una disciplina a otra; trabajó al mismo tiempo en la universidad, la sociedad civil y los círculos de políticas públicas; fue comparatista y colombianóloga; se resistió a distraerse con los temas de moda cuando el sistema sanitario no lo era; habló abiertamente sobre la salud y la enfermedad. Todo ello en contravía de los malos consejos que abundan en la academia: resguardarse en la seguridad de una disciplina, no dedicarse a un tema “porque ya muchos otros han escrito sobre eso”, no mezclar la investigación y la práctica, y otras perlas similares. Quizás por compartir esa rebeldía nos acercamos y quizás por eso le dije que una economista-historiadora iconoclasta como ella sería feliz en la sociología, ese campo sin tantos muros y centinelas.

Estar con Tatiana era sentirse libre. La sensación se hizo aún más palpable a medida que ella fue reflexionando y hablando sobre la finitud de la vida, como lo hizo en un congreso en la Universidad de Nueva York a finales del 2023. Después del evento celebramos con un grupo de amigos entrañables, incluido Carlos Andrés Baquero, el amigo-colega del alma que completó el círculo generacional y tejió nuevos hilos en las redes que nos han mantenido juntos y han acogido a muchos otros. Con esa sabiduría de viejo que tiene desde joven, Carlos Andrés le puso palabras al sentimiento que recorría el grupo: era la sensación de libertad. Tatiana se veía tan libre como siempre y su invitación a vivir plenamente se había vuelto contagiosa.

El segundo ingrediente de la receta de Tatiana es el goce. Su carrera ha mostrado que, para hacer trabajo académico serio, lo mejor es no tomarse uno mismo demasiado en serio. El humor agudo como el de Tatiana es un atajo a la verdad. Reírse con otros hasta las lágrimas, como lo ha hecho ella, diluye los miedos individuales que se atraviesan en el trabajo colectivo. El sentido de la ironía que ella elevó a niveles magistrales es una habilidad esencial para entender las contradicciones de la época inverosímil que atravesamos. Burlarse de uno mismo es la cuota mínima de sinceridad para señalar que somos aprendices eternos. Tatiana ha hecho todo eso sin importar si estaba en el salón de clase, en un programa de radio, en un consejo directivo o en una parranda memorable entre amigos.

Queda, por último, el amor. Siempre me sorprendió que Tatiana usara la palabra con acierto y sin miedo al cliché. Tatiana les decía a sus amigos más cercanos que los amaba, mucho antes de que el horizonte de la mortalidad nos hiciera sincerar a todos. Parados ahora en ese umbral, por fin queda claro que de eso se trataba. El método y el material de Tatiana han sido el amor y el afecto diversos que se tiene por los amigos, los colegas, las ideas, los estudiantes y las causas, como lo prueban las expresiones desbordantes de cariño y gratitud que ella recibió. Y ese amor es para todas las vidas.

Saber morir*

TATIANA ANDIA REY

CUANDO ESTABA EN la universidad mi madre nos dio un susto intempestivo. Llegábamos con Gonzalito, mi novio de esas épocas, de alguna fiesta. No era muy tarde. Abrimos la puerta y mi padre nos recibió con cara de angustia. Entramos y estaba mi madre tendida en su cama con lo que luego supimos fue un preinfarto. Mi padre la tenía conectada al electrocardiógrafo y le daba algunas pastillas. Ella, imperturbable como siempre, estaba fresca como una lechuga. Me miró con cara de “no te preocupes”. Gonzalito se fue y yo procedí a sentarme a los pies de la cama.

Minutos después sentí mareo y debilidad. Me dio la pálida por impresión y miedo. Mi padre me acostó al lado del cuerpo mullidito de mi madre para que me recuperara de la vasoconstricción periférica.

“Si no te logramos estabilizar con esto, va a tocar ir a la clínica”, le sentenció mi padre a mi madre. Ella dijo que no iría a una clínica ni de fundas. Por nada del mundo. Odiaba los hospitales y con frecuencia recordaba a una tía a la que llevaron a una clínica en Bogotá de la que salió muerta.

Finalmente, mi padre, como lo ha hecho cientos de veces para sus pacientes, resolvió la urgencia cardíaca. En los días que siguieron la llevamos a una cita programada a la clínica Cardioinfantil. Le indicaron un cateterismo. Le destaparon su arteria. Pasó una sola noche en el hospital y estuvo de vuelta en casa.

* Una versión de este texto fue publicada en *Razón Pública* el 9 de junio del 2024.

Siguió su vida normal, tomando una que otra pepa para la hipertensión, nada del otro mundo.

Tengo exactamente la misma resistencia que tenía mi madre a ir al hospital. Es curioso, para alguien que creció entre pipetas, jeringas y torundas de algodón. En casa de herrero, azadón de palo, como dice el refrán.

Todos los días a la salida del colegio hacía tareas en el centro médico que atendían mis padres. Las seis de la tarde era la hora más congestionada. La sala de espera llena, Melodía Estéreo sonando en el trasfondo y yo haciendo tareas o ayudando a Catalina, la auxiliar por más de treinta años, a cortar gasa o armar torundas de algodón.

Hasta hace unos meses gocé también de la salud inquebrantable de mi madre —en sus últimos años le gustaba alardear de que era “indestructible”—. Nunca en mi vida me había enfermado de algo que no fuera gripe, o covid, o un esguince de tobillo. Nunca había entrado a un hospital por urgencias, nunca había sido hospitalizada, nunca había estado desnuda en bata, nunca había sido canalizada ni transportada en silla de ruedas por pasillos de pintura lavable.

La experiencia me pareció tan traumática como me la imaginaba. Ni más ni menos. Me comporté lo mejor que pude, muchísimo más juiciosa de lo que jamás fue mi madre. No me quejé de “la mano” de la enfermera, no despotriqué de los ruidos de monitores, ni refunfuñé por la calidad de la comida. Si algo hice fue dedicarme a hacer etnografía.

En mi etnografía vi mucho sufrimiento de pacientes y familiares. Una de las cosas que poco analizamos es cómo transcurre el tiempo cuando hay dolor o incertidumbre. Un minuto para un enfermo y su acompañante puede ser una eternidad. Ni hablar de horas, o días, esperando un diagnóstico. Eso sin hablar de la tramitología, solo de tiempo en salas de espera.

El Cancerológico tiene tres prácticas que me llamaron la atención. Una es la presencia permanente de personas con un chaleco que los identifica como “navegador”. Los navegadores lo orientan a uno por pasillos, le explican los documentos requeridos, le toman el turno. Son particularmente útiles para personas mayores, muchas de ellas solas, sin acompañante.

Otra práctica es un concierto de piano eventual, generalmente a media mañana. Aunque también puede ser que fuera a media tarde, o ambas cosas. La primera vez que lo escuché me alivió el alma opacando los sonidos de camillas y sillas de ruedas.

Finalmente, la tercera práctica es la proyección por televisión, en todas las salas de espera, de contenido sobre cáncer. Médicos explicando sus especialidades e intervenciones. Pacientes contando de sus logros y retrocesos. De vez en cuando un juego de trivia con preguntas de cultura general.

Con todo y eso, no deja de ser un hospital. Creo que vale la pena preguntarnos por qué los hospitales son lugares tan terroríficos y si podríamos hacer algo desde el diseño de los sistemas de salud, no solo desde las prácticas organizacionales, para que lo fueran un poco menos.

Mi intuición es que el problema es verdaderamente estructural. Tiene todo que ver con la ultramedicalización y corporatización farmacéutica de la vida. Los hospitales están pensados como lugares de prolongación de la vida a toda costa y por todos los medios. Ese es el objetivo, así están medidos los desenlaces. Sin embargo, a veces, el desenlace debería poder ser una muerte tranquila, una salida a tiempo con los dolores paliados para morir en casa. Tal vez los hospitales deberían ser lugares en donde se confronta la propia vulnerabilidad y mortalidad, sin miedo ni promesas mágicas. Sin la esperanza ciega de que somos arreglables.

Ahora, con la perspectiva del tiempo, me pregunto si yo personalmente volvería a hospitalizarme —o mejor, dejarme hospitalizar—. Mi respuesta, cada vez más palpable, es que no. En el momento en que ocurrió mi primera hospitalización era impensable no hacerlo. Como bien nos informaron en su momento a Andrés y a mí, las urgencias oncológicas son muy pocas, pero son verdaderamente urgentes. Además, eso permitió hacer los exámenes que, en últimas, resultaron en un diagnóstico efectivo. Pero hoy la balanza de mi voluntad se inclina hacia dejar ser y dejar estar mi cuerpo hasta que ya no funcione más.

Mi madre nunca volvió a quedarse ni una noche en un hospital después de ese cateterismo de antaño. Murió unos buenos 20 años después desplomándose de repente en media calle. Así, de un plumazo y sin aspavientos.

En el discurso que leí en la funeraria dije, orgullosa, que mi madre había muerto en su ley. Exactamente como vivió su vida. Sin mesura ni consideración. Sin angustias paralizantes y de la mano de mi padre, su cómplice eterno.

Yo por mi parte he firmado mi voluntad anticipada, no quiero reanimación, no quiero encarnizamiento terapéutico. Lo único que quiero es morirme sabiendo a mi padre, mis hermanos, mis sobrinas y mis amigos tranquilos. Quiero morirme de la mano de Andrés, ojalá en nuestra casa. De no darse en nuestra casa, su mano es suficiente, porque él es mi casa.

Saber vivir es también saber morir, aunque la sociedad contemporánea nos enseñe muy poco de esto último.

Apuntes sobre cómo estudiar a gente como tú

DIANA GRAIZBORD Y MICHAEL RODRÍGUEZ-MUÑIZ

UNA DE LAS muchas conversaciones maravillosas que tuvimos con Tatiana en más de una década de compartir vino y whisky en bares de mala muerte o en nuestras casas en Atenas, Barcelona, Bogotá, Chicago, Ciudad de México y Nueva York tiene que ver con la etnografía sociológica: lo que es y lo que esperábamos que pudiera ser. A comienzos de nuestro doctorado en Estados Unidos, entre chismes y risas, nombramos un sentimiento de escepticismo que compartíamos sobre algunas de las prácticas que identificábamos con la sociología y la etnografía “dominantes” que estábamos encontrando. Nos quejamos de la fácil dependencia de la sociología de las descripciones unidimensionales y las abreviaturas conceptuales. También compartíamos la incomodidad con la arrogancia académica de algunos etnógrafos y las denuncias de mano dura que algunos sociólogos hacían pasar por crítica.

Gran parte del tipo de sociología que hacemos ahora se elaboró por primera vez en estas conversaciones. A medida que leíamos y hablábamos, escribíamos y reescribíamos juntos a lo largo de los años, pasamos de compartir nuestro escepticismo a desarrollar intereses, prácticas y sensibilidades de investigación comunes. Llegamos a compartir, por ejemplo, un interés por el trabajo de los funcionarios estatales, los expertos, los defensores y los profesionales de la política. Mientras que muchos sociólogos se han centrado históricamente en la investigación de las poblaciones marginadas, nosotros nos sentimos obligados a estudiar hacia “arriba” y “a lo largo”. Aunque nos motivaban distintas cuestiones sustantivas y las exploramos en diferentes contextos nacionales, gravitamos hacia asuntos sobre el conocimiento y la experiencia en la política,

en particular dentro de los proyectos políticos y los campos de la política con los que estábamos familiarizados, en diversos grados, y por los que nos preocupábamos profundamente, no solo como sociólogos, sino también como personas. Para Tatiana, que ya estaba inmersa en el campo de la política de la salud de Colombia, esto significaba examinar el trabajo de los expertos y burócratas que trabajan en la regulación de la salud y el acceso a los medicamentos (Andia 2016). Para Michael, esto significaba explorar cómo los defensores latinos de los derechos civiles en Washington D. C. utilizaban el conocimiento demográfico y la experiencia para influir en el cambio político y normativo (Rodríguez-Muñiz 2021). Para Diana, que había trabajado en desarrollo internacional y en el campo del seguimiento y la evaluación, esto significaba investigar la experiencia en la gobernanza de la pobreza y el bienestar social en México (Graizbord 2024).

Nuestro enfoque en la dinámica de los expertos en políticas y defensores en los campos en los que estábamos —al menos parcialmente incrustados— planteó el tipo de desafíos epistemológicos que los etnógrafos han identificado con estudiar “hacia arriba”, “a lo largo”, “a través” y “de lado”: encontrar distancia etnográfica, tratar con otras personas que también se están estudiando a sí mismas y a su trabajo, y la defensa de la objetividad etnográfica contra las objeciones de los interlocutores. La lectura de los relatos de cómo otros etnógrafos han negociado la proximidad profesional a sus sitios de campo o cómo piensan acerca de las prácticas de conocimiento que comparten con los actores que estudian fue útil para navegar por algunos de los desafíos que enfrentamos.

Pero si hemos de sincerarnos, no era solo que nos gustaran nuestros interlocutores en un sentido profesional, sino también que *a menudo nos caían bien*, o al menos sentíamos un profundo respeto por su trabajo y la dedicación que mostraban por proyectos políticos con los que simpatizábamos. Esto era así a pesar de que muchos de nuestros interlocutores eran el tipo de actores sociales de élite de los que desconfía la sociología: tecnócratas, economistas, agentes políticos, grupos de presión profesionales, poderosos responsables políticos y consultores. En resumen, las élites políticas.

Aquí la literatura nos ha fallado. Es importante destacar que una nueva generación de académicos ha trabajado para romper con los legados coloniales de extracción y patologización que conforman la etnografía. Hoy se presta más atención a las relaciones de poder entre el investigador y el estudiado, a las políticas de representación y a la naturaleza de la responsabilidad y la colaboración con las comunidades marginadas. Sin embargo, se ha debatido comparativamente menos sobre la ética de la investigación cuando los sujetos de análisis son profesionales, élites y otros actores no marginados. Se ha hablado mucho menos de cómo pensar y escribir sobre actores de élite que no se dedican únicamente a

reproducir el poder y acaparar recursos, sino que también trabajan con ahínco, aunque de forma imperfecta, para mejorar las cosas.

Nuestros escepticismos compartidos sobre la etnografía tradicional, unidos ahora a los retos compartidos que encontramos en nuestros respectivos proyectos de investigación, iniciaron nuevas conversaciones en las que intentamos resolver en tiempo real cómo navegar por campos llenos de gente a la que, en cierto modo, nos parecíamos y que nos caía bien, y cómo comunicar una sociología crítica sin dejar de ser comprensivos con nuestros interlocutores y sus esfuerzos. Tatiana gestionó todo esto con elegancia y facilidad. Nosotros hemos sido menos hábiles. Para nosotros ha sido más bien un reto: hemos procedido con torpeza, a menudo sin estar a la altura de las expectativas que nos habíamos fijado. No obstante, aquí queremos reflexionar sobre algunas de las sensibilidades que han guiado nuestro trabajo y que la obra de Tatiana demuestra con brillantez.

Apreciar la complejidad

La etnografía, incluso en sus variantes más convencionales, sitúa al investigador cerca de las personas estudiadas. En teoría, esta proximidad encarnada debería hacer imposible —si no al menos difícil— percibir y describir como uniformes y unidimensionales a los actores sociales con los que se encuentran los etnógrafos. En la práctica, sin embargo, los sociólogos aplanan la complejidad de los que investigan todo el tiempo. Muchos libros escritos sobre las personas y las comunidades en los márgenes sociales homogeneizan las experiencias, las vidas y las visiones del mundo de las personas sin hogar, exencarceladas o racializadas. Las críticas a esta práctica etnográfica exigen un enfoque diferente, sensible a la heterogeneidad y la multidimensionalidad de las poblaciones y comunidades. Aunque los costes de la homogeneización son mayores para las poblaciones marginadas, las etnografías que estudian hacia arriba o a través también sufren este problema.

En nuestros respectivos proyectos de investigación intentamos apreciar y preservar la complejidad dentro y entre los expertos, los defensores de las políticas y los agentes estatales cuyo trabajo examinamos. Parte de esta apreciación procedía de nuestra familiaridad con los espacios, las personas o las prácticas que investigábamos. Estar ya cerca de los campos que elegimos estudiar nos ayudó a no tratar de manera prematura a los actores de nuestros campos como simples *tipos de actores*, sino como personas multidimensionales.

De hecho, intentamos apreciar y comunicar que, a pesar de ser élites políticas, los tecnócratas, expertos y defensores que estudiámos tenían sus propias biografías, aspiraciones, trayectorias profesionales e idiosincrasias. Esto no quiere decir que no hubiera patrones o desigualdades entre los actores. Sin embargo, los patrones no equivalen a un monolito. En la investigación de Michael, por ejemplo, entre los defensores latinos de los derechos civiles había ciudadanos y no ciudadanos, personas formadas en instituciones de élite y otras con una formación más humilde. Estos actores no estaban cortados por el mismo patrón y, al margen de sus títulos profesionales, no se movían ni experimentaban de la misma manera el amplio mundo político de Washington D. C. Del mismo modo, Tatiana y Diana se han esforzado por no aplanar a los sujetos de la investigación con sus colegas. Si lo hicieramos, obtendríamos un retrato inexacto. Pero más que eso, nuestro compromiso de preservar la complejidad es también una cuestión ética. Nuestros relatos, discutimos a menudo, deben dar a los actores de nuestras páginas el mismo matiz, textura y dinamismo que nos concederíamos a nosotros mismos, o que esperamos que otros nos concedan a nosotros.

Escepticismo ante la taquigrafía

Una segunda cuestión viene de cerca. Existe una tendencia en la etnografía sociológica —la etnografía con la que estamos más familiarizados— a encasillar a los actores sociales y sus acciones en categorías explicativas inflexibles y a menudo preconcebidas. ¿Son los latinos defensores de los derechos civiles unos “asimilacionistas” obsesionados con la respetabilidad? ¿Son sirvientes del liberalismo? ¿Es la evaluación de políticas simplemente otra técnica del “neoliberalismo”? ¿El conocimiento de la pobreza no es “gubernamentalidad” por otros medios? Sin duda, estas amplias explicaciones captan algo de los mundos que examinamos. Pero no lo captan todo.

Consideremos la investigación de Tatiana sobre el surgimiento y la evolución de la política farmacéutica latinoamericana. Su trabajo demuestra un malestar con las caracterizaciones rápidas y las explicaciones habituales. La regulación farmacéutica en el sur global, argumenta, no siempre está diseñada para armonizar con el norte global. A pesar de las narrativas de sentido común, países como Colombia no se ajustan previsiblemente a las exigencias del norte global. Como muestra Tatiana, algunos burócratas del sur global han optado por ignorar las directrices internacionales y seguir sus propios caminos. En Brasil y Colombia un nuevo tipo de burócrata, al que Tatiana denomina “burócrata visitante”, ha impulsado estos cambios inesperados. Es importante señalar que

la existencia de este tipo de actores podría sorprender a los sociólogos del desarrollo en América Latina, que normalmente han concebido a los Estados de la región como “máquinas atrofiadas y clientelistas pobladas por burócratas incompetentes o venales” (Andia 2016, 12). Tatiana insiste con obstinación no solo en una imagen más compleja de las relaciones entre el Norte y el Sur, sino también en un análisis más matizado, menos totalizador, del funcionamiento interno de los Estados latinoamericanos. Además, su análisis pone en entredicho las ideas preconcebidas sobre lo que preocupa a los burócratas. Los “burócratas visitantes” sobre los que escribe persiguen el bien público, al tiempo que negocian las dinámicas institucionales con proyectos profesionales y personales. Se trata de un nivel de complejidad que las abreviaturas fáciles pasarían por alto.

El problema de las abreviaturas explicativas no es solo que producen relatos incompletos, sino, además, que en realidad distorsionan nuestros análisis. Para empezar, se basan en lo que “todo el mundo” ya “sabe”, lo cual ofrece confirmación en lugar de contemplación. Las abreviaturas ocultan posibles sorpresas y anomalías. A veces pueden exagerar la coherencia y la unidad y, al hacerlo, ocultar divergencias y fracturas que nos ayudan a ver puntos débiles o lugares de presión u oportunidades de cambio. Nuestras caracterizaciones rápidas y apresuradas podrían ocultar —en beneficio de ciertas contingencias— disidencias. En última instancia, el problema no es el uso de abreviaturas; es su uso irreflexivo, general y a menudo precipitado. Tal uso es un pobre sustituto de caracterizaciones y teorizaciones fundamentadas y sensibles.

Contra la arrogancia académica

Una de las incomodidades que compartimos los tres a lo largo de los años tiene que ver con una especie de arrogancia académica de la que hacen gala algunos etnógrafos. Esta arrogancia es evidente cuando los sociólogos afirman explícita o implícitamente que saben más sobre las intenciones de sus interlocutores que ellos mismos. Esta arrogancia también es evidente cuando los sociólogos procedemos como si tuviéramos una capacidad singular para revelar la verdad que se esconde tras las acciones de los participantes en la investigación o para teorizar las contradicciones que conforman la vida social. Esta tendencia no puede reducirse a las prácticas que aplanan la complejidad y despliegan burdas categorizaciones académicas, pero a menudo las acompaña. Si asumimos que los defensores de las políticas o los expertos no son más que siervos del neoliberalismo, es bastante fácil pensar que estos mismos actores están de algún modo engañados y que, por tanto, no pueden comprender plenamente el significado de su trabajo.

Sin embargo, el problema no es únicamente que los sociólogos puedan hacer gala de arrogancia académica, sino también que al hacerlo ignoran las capacidades reflexivas de aquellos a quienes estudian. La actitud del erudito que sabe más presume que los actores sociales no reflexionan sobre sus acciones, no consideran los supuestos o juicios que informan dichas acciones y no contemplan seriamente las ambigüedades, complejidades y limitaciones de sus acciones y su trabajo. Esta actitud concibe la reflexividad como una propiedad especial del erudito, lo que deja poco o ningún espacio para apreciar y aprender genuinamente de las formas a veces complejas, estratificadas y perspicaces en que otros perciben e interpretan sus propias vidas y su entorno. En nuestro trabajo, hemos intentado evitar esta trampa.

Ahora consideremos la investigación de Diana sobre los evaluadores en México. La investigación la llevó a las oficinas de los burócratas, a salas de juntas de empresas de consultoría y a salas de seminarios universitarios en toda Ciudad de México, espacios donde se encontró constantemente entre los actores políticos de élite. Muchos de los que conoció no solo podían, sino que, además, querían entablar conversaciones reflexivas sobre su trabajo. Algunos eran autocríticos y comprendían los límites políticos de sus acciones. Otros ofrecieron teorías que explicaban en términos sociológicos lo que estaban haciendo. Quizás lo más importante es que los actores sobre los que ella escribe reflexionaban con apertura y frecuencia acerca de las contradicciones de llevar a cabo proyectos democratizadores mediante intervenciones tecnocráticas, como anticipación a una crítica académica. Del mismo modo, Michael y Tatiana han estado atentos a las reflexiones y teorizaciones de los propios actores sociales. Los “burócratas visitantes” que observó Tatiana son muy conscientes de los contextos políticos y las dinámicas institucionales que conforman su trabajo y, en respuesta, no solo teorizan, sino también resuelven problemas. Muchos de los líderes de los derechos civiles entrevistados por Michael eran también autocríticos y manifestaban una profunda conciencia de los fallos organizativos y las fisuras de las coaliciones.

El punto, por supuesto, va más allá de afirmar que las élites políticas, o realmente cualquier actor que pueda capturar nuestra imaginación etnográfica, tienen la capacidad de reflexionar sobre lo que está “detrás” de sus acciones, o sobre las limitaciones o contradicciones de su trabajo. Continúa reconociendo, con gran sentido de la humildad, que nuestros entrevistados son más que entrevistados. También son interlocutores, cuyas reflexiones, explicaciones y teorizaciones deben tomarse en serio. Esto no significa que nuestros colegas sobre el terreno tengan siempre razón y comprendan completamente o, incluso, reconozcan todo sobre los mundos que habitan. Al igual que nosotros, sus conocimientos

son parciales, pero también potencialmente útiles. Por consiguiente, nos corresponde escucharlos, apoyarnos en ellos y aprender con ellos y de ellos.

Conversación y crítica

Al presentar nuestros respectivos trabajos, a menudo nuestros colegas nos han dicho que nuestro trabajo es demasiado generoso, demasiado comprensivo. Entendemos que esto no es un cumplido. Lo que estos colegas suelen querer decir, sospechamos, es que nuestro trabajo no era suficientemente “crítico”. Los sociólogos deberían ser generosos con los movimientos sociales progresistas y las poblaciones marginadas, pero no con el tipo de actores políticos que nos interesan y sobre los que escribimos. Para algunos de nuestros colegas académicos, ser un sociólogo crítico significa denunciar y desacreditar movimientos que generalmente van en contra de nuestras sensibilidades compartidas.

De hecho, nuestras sensibilidades sugieren algo más: una crítica en un registro diferente. Parte de esto tiene que ver con el hecho de que cuando escribimos como sociólogos no solo imaginamos tener conversaciones sobre nuestro trabajo con otros sociólogos. Las reacciones que anticipamos y las conversaciones que también esperábamos suscitar son también, y quizás lo más importante, con los que están “sobre el terreno”, es decir, los expertos, los defensores de las políticas, los burócratas que observamos y con los que trabajamos durante nuestra investigación.

Una forma de pensar en esto, que hemos intentado practicar, es otra modalidad de crítica, la que se organiza en torno a la conversación; una forma de compromiso continuado. Cuando emprendimos el estudio de estos campos a los que ya estábamos vinculados en cierta medida, esperábamos que, a través de nuestro trabajo, pudiéramos suscitar el diálogo y el debate. No nos propusimos escribir retratos halagadores ni acusaciones torpes de las agendas y acciones de los actores de nuestros campos de estudio. Más bien, queríamos aprovechar las intimidades etnográficas, la teoría sociológica y los intercambios con expertos y responsables políticos para producir relatos que abrieran un espacio para reflexionar, reconsiderar y recalibrar los proyectos políticos en el centro de nuestra investigación. Aunque ninguno de nosotros le puede hablar a un ministro, a los principales responsables de la toma de decisiones o a los candidatos a la presidencia, como lo hizo Tatiana, hemos aspirado, no obstante, a llegar a quienes hemos estudiado. Aunque nunca lleguemos a comprometernos tanto como Tatiana, seguimos inspirándonos en el modo en que ella puso en práctica nuestras sensibilidades compartidas y se dio cuenta de la potencia de un tipo diferente de etnografía.

Referencias

- Andia, Tatiana. 2016. *Bureaucrats Against the State: The Making of Pharmaceutical Policy in Latin America*. Disertación, Brown University.
- Graizbord, Diana. 2024. *Indicators of Democracy: The Politics and Promise of Evaluation Expertise in Mexico*. Stanford: Stanford University Press.
- Rodríguez-Muñiz, Michael. 2021. *Figures of the Future: Latino Civil Rights and the Politics of Demographic Change*. Princeton: Princeton University Press.

La ceguera y los insultos*

TATIANA ANDIA REY

ATUL GAWANDE, EL médico estadounidense y escritor del libro *Ser mortal*, sugiere que una de las preguntas que se debería hacer uno cuando está cerca de la muerte, o cuando la enfermedad aqueja fuertemente es: ¿cómo se ve, para uno, un buen día?

Esa pregunta me ha rondado la cabeza llena de tumores desde hace días y a medida que he perdido el que creía el sentido más valioso: la vista. El maldito tumor instalado en mi occipital derecho debe estar causando estragos. Primero me atacó un dolor de cabeza infame, ahora tengo una especie de visión de túnel o una franca ceguera del ojo izquierdo.

“Maldito cáncer”, le dije a mi padre mientras me aliviaba con sus inyecciones mágicas el primer dolor de cabeza. Me dijo: “¡eso! pelear e insultar es bueno”. Es cierto. Reírme del absurdo, personificar e insultar a los tumores y al cáncer también. Todo eso me hace bien.

Lo cierto es que desde que comencé a experimentar esta ceguera me he acercado cada día más a la pregunta de Gawande. Esa pregunta es también una que no nos hacemos con frecuencia. A veces vivimos porque toca, porque abrimos los ojos y ahí estamos. ¿Qué otra cosa podemos hacer sino levantarnos y “echar pa’lante” como nuestra madre colombiana interna indicaría?

Pero ¿cuánto estamos dispuestos a perder antes de que levantarse no tenga sentido?

* Una versión de este texto fue publicada en *Razón Pública* el 7 de julio del 2024.

Escribo esto como he escrito muchas de las columnas no-columnas para este espacio. En las notas del celular, sentada en la cama al amanecer, con los tres gatos —como la loca de los gatos que nunca pensé que sería— y con un café en la bandeja que Andrés Elías compró para poder traerme el café con queso todas las mañanas. La ceguera parcial no obstaculiza esta rutina, o no la obstaculiza lo suficiente como para volverla inane.

Un gato ha descubierto que soy vulnerable por el flanco izquierdo y ha procedido a robarme el queso repetidamente por ese lado. Él se adaptó a mi ceguera, como yo me he ido adaptando con algo de ayuda del dictado y del corrector, como una humanoide de la era de la inteligencia artificial.

Andrés Elías ha ido evolucionando en su nuevo rol de lazurillo. Los amigos me graban las lecturas pendientes en audios apacibles, en lugar de enviármelas a través de links y textos que me frustran por no poder leer. Yo hago chistes cotidianos acerca de los tropeones que me he dado con paredes y bolardos. Además de insultar al cáncer he insultado a los alcaldes históricos de Bogotá. Ciudad infame para niños, viejos y discapacitados como yo.

A la pregunta de Gawande respondo entonces con: “exactamente así”. Un buen día para mi nuevo ser cegado se ve exactamente así. Con el café, el queso robado, Andrés Elías, los gatos y alguna idea en la cabeza que valga más o menos la pena escribir mientras insulto al corrector por bruto y atortolado. Por ejemplo, ¿qué tan difícil puede ser completar la palabra “atortolado” y por qué se empeña en escribir *shortolq*?

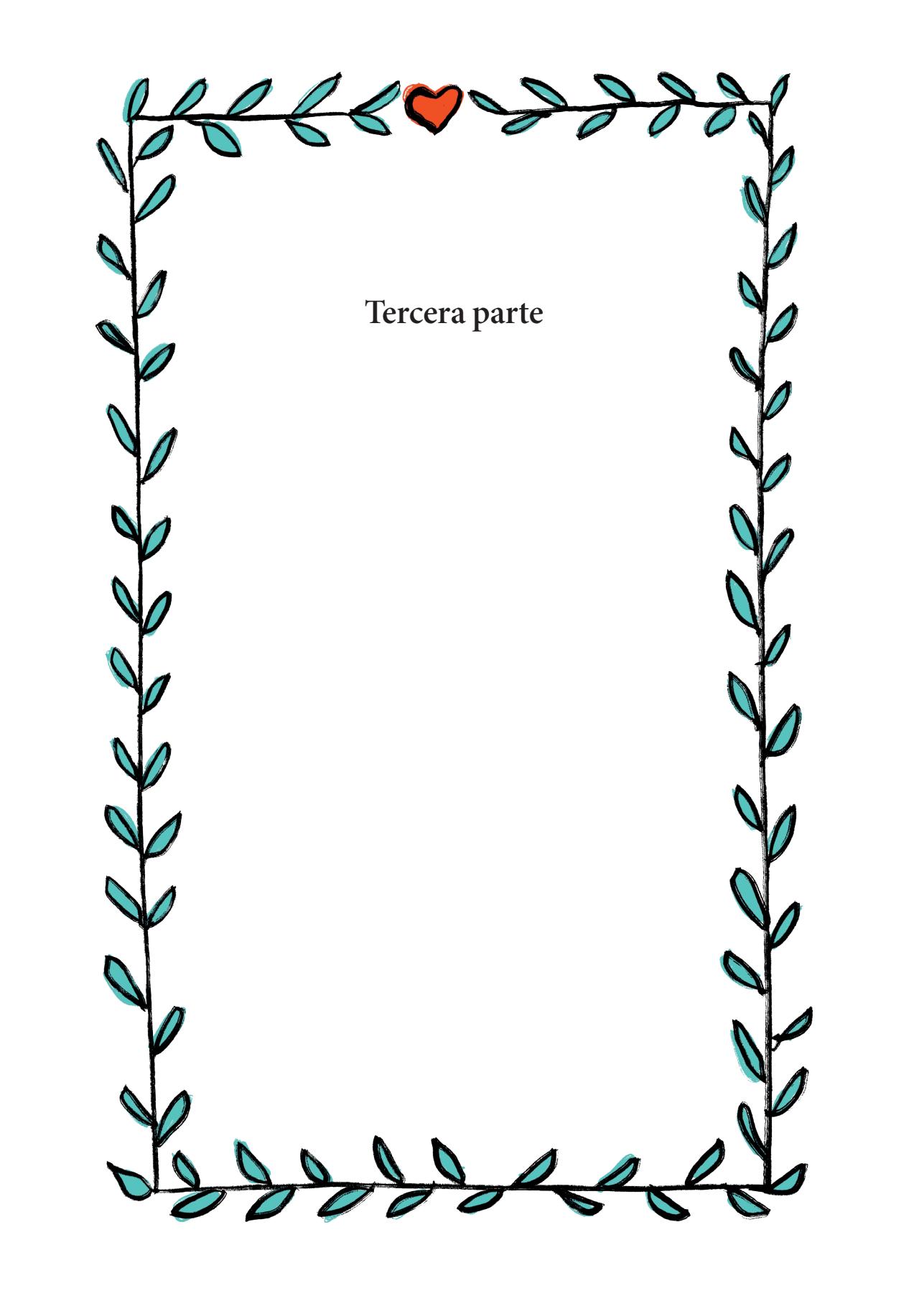
Atrás quedaron los días en que me lamentaba por no poder jugar tenis y leía con nostalgia el chat en el que se planean partidos y torneos. Hoy, con suerte, identifico la pelota en los partidos de Wimbledon en la televisión. Me cuesta también la pelota mucho más grande de la copa América o la Eurocopa.

Pero aún puedo conversar por horas con un vinito. Puedo comer de todo sin que me caiga mal.

Elementos indispensables para un buen día. Sin embargo, con frecuencia estallo en ira y frustración. Quiero romperlo todo, gritar, patalear. En esos momentos, el insulto es absolutamente insuficiente.

La vida es simple y a la vez compleja, pero vivirla no debería ser una obligación sino una consciente elección. Solo así puede ser una vida digna.

De ahora en adelante, estas columnas serán más cortas y pueden contener errores. Los invito a insultarme y/o felicitarme en audios de Twitter y WhatsApp, pero no por escrito.



Tercera parte



Ilustración de Juana Medina Rosas

Las líneas rojas y las despedidas*

TATIANA ANDIA REY

LAS LÍNEAS ROJAS parecen un buen criterio para tomar decisiones en salud. Yo, por ejemplo, establecí dos líneas rojas claras que han sido un excelente punto de partida con mis médicos tratantes —un grupo interdisciplinario, humano y amoroso de profesionales increíbles que no se compadece con las noticias de profesores y residentes de especialidades médicas con las que nos hemos azotado en los últimos tiempos en el país—. A veces pienso que solo en Colombia nos gusta azotarnos así, sin tregua, sin matices. Pero seguro no. Seguro son las redes sociales, el eterno espectáculo y otros males más globales.

Volviendo a las líneas rojas en salud. Por ejemplo, desde muy temprano, dije que no me animaba a la quimioterapia. Fue un punto con poca disputa. La quimioterapia no solo es muy tortuosa, sino que, además, en mi tipo de cáncer trae pocos réditos terapéuticos. También rechacé la cirugía de cráneo. Un punto un poco más controversial pero completamente comprensible dadas todas las cosas que pueden salir mal.

Pero a medida que pasan los días y el mundo bienintencionado del cáncer te traga sin mucha más oportunidad para hacerte las preguntas existenciales de fondo, las líneas rojas se convierten en nortes mucho más esquivos.

Los días ya no son buenos, o son buenos de una forma absolutamente desconocida. Ya no haces las cosas que amas hacer, ya no te anima el prospecto de una comida rica, ni se te antoja explorar un disco nuevo. Ya no hay autonomía

* Una versión de este texto fue publicada en *Razón Pública* el 4 de agosto del 2024.

suficiente ni para dar un paso por fuera de la casa sin supervisión. Sin embargo, la pregunta parece seguir siendo cuántos efectos adversos estás dispuesto a soportar a cambio de unos días más en la tierra. En esa lógica cualquier riesgo de neumonía, de fallo de riñón suena no tan grave y siempre promete poder ser monitoreado con algún examen de sangre y eventualmente controlado con algún paliativo, especialmente si el referente de comparación inmediato son los efectos adversos nefastos y a veces incontrolables de una quimioterapia.

Para mí la pregunta es más bien otra, ¿y los días extra estos —no importa cuántos— son para qué? ¿Son para resistir posibles efectos adversos? ¿Son para estar ausente de los míos con náuseas, mareo y dolor de cabeza? ¿Son para estar en el mundo? ¿O para salir de él?

Creo firmemente que son para lo segundo y si es así, me pregunto ¿cómo quiero salir del mundo? ¿Habitándolo cómo? ¿Si ya no son días de salsa ni bailes bolivianos? ¿Si ya no son días para cocinar y ambientar conversaciones entretenidas con amigos brillantes y hondos sobre política, multiversos o el futuro de la inteligencia artificial? Si ya no son días para conocer nuevas personas con nuevos mundos y diferentes preguntas, ¿para qué son?

El cáncer me ha quitado bastante, como he contado por aquí antes. Me quitó la vida como la conocía, con las rutinas, las caminatas, la universidad, las clases, las miradas curiosas y aspiracionales de mis estudiantes, la lectura académica, las ansias de saber más para explicar mejor.

Me ha dado otras cosas. Este espacio para reflexionar y la oportunidad de preguntarme sobre la existencia en voz alta con las personas que más amo. No he evadido ni uno solo de esos momentos, por asustadores que a veces parezcan.

Nos han enseñado que la esperanza es lo último que se pierde. Lo que no nos enseñan es a preguntarnos la esperanza ¿de qué? ¿Qué es lo que esperamos realmente y cuánto vale la pena esperar?

Por estos días lo que más me ha sorprendido es la forma, digamos errática, que tengo de sentipensar. Tal vez no sea errática, o ese no sea el término. Pero lo que sí sé es que no se parece a mi forma “usual”, o la que solía ser, a la que estoy acostumbrada y que, por lo tanto, me hace sentir tranquila.

Esta nueva forma es un territorio inexplorado y a veces plagado de preguntas acerca de si es así porque estoy cerca de la muerte, o porque tengo tumores e inflamación en el cerebro, o si son ambas cosas que son lo mismo.

La única forma en que he logrado describirles cómo me siento a Andrés Elías, a mi padre, a médicos y a amigos es que se siente como vivir dentro de una bolsa de cartón. Es retador, por decir lo menos, y una de las cosas difíciles es la duda permanente acerca de cómo se ve el mundo para los demás, los que no tienen la bolsa.

En las madrugadas sueño cosas raras y a veces invoco a mi madre en una especie de desvelo alucinógeno. Les he dicho a los amigos que no sé si la evoco porque es la última persona que se murió, o si es porque es mi madre, o si es por ambas cosas juntas e inseparables.

A veces me veo en el espejo y la veo idéntica a como recuerdo que se veía en sus últimos meses. Desmechada, con la mirada un poco ausente y los ojos vidriosos.

En general esa imagen no me asusta. Cuando me entra algo de terror es cuando me asalta la duda de si ella estuvo muy sola en esos días próximos a su muerte, si sufrió sintiéndose sola en su cabeza que ya nadie parecía comprender del todo.

Intuyo que no, de la misma forma en la que yo no me siento sola.

No he escatimado abrazo ni despedida y estoy segura de que todo el que ha pasado a saludar se ha dado cuenta de que de eso se trata.

Ha sido bello, transparente y tranquilo.

No tengo nada más que pedir excepto seguir así, ida en la bolsa pero sin dolor, hasta el final.

Mis amigos dicen que aún estoy lúcida y les creo. Con muchos hemos encontrado formas nuevas y hermosas de estar juntos. Carlos A. me lee todos los días a Patricio Pron y yo espero las entregas como me imagino que se esperaban los capítulos de las radionovelas.

Iván me graba análisis de la evolución del cine y la televisión y discutimos asincrónicamente las nuevas temporadas de mis series favoritas.

Juan me ha leído algunas entradas de su diario que me han hecho reír a carcajadas y promete enviarme sonidos del bosque caucano para yo sentir algo del temor que él y Luciana le han cogido al agua. Enrique ha decidido grabarme la historia de toda su familia desde las profundidades del fabuloso Cauca.

Otros amigos me reportan de sus viajes. Majo, Juan Carlos y Martín viajan por la costa chilena en un *road trip* de ensueño en el que yo también voy a través de fotos y de reportes con mucho humor negro de Martín. Paula reporta desde Croacia, Vaca desde el Guamo, Caro desde el río.

En fin, audios van y vienen con actualizaciones emotivas de lo que todos estamos pasando y pienso que serán documentos vivos de esta época.

Casi no pienso en cuando yo ya no esté. Por momentos veo en las redes sociales anuncios de vidas que comienzan, o cambian, o se enriquecen, o se encuentran. Un nuevo trabajo, un nuevo libro, un matrimonio, un bebé.

Entre mis enanas, mis sobrinas, se planean aventuras. Gaby y Dan quieren subir el Kilimanjaro. Luisa y Pablo quieren empujar el columpio de Leonor cada vez más fuerte y sacarle carcajadas, muchas y cada vez más largas.

Hay algunas de esas cosas en las que me imagino estando presente, de pasada, como sobrevolando. Me hubiera gustado estar en el matrimonio de mis amigos

Carlos Andrés y Sebastián y leer algunas palabras en el *open mic*, pero me conformo con hacerlo por intermedia persona y sé que ellos sentirán mi presencia indiscutible.

Mis otros enanos, mis estudiantes, quedan todos regios. Con sus trabajos que les gustan, con sus planes de nuevas vidas en destinos varios y emocionantes. MaCa y Dani se gozarán Edimburgo, Ana y Eliana, Londres. María G. también.

Sus historias de irse a estudiar me acuerdan a las mías. Esos veintitantos años en los que uno se siente invencible y se quiere comer el mundo.

Hay muchas personas, familiares y amigos, que viven lejos con los que me he visto en el último año que quisiera volver a abrazar. Con todos hicimos planes para volvemos a ver pronto, en algún mes de este año. Supongo que esa es la forma en la que uno se despide verdaderamente, diciendo hasta pronto cuando nos volvamos a ver en agosto, o en septiembre, o en diciembre y luego esos días no llegan, pero no hacen falta, porque los abrazos quedaron dados, largotes y muy apretados, con algo de la certeza de que podrían ser, o son, los últimos.

Queda también una que otra foto y quedan las conexiones hechas a través de uno, como un puente que une gente. Algunas conexiones son probables y seguramente hubieran ocurrido de todas formas. Otras no. En todo caso, son irrepetibles y hermosas.

Se que la gente que más me ama o me ha amado me está viendo vivir la muerte complacida y, como yo, agradecida de cada instante que pasamos juntos.

Recuerdos tengo muchos, innumerables. Algunos me han asaltado más que otros en los últimos días.

Es imposible reportar todos esos recuerdos-asalto aquí, pero están en todas partes y en la memoria imperfecta de todos los participantes. La vida sigue. Todo va a estar bien y yo quedo feliz y tranquila de haberlo puesto todo de mí para que así sea.

Cierro con una reflexión poblacional y de sistemas de salud. Dediqué mi vida a estudiar cómo el complejo médico industrial avanza todos los días en desarrollar nuevas tecnologías para ofrecer nueva esperanza. Los pacientes exigen esa nueva esperanza y los sistemas de salud del mundo se ven obligados a pagarlas, a cualquier precio, porque la vida, la esperanza, no tienen precio. ¿Pero, cuánto hemos despojado esa discusión de lo que aquí planteo? ¿Podremos alguna vez saber qué es salud en el capitalismo tecnológico y cuánto vale si no nos devolvemos a las preguntas existenciales e íntimas de cada vida que tocamos? La junta de mis médicos me ha ofrecido una nueva posibilidad de combinación de medicamentos con poca evidencia en casos exactos al mío, pero buen razonamiento biológico de por qué podría funcionar y detener la progresión del cáncer por un tiempo más. No se sabría a ciencia cierta por cuánto tiempo funcionaría y esos

dos medicamentos juntos cuestan cuatro veces más lo que la terapia que usé durante estos meses. A ese respecto me debato y no sé si animarme o no a usarlos. A ratos intuyo que no me animaré y que ya llegué a mi límite de exploración tecnológica. Pero ya veremos. Lo que sí sé es que la exploración tecnológica hasta aquí fue muy buena mientras duró y por eso estoy profundamente agradecida. En mi caso el balance ha sido justo. He tenido la mejor calidad de vida posible por un tiempo no despreciable, por corto que parezca. En este tiempo —poco menos de un año desde el diagnóstico inicial— he sido feliz. Lo que es absurdo e insostenible es definir los precios de tecnologías que salvan vidas en términos de cuánto estamos dispuestos a pagar por una vida, por un beso o un abrazo más. Eso no solo es extorsionar personas y sistemas de salud, sino que también oculta el verdadero valor de las tecnologías en salud. ¿Cuánta inversión en ciencia básica global pagada con impuestos, cuánto tiempo de médicos tratantes y de pacientes en todas partes del mundo, cuántos efectos adversos soportados para probar nuevas terapias están implicados en el desarrollo de estas nuevas tecnologías? Cuánto cuestan realmente, y no cuánto estamos dispuestos a pagar por ellas, es la pregunta que nos deberíamos hacer.

Agradezco a cada una de mis médicas y médicos, a cada profesional de la salud que me ha paladeado las canalizadas, las posturas inmóviles y otras cosas insufribles propias del mundo del cáncer. Agradezco también a cada funcionario de la EPS que me ha ayudado a destrabar un trámite con paciencia, a pesar de la distancia burocrática.

Finalmente, agradezco a todos quienes alguna vez leyeron y comentaron esta columna no-columna por la compañía durante este tiempo. Me he sentido acompañada en la tarea de hacer que mi vida se tomara al cáncer y no al revés.

La sociología a través del amor: lo que aprendí caminando y escribiendo juntas

NITSAN CHOREV

SE CREE QUE Ciudad Perdida se fundó alrededor del año 800 d. C. Una forma de atraer turistas a Ciudad Perdida, en Colombia, es que es más vieja que Machu Picchu, en Perú, por unos 650 años. Una forma aún mejor de atraer a algunos turistas es que, a diferencia del bus y el tren y el otro bus que hay que tomar para llegar a Machu Picchu, la única forma de llegar a Ciudad Perdida es caminando, durante dos días y medio y —hacia el final— subir 1200 escalones. A menos que se esté dispuesta a pagar para que un burro cargue la mochila y a perder algo de autoestima, la carga una misma.

Así que ese era el plan. Llegué a Bogotá para escribir un artículo con Tatiana para el *Annual Review of Law and Social Science* acerca de los derechos de propiedad intelectual, un tema con el que ambas estábamos demasiado familiarizadas como para encontrarlo inspirador, y luego íbamos con Andrés a una excursión a Ciudad Perdida. La tercera parte del plan era descansar de la caminata en un lugar encantador de Santa Marta, pero no haré reportes acerca de esa parte. Como antigua asesora de tesis de Tatiana, aunque ya habíamos escrito juntas antes y nos habíamos divertido en congresos, el plan me pareció un poco fuera de lo común y consecuente, lo que significaba una mayor “inversión” en nuestra relación.

He aquí dos imágenes que conservo de cuando escribimos con Tatiana en Bogotá. La primera imagen: aparecer por la mañana con panes de una panadería local y desayunar *croissants* y la ensalada de frutas más increíble. Dejando a un lado mi introducción a la fruta de lulo, la experiencia fue especial no solo porque no estoy acostumbrada a tomarme los desayunos en serio, sino también

porque lo sentí como parte del proceso de escritura. Lo viví como un paso ritual que nos preparaba para la unión de la escritura. Hablábamos, echábamos chisme, hacíamos planes de trabajo y luego, bueno, respirábamos hondo y despacio y nos íbamos a la oficina, a escribir juntas.

La segunda imagen: llegar a nuestros dos escritorios unidos y a un documento compartido, indagar en la bibliografía para descubrir juntas algo significativo, original y, con suerte, útil que decir sobre los derechos de propiedad intelectual y las emergencias sanitarias internacionales. Fue la unión la que nos permitió disfrutar pensando analíticamente sobre algo que ambas pensábamos que ya habíamos expresado al máximo³.

Ya habíamos escrito juntas varias veces. La primera vez, Tatiana era aún una estudiante de posgrado y yo una profesora *junior*. Trabajábamos en mi oficina en las tardes, enviándonos nuevas versiones del texto por correo electrónico. Es posible que aún no hubiera puesto una cafetera en mi oficina. Estoy segura de que aún no se habían inventado los documentos compartidos de Google. Me encantó la experiencia, pero seguimos siendo extrañas. Colegas, seguro, pero desconocidas. Cuando llegué a Bogotá, éramos lo bastante cercanas como para imaginar una excursión juntas. Luego de haber escrito en su casa y de un viaje de senderismo, nos convertimos en amigas que se dicen lo mucho que se quieren.

En las mesas de trabajo unidas probamos ideas, propuestas y formas de dar sentido a una literatura desordenada. Es un juego del tipo “miremos qué termina funcionando”. Una de nosotras propone una forma de pensar extravagante —o totalmente trivial— y la respuesta de la otra nos da una pista de si tiene sentido o no. Si “cuajaba”, lo probábamos sobre el papel. Podía fracasar. Probábamos algo ligeramente diferente; parecía que funcionaba. Hacer sociología es darle sentido al mundo. Hacer sociología juntas era darle sentido a la forma en que la otra le da sentido al mundo. Cuando “funcionaba”, no había nada igual.

Aunque no pude encontrar ningún escrito de ciencias sociales acerca del desayuno, la bibliografía sobre la escritura conjunta confirmó por lo demás mi experiencia —nada sorprendente, ya que gran parte de esta bibliografía parece ser de coautoría—, aunque me pareció que el tono era ligeramente condescendiente. Me reconfortó leer que “incluso cuando los productos creados solo tienen un éxito marginal, el proceso brinda oportunidades para que los coautores [...] adopten o adapten las estrategias que otros utilizan” (Condon y Clyde 1996). Me identifico con los sentimientos de “interdependencia, conexión y parentesco” que promete generar la coescritura. Y, sin embargo, frunció un poco el ceño cuando el “entusiasmo con el que un coautor caracterizaba las contribuciones del otro

3 Acabamos encantadas con lo que escribimos en Andia y Choref (2023).

u otros” se encasilló en un “ego femenino” (Day y Eodice 2001). Y me encontré buscando una forma mejor de describir plenamente la experiencia.

Escribir juntas creaba una relación complicada. Podía generar malentendidos —“veo que lo que intento decir no la entusiasma”— o aplanar jerarquías —“pensamos lo mismo sobre este tema”—. Podía obligar a un esfuerzo adicional —“no parece suficientemente convencida, probemos otra cosa”— o conducir a un mínimo común denominador —“bueno, no estoy de acuerdo, pero da igual”—. También podía inducir a la queja y al resentimiento —“¿por qué no escucha lo que tengo que decirle?”—, y podía despertar el amor —“¡me encanta!, ¡la amo!”—. Escribir juntas, aprendí esa semana en Bogotá, inducía al amor, pues experimentabas que la otra persona te ayudaba a conseguir la mejor versión de ti misma, eso te ayudaba a convertirte en mejor socióloga de lo que habrías sido sin su involucramiento, como cuando ves a gente que te importa hacer un trabajo realmente bueno. Y sí, tal vez escribir juntas inducía al amor cuando, en el transcurso de muchos años, veías —con inmerecido orgullo— a una antigua estudiante cambiar y convertirse en lo que es.

Ahora imagina un intercambio similar, en la naturaleza.

He aquí dos imágenes que conservo de la caminata de ida y vuelta a Ciudad Perdida. La primera imagen: caminando despacio, recuperando el aliento, sudando —¡hacía calor cuando no diluviaba!—, haciendo una pausa para recuperar el aliento de nuevo, todo ese tiempo observando la espalda de Tatiana mientras daba un paso constante al mismo ritmo que el anterior, sin detenerse nunca, siempre empujando hacia delante, con una determinación que también pude ver en su escritura. Y sí, no era exactamente amor lo que sentía, sino admiración, mezclada con una ligera envidia: cada paso que ella daba era otro que yo aún tenía que dar para llegar al mismo sitio.

La segunda imagen —reservada a cuando el terreno era plano—: charlando con Tatiana y Andrés, que respondían con paciencia a mis preguntas. Hablábamos de la política de tierras y las comunidades indígenas. Hablábamos de cultivo de coca y reforestación. Nos levantamos a las 4:45 a. m. para terminar la caminata antes de que empezara a llover. Hablábamos de reformas educativas. Hablábamos de las próximas elecciones —una semana después, el “exrebelde” Gustavo Petro fue elegido presidente—. Nos empapamos, pero no tanto como quienes no se levantaron tan temprano como nosotras.

Ir de excursión con las personas con las que escribes, o simplemente con gente curiosa, me hace mejor socióloga. Aprendí mucho de mis conversaciones con Tatiana y Andrés en el camino de ida y vuelta a Ciudad Perdida, y en Ilha Grande, en Brasil, un año después. Atesoro mis conversaciones con José sobre la evolución económica de las zonas rurales mientras hacíamos senderismo en

Argentina; con Jackie sobre colonialismo y violencia cuando nos dirigíamos a Machu Picchu; con Olga sobre el capitalismo y la fetichización con equipo de senderismo en las Azores; con Olga de nuevo sobre el nacionalismo y el Estado-nación mientras atravesábamos las fronteras sin marcar entre Montenegro, Albania y Kosovo; y con Greta sobre la política nacional estadounidense y los archivos y los libros y la vida en los Apalaches, Washington y California. Ir de excursión con mis amigas hizo del senderismo una microetnografía y me enseñó no solo cómo pensar, sino, además, qué preguntas hacer. Y por decir algo obvio, esto no puede repetirse con las mismas personas tomando un café. No es solo que nos hagamos preguntas que no se nos habrían pasado por la cabeza investigar si no estuviéramos de paseo donde estábamos, sino también que el senderismo te da el espacio vacío, el tiempo inmenso y la paciencia para dedicarte a las preguntas y jugar con las respuestas. No hay nada igual.

En la literatura —muy favorable— sobre la subcultura del senderismo —lo cual no es de extrañar, ya que gran parte de esta literatura parece estar escrita por excursionistas—, se asigna una serie de atributos a los excursionistas. De ellos, los que más me gustaron fueron “formas de pertenencia no domésticas” y, sobre todo, “un rechazo de las banalidades de la vida ordinaria”. Al parecer, los excursionistas también adolecen de “una serie de atributos excesivos”, que me gustaría negar, aunque uno de esos atributos es la muy atractiva “cantidad irrazonable de confianza en completos extraños” (Fondren 2009). Pero no se trata de los extraños; se trata de aquellos con los que estás. Y quiero pensar que el senderismo me hace mejor amiga. O, al menos, me hace querer más a mis amigas. Quizá funcione de la siguiente manera: mientras se hace senderismo, una ve la belleza —así como las pequeñas imperfecciones decepcionantes— de la otra persona, pero en medio de un sendero no hay forma de evitarlo, así que te ves obligada a aceptar a las personas tal y como son, lo que hace que tu amor sea más fuerte. Y lo que es más importante, ves tus fallos e imperfecciones a través de los ojos de tus amigas, y ves que te aceptan tal y como eres, así que también las amas más por eso.

La tercera mañana nos levantamos a las 4:45 a. m. y marchamos en dirección a Ciudad Perdida. Cuando llegamos al final de los 1200 escalones respiré hondo y despacio y, siguiendo a Tatiana, subí rítmicamente y solo me detuve en la cima. Una vez más, aprendí algo nuevo. Me sentí muy bien. Casi tanto como con el hecho de que, como madrugadores, ese día “descubrimos” la ciudad antes que nadie. El amor lo trasciende todo.

Referencias

- Andia, Tatiana, y Nitsan Chorev. 2023. "How to Study Global Lawmaking: Lessons from Intellectual Property Rights and International Health Emergencies". *Annual Review of Law and Social Science* 19: 2015-2034.
- Condon, Mark, y Jean Anne Clyde. 1996. "Co-Authoring: Composing through Conversation". *Language Arts* 73: 587-596.
- Day, Kami, y Michele Eodice. 2001. *(First Person)²: A Study of Co-authoring in the Academy*. Logan: usu Press.
- Fondren, Kristi McLeod. 2009. "Walking on the Wild Side: An Examination of a Long-Distance Hiking Subculture". Tesis doctoral, Mississippi State University.

El cáncer es como la vida*

TATIANA ANDIA REY

ESTE VIERNES 30 de agosto mis colegas, amigos y estudiantes de la Universidad de los Andes y de la Universidad Nacional decidieron hacerme un homenaje en vida; un funeral no-funeral.

Hubo discursos sentidos, llenos de amor y remembranzas. Hubo humor y una que otra lágrima. Al final, terminamos haciendo un paseo por todos los trabajos que tuve y todas las disciplinas que he ejercido, al parecer, subversivamente.

Fue hermosamente emotivo e inspirador sentir tanto amor. Por eso, me animo a compartir las palabras que compartí al cierre:

Alejo, el amigo pionero cancerígeno, solía decir que el cáncer es como la vida. Nunca entendí bien a qué se refería. Tal vez era imposible entender hasta no vivirlo y es de esa forma fundamental, justamente, que el cáncer es como la vida.

Podría ponerme a listar las cosas que el cáncer me ha enseñado o las cosas que he tenido que desaprender, pero quienes están aquí ya saben mucho de eso, o lo han leído, a medida que ha ocurrido.

En su lugar, quisiera decir una única cosa que creo que es nueva. El cáncer, como la vida, al final, te muestra que cuando ya creías haber entendido todo o, al menos, cuando ya creías haber aprendido a lidiar con todo —lo que entiendes y lo que no—, todo puede cambiar. El cáncer, como la vida, no deja de sorprender, no deja de mostrarte conexiones improbables, lazos fundamentales y rupturas inevitables.

* Una versión de este texto fue publicada en *El Espectador* el 1.º de septiembre del 2024.

En estas últimas tres semanas desde que convulsioné —o el cáncer me reseó el cerebro—, todo cambió, otra vez, como la vida. Han cambiado y cambian todos los días mis sentidos y mi cognición, también mis emociones. Fluyen impredecibles, como el río, como el cielo, como el mar.

Pero lo que más muta es mi conciencia. El tiempo y el espacio se convirtieron en una melcocha informe sin certeza alguna. Las horas son minutos y los segundos días. Mi casa el universo. Estoy segura de que esto se llama morirse y que está ocurriendo a cada instante, pero no tengo ni la más mínima idea de cómo.

Solo me queda saludarlos desde mi escafandra y decirles que, aunque ha sido muy duro y asustador este no tiempo y no espacio —solo conciencia—, también ha sido sorprendente y mágico.

Quiero agradecerles a todos por amarme como me aman. Por cocinarme, llevarme helado, grabarme audios, pensarme a ratos. Por organizar este homenaje en vida para poder contemplarles.

A quienes aún les cuesta desapegarse quisiera pedirles que lo intenten o, al menos, que no me hagan el tránsito más difícil de lo que ya es. Les aseguro que no hay vida a menos de que se lancen al abismo de esta nada que lo es todo, que es la muerte.

A quienes me han acompañado en cada paso de esta última transmutación y han mutado conmigo: mi padre, Andrés Elías, el tío Willy, Marris, hermanos, sobrinas, la familia boli, la familia colombiana, el equipo Clórox, el Tonto, Carlos A., Iván, *husband and sister wife number one*, Duende y Diana, amigues normandos, neoyorquinos, suizos y caucanos, nos estaremos viendo todo el tiempo y en cualquier espacio, en algún portal.

A mi madre, que la siento cuidándome y que ya casi seremos una sola cosa.

Aprender de otros y con otros: la ingeniería en reversa como forma de enseñar a hacer preguntas sociológicas

PAOLA MOLANO AYALA

La mirada sociológica

LANZARSE AL CAMBIO disciplinar trae nuevas miradas, pero lograrlas no viene por arte de magia; requiere de un entrenamiento que tiene mucho de observar, intentar y repetir. Aprender a ver desde un nuevo lugar implica entender qué lo diferencia de otros e identificar los contornos que lo hacen particular. En el caso de la sociología, la construcción de esa mirada tiene mucho —o todo— que ver con el tipo de preguntas que se formulan.

Tatiana, en su característica interdisciplinariedad, aprendió a mirar como socióloga luego de pasar por la economía, la historia y sus intersecciones. Por eso entendió la importancia que tiene, en la formación como socióloga inicial o sobreviniente, aprender a formular buenas preguntas sociológicas para distinguir su quehacer disciplinar de otros. Pero, además de aprenderlo, lo enseñó como parte del componente obligatorio de la Maestría en Sociología de la Universidad de los Andes.

Formar a profesionales para que hagan *preguntas sociológicas* no es equivalente a proponer preguntas de investigación. Es una relación de género y especie. Las preguntas sociológicas son preguntas de investigación, pero, además, deben ser sociológicamente interesantes. Para conseguir esto último deben cumplir con dos requisitos: en palabras de Tatiana, deben rescatar *lo social* de lo cotidiano para retar el sentido común y aportar de manera significativa al estado del arte de la disciplina.

Una vez está claro que las preguntas sociológicas son centrales en la distinción disciplinar, lo que sigue es saber cómo formularlas. Para esto Tatiana desarrolló una metodología que denominó *ingeniería en reversa*. El centro de esta aproximación tiene mucho de práctico: qué mejor que aprender a hacer preguntas sociológicamente interesantes a partir de unas que ya fueron formuladas y resueltas por otros. En esencia, es aprender del ejemplo, es ver en diferido a sociólogos en acción y, en lugar de concentrarse en el estudio de las teorías o de los métodos, poner más énfasis en la dimensión práctica de la disciplina —si se quiere—, en el oficio investigativo como parte de ser sociólogo.

Poner en marcha la ingeniería en reversa se traduce en “desmenuzar” una buena investigación para entender cómo la investigadora la construyó a partir de hacerse tres grandes preguntas: ¿cómo piensa sociológicamente el autor?, ¿qué tipo de preguntas está planteando? y ¿qué es lo que ve como problemático? Esto supone hacer una lectura desde un papel activo y con unos objetivos específicos, que trascienden el interés en el tema de investigación.

Además de reconocer qué es y cómo se ve una pregunta sociológica, un propósito fundamental en un curso es adquirir habilidades para formular preguntas propias. Por esto las investigaciones tocaban multiplicidad de temas —entre otros, pobreza urbana (Desmond 2012), cambio en el mercado laboral y enfoque de género (Hochschild 1983), políticas raciales (Telles y Paschel 2014)— y diversos enfoques metodológicos —como etnografías (Lapegna 2014), análisis de redes (Portes y Martínez 2019) o *process tracing* (Krippner 2017)—. La diversidad en la selección de las lecturas hacía posible ver distintos tipos de preguntas, no solo en relación con los temas, sino también con el alcance y los objetivos de la investigación —incidencia en política pública, explicación, etc.—.

La guía de lectura

Para aterrizar la ingeniería en reversa en sus clases, Tatiana construyó una guía de lectura que, a partir de preguntas más pequeñas, permitía ir tejiendo la respuesta a las tres grandes preguntas que orientan la ingeniería en reversa. El curso, entonces, giraba en torno a la lectura activa como una manera de aprender en colectivo: analizando el trabajo de otros y compartiendo entre todos el propio ejercicio de lectura. De esa manera era posible aprender de sociólogos profesionales y con experiencia —los autores de las investigaciones— y de los mismos compañeros y compañeras del curso a partir de sus reflexiones y sus propios ejercicios de construcción de sus preguntas.

La guía de lectura⁴ consta de trece preguntas que abordan cuatro ejes: las preguntas, la estrategia empírica, las teorías y el enfoque de la investigación. Resolverlas empieza por ser una actividad metódica y de cuidado, luego se incorpora como una manera más orgánica de aproximarse a la lectura de investigaciones. Esto, desde mi experiencia, fue una parte fundamental para entrenar el “ojo sociológico”, pues es distinto leer con el propósito de recorrer los pasos que las investigadoras anduvieron para llegar al producto final, que leer con otros objetivos.

La guía de lectura y sus preguntas permiten navegar por las investigaciones como quien quiere reconstruir la receta que llevó a un buen plato. Hacer preguntas desde esa óptica facilita incorporar la manera de ver problemas sociales más allá de un tema específico para pensar en los ingredientes necesarios para hacer una investigación. Después de hacer el ejercicio en la clase es difícil no aproximarse a las investigaciones con la curiosidad de descubrir la receta. Esto muestra que la manera propuesta por Tatiana para aprender de otros, leer de forma activa y repetir el ejercicio es exitosa, ya que permite construir una forma de mirar sociológicamente y de incorporarla en la práctica.

La propia pregunta

Formular la propia pregunta de investigación pasa por incontables idas y vueltas. Es un camino en el que hay que transformar un tema en una pregunta, pero no cualquiera, sino una relevante para la sociología. Además del ejercicio académico, implica un compromiso personal en el que inevitablemente van ligados los intereses y los sentimientos de desorientación, por no tener un mapa que indique qué hacer y cómo.

Tatiana fue la persona que me acompañó en las angustias de la investigación del trabajo de grado. Encontramos dos cosas que nos conectaron en ese propósito. Primero, que ambas tuvimos que aprender a mirar sociológicamente luego de haber tenido una formación disciplinar en ámbitos distintos a la sociología. Y segundo, que compartimos un interés en observar los lugares de los que hacíamos parte. Tatiana lo hizo en su tesis de doctorado a propósito de su trabajo en el Ministerio de Salud y yo quería hacerlo de mi experiencia como miembro de una unidad de trabajo legislativo del Congreso.

Tatiana, entonces, me ayudó a navegar por dos desafíos: ¿cómo aprender a mirar sociológicamente luego de tener varios años de experiencia encima en

4 En anexo al final de este capítulo.

algo distinto?, y ¿cómo investigar cuando la distancia con el objeto de investigación es muy poca? Resolver ambos desafíos fue posible gracias a una iteración de posibles preguntas y, sobre todo, a la lectura de otros trabajos que podían inspirar la forma de construir la pregunta de investigación y de abordarla metodológicamente. Es decir, hicimos ingeniería en reversa para construir mi pregunta de investigación.

En particular, para responder a la segunda pregunta fue fundamental la ingeniería en reversa mediante la lectura y, sobre todo, de las conversaciones con Tatiana. Similar a las clases, poder preguntar, contrapreguntar e ir y volver sobre un tema contrastando visiones fue crucial para tres cosas: sacar lo *social* de lo obvio y cotidiano que vivía en mi día a día laboral, problematizar mi experiencia como miembro de una unidad de trabajo legislativo y construir una mayor distancia con el objeto de investigación. Es decir, fue un trabajo de sumar capas de ingeniería en reversa a otras investigaciones y a la normalización de la propia experiencia para tomar distancia y poder construir una pregunta sociológicamente interesante.

El resultado de construir con Tatiana durante la maestría, más que el producto de la investigación, fue armar un marco propio para mirar sociológicamente. La ingeniería en reversa no puede ocurrir sin la idea de comunidad, cercana o lejana, pues aprendemos de otros y con otros. Tampoco es posible sin hacerse preguntas constantemente sobre el trabajo de otros para inspirarnos, o sobre el propio objeto de estudio, especialmente si es cercano —mucho más si somos parte de él— para encontrar lo sociológicamente relevante. Y, sobre todo, requiere tener claro que más que un arte acabado, hacer preguntas sociológicamente relevantes es una artesanía que implica mucho trabajo de detalle y a mano.

Anexo: guía de lectura

Las preguntas

El componente de la guía relacionado con las preguntas busca identificar cuáles son las que se formula la investigadora y cuáles son las posibles variaciones que pueden surgir a partir de la investigación. Tienen como propósitos “afinar el ojo” para reconocer preguntas tanto explícitas como implícitas, y ejercitar la creatividad sociológica para pensar en preguntas a partir de lo construido en la disciplina.

La estrategia empírica

Las preguntas relacionadas con la estrategia empírica hacen énfasis en distintos elementos cruciales para pensar en el tipo de datos que necesitamos para resolver la pregunta, la forma de obtenerlos y la manera de analizarlos. Estas preguntas permiten familiarizarse con reflexiones epistemológicas sobre cuál es la forma más idónea para saber algo y, en consecuencia, con el papel protagónico que debe tener el componente metodológico en una investigación. Por ello, abordar este componente teniendo como punto de partida la idea de que debe existir una *estrategia* permite entenderlo como un conjunto de varias partes que debe tener un propósito final. En concreto, las preguntas se dirigen a establecer de forma explícita la estrategia implementada, a determinar la unidad de análisis y la forma de recopilar los datos.

Las teorías

Ninguna apuesta fructífera para comprender un fenómeno social carece de una teoría. Esto, que parece una obviedad, es fundamental para resistir a la fetichización del método y, más bien, acercarse a las teorías de alcance intermedio, tan propias de la sociología. En ese sentido, esta pregunta busca determinar cuál es la teoría —o teorías— que utiliza la investigadora. Identificar la teoría ayuda a entender el marco que da sentido a los datos y también muestra una decisión de la autora de responder a su pregunta a partir de una aproximación específica. Es por esto que esta pregunta se complementa con otra sobre otras posibles teorías relevantes, pues puede haber distintas maneras de analizar unos datos, dependiendo del lente que se quiera usar.

El enfoque de la investigación

No hay un solo tipo de preguntas sociológicas. Por eso, las preguntas sobre los enfoques de la investigación permiten ver distintas maneras de preguntar, según lo que se quiera ver. Así, estas preguntas se dirigen a determinar si la investigadora aborda contextos o entornos —geográficos o de grupos sociales—; si se analizan relaciones entre las unidades de análisis; si se hacen comparaciones; si se observan procesos sociales —variaciones en el tiempo—; si hay comparaciones; y si se establecen relaciones causales. Si bien algunos de estos enfoques no son excluyentes, por sí solos o en combinación, dan cuenta de una forma

específica de aproximarse a estudiar un problema y, en consecuencia, de formular la pregunta y de definir cómo resolverla.

1. En el texto asignado, ¿cuál es la pregunta planteada o implícita? ¿Cree que es una pregunta sociológica? ¿Por qué sí o por qué no?
2. ¿Puede reconocer en el texto la estrategia empírica que soporta el argumento central? ¿Cuál es?
3. ¿Cuál es la unidad de análisis que se estudia? ¿Cuáles son algunas otras unidades de análisis posibles?
4. ¿Puede identificar cómo se recopilaron los datos y quién los recopiló?
5. ¿El trabajo ilustra uno o varios procesos sociales —variaciones en el tiempo—? De ser así, ¿cuáles? ¿Qué afirmaciones hace sobre dichos procesos?
6. ¿El trabajo aborda los contextos o entornos —geográficos o de grupos sociales específicos—? De ser así, ¿cuáles?
7. ¿El trabajo analiza las relaciones, ya sea entre personas, otras unidades de análisis o entre variables? De ser así, ¿cuáles? ¿Qué ideas brinda acerca de las relaciones?
8. ¿Qué comparaciones explícitas o implícitas se hacen en el trabajo? ¿Son las mejores comparaciones posibles, dadas las preguntas planteadas? ¿Qué otras comparaciones le gustaría ver?
9. ¿Qué teorías se están utilizando en el trabajo y qué otras podrían ser relevantes?
10. ¿El trabajo brinda un modelo causal? Si es así, ¿cuál es? ¿Se sugiere una sola causa o múltiples?
11. ¿Puede pensar en hipótesis rivales o explicaciones alternativas plausibles para el fenómeno que estudia el trabajo?
12. ¿Puede pensar en otra formulación de la pregunta que se plantea el texto?
13. ¿Puede plantear una nueva pregunta sociológica que se base en este trabajo?

Referencias

- Desmond, Matthew. 2012. “Eviction and the Reproduction of Urban Poverty”. *American Journal of Sociology* 118 (1): 88-133.
- Hochschild, Arlie. 1983. *The Managed Heart*. Berkeley: University of California Press.

- Krippner, Greta R. 2017. "Democracy of Credit: Ownership and the Politics of Credit Access in Late Twentieth-Century America". *American Journal of Sociology* 123 (1): 1-47.
- Lapegna, Pablo. 2014. "Global Ethnography and Genetically Modified Crops in Argentina: On Adoptions, Resistances, and Adaptations". *Journal of Contemporary Ethnography* 43 (2): 202-227.
- Portes, Alejandro, y Brandon P. Martínez. 2019. "They Are Not All the Same: Immigrant Enterprises, Transnationalism, and Development". *Journal of Ethnic and Migration Studies* 46 (10): 1991-2007.
- Telles, Edward, and Tianna Paschel. 2014. "Who Is Black, White, or Mixed Race? How Skin Color, Status, and Nation Shape Racial Classification in Latin America". *American Journal of Sociology* 120 (3): 864-907.

Las líneas grises: lo que he aprendido de la última etapa del cáncer*

TATIANA ANDIA REY

ME SIENTO ORGULLOSA del camino cancerígeno que he recorrido, pero son cada vez menos las cosas que puedo disfrutar plenamente, lo que me manda la señal de que ya viene siendo hora de parar. Para mis propios estándares iniciales le he dado varios chances a la vida y me siento muy complacida de haber vivido lo que viví.

En octubre del 2024, trajeron mis tumores cerebrales con una técnica que se llama radiocirugía. Es un avance tecnológico que ofrece una alternativa a la cirugía con escalamiento que extraería los tumores para contener su avance por dosis altas, pero precisas de radiación, para generar un efecto similar de contención. El método promete menores efectos adversos y menores riesgos de afectar otras áreas sanas del cerebro por error.

Cuando el equipo de radioterapia me propuso esta alternativa decidí aceptar porque sus beneficios parecían superar de lejos sus riesgos. En general, mi aproximación al cáncer ha sido como mi aproximación a la vida misma. Le llamo el “ahí vamos viendo”. Digamos que es una aproximación que reemplaza el foco en la planeación y la predictibilidad, o la certeza, por el foco en la intuición y en cómo se sienten las cosas a medida que se van experimentando.

Esta aproximación siempre me ha parecido una forma efectiva de enfrentar la incertidumbre inevitable de la vida. Si no se puede controlar la forma en la que se desenlazan los acontecimientos, tal vez lo mejor que podemos hacer es

* Una versión de este texto fue publicada en *El Espectador* el 8 de enero del 2025.

experimentarlos con la mayor intensidad posible e ir tomando decisiones con base en cómo se siente la experiencia de la decisión anterior. Describir esta filosofía de vida, en sentido amplio, es difícil. Pero describirla como método para la toma de decisiones terapéuticas puede ser más fácil.

Básicamente, el método consiste en juzgar, con los elementos de juicio disponibles, para optar o no por una alternativa terapéutica que suena razonable. Es decir, si sus posibles beneficios superan sus posibles riesgos. Una vez se evalúa y pondera eso, y teniendo en cuenta que nunca será posible contemplar y medir todos los riesgos, no queda más que lanzarse, sin mente. Porque seguir tratando de justificar la decisión solo tiene el potencial de torturarlo a uno, especialmente si no resulta como uno esperaba inicialmente. Eso exactamente fue lo que hice con la decisión de si animarme o no a la radiocirugía. Pero recordar ese momento me hace pensar que hay otro requisito no suficiente, pero sí necesario, de la filosofía del “ahí vamos viendo”, y es que nada está tallado en piedra. O, si se quiere, toda línea roja es susceptible de convertirse en una línea gris.

Para ilustrar este punto, en un principio yo había pensado que no me iba a dejar tocar el cerebro de ninguna forma. Ni con cirugía ni con radioterapia. Lo que, en su momento, tenía sentido, dado lo etéreo que hasta ese momento era el fenómeno —solo sabía que había unas metástasis en el cerebro, pero no tenía muchos síntomas— y dado lo importante que es el cerebro para mi vida y mi identidad. Pero el “ahí vamos viendo” es dinámico, como su nombre lo indica, y valora más la incorporación de elementos nuevos y la deliberación que la coherencia de principios. Entonces, finalmente, me animé a la famosa radiocirugía.

Resultó ser un proceso bastante más complejo y tortuoso de lo que había anticipado y estuve a punto de tirar la toalla en varios momentos. Deliberando en familia y con el equipo médico, continué y terminé las sesiones, pero para sorpresa de todos convulsioné. No le deseó eso a nadie, ni entendí bien las dimensiones de lo que eso implicaba. Pasé a sentirme como si estuviera en lo que en ese momento describí como una bolsa, una caja o una escafandra. Aluciné también, lo que me pareció solo comparable a mis experiencias previas con el LSD. Entiendo perfectamente cómo alguien que nunca haya experimentado con drogas psicodélicas podría enloquecerse ante esos síntomas desconocidos. De hecho, es eso lo que pasa con los jugadores de fútbol americano que sufren CTE o encefalopatía traumática crónica. Describen que tienen síntomas parecidos a los míos, pero como no saben a qué se deben, se desorientan, deprimen y hasta pueden llegar a suicidarse.

Yo perdí la conexión con el resto del mundo y al no poder describir bien cómo se sentía lo que me estaba pasando, comencé a usar la metáfora de sentirme

como dentro de una bolsa de papel, o dentro de una caja de cartón, o dentro de una escafandra. Las metáforas eran claramente insuficientes.

Luego perdí el equilibrio y luego la fuerza o la capacidad de respuesta de la pierna, el pie y la mano izquierdas. Entre eso y la ceguera parcial del ojo izquierdo, se hizo necesaria la ayuda de un lazaro para ir a todas partes y la ayuda para funciones básicas como cortar la comida.

Andrés Elías me llevaba al baño con paciencia y mi padre lo reemplazaba cuando él no podía. Al punto en que se llamaron entre ellos lazaro 1 y lazaro 2 para diferenciarse. Luego eso derivó solo en un simple 1 y 2. Se volvió imposible también vestirme sola, no le encontraba el derecho a los pantalones y camisas, y meter la mano y el pie izquierdo se convirtió en un viacrucis que me frustraba hasta el punto en que sucumbí a ataques de rabia por los que muchas veces terminé lanzando a la mierda la camisa o el pantalón. O, incluso, lanzándoselos en la cara a Andrés Elías o a mi padre cuando intentaban ayudar.

Durante todo ese tiempo nunca perdí la esperanza de que un día, de repente, pudiera descubrirme fuera de la bolsa. Y hubo uno que otro minuto, de uno que otro día, en que pareció que así era. Un día vinieron unos amigos, chefs talentosos, a prepararme una langosta asada traída de La Guajira. Pusimos música, comimos y cantamos a grito herido en la terraza. Creo que todo el barrio se enteró, como a veces creo que todo el barrio se entera de cómo me estoy muriendo. Bueno, pues cuál sería mi felicidad mientras estaba comiendo langosta, que por primera vez sentí que estaba por fuera de la bolsa, por casi cuarenta minutos.

Recuerdo haberles dicho a todos los participantes que oía las cosas bien, al volumen que recordaba como real. Saboreaba la comida con el gusto que recordaba tenerle y hasta me animé a pararme a bailar un merengue, aunque apenas podía mover los pies y tuve que estar muy agarrada de Andrés Elías para mantener el equilibrio. Desde ese día comencé a medir, a monitorear y a medir, con ilusión, los minutos que pasaba “por fuera de la bolsa”. Reportaba mis “hallazgos” cada día en el chat familiar en el que están mi padre, Andrés Elías, mis hermanos y mis sobrinas. Lo hacía con juicio, esperando una progresión lineal que me indicara algo positivo —algo como “cada día hay más minutos por fuera de la caja. Hasta que un día todo volverá a la normalidad”—.

Pero lo que a uno nunca le dicen, y si se lo dijeron no se lo podría imaginar, es que esos síntomas neurológicos no se quitan así de repente y que, por el contrario, pueden seguirse deteriorando, especialmente si el cáncer sigue, como el mío, avanzando y se toma nuevas áreas del cerebro, como el mío lo ha hecho.

He aprendido que tenemos pocas certezas sobre cómo funciona el cerebro. Aprendí que, con algunas excepciones, las “áreas” del cerebro no tienen una

función única y que están, como todo y todos, conectadas con todo lo demás. Por eso es tan complejo de comprender su funcionamiento. Una lesión en un lugar puede afectarlo todo y de maneras impredecibles porque el cerebro está conectado a través de “redes neuronales”, un concepto que ya Andrés Elías me había explicado antes y que él considera uno de los mayores aportes de un colombiano (Rodolfo Llinás) a la neurología mundial. Aprendí un par de cosas más de todo este proceso de pérdida gradual del que aún considero mi órgano más preciado, el que, en este momento, mientras escribo estas palabras en el celular con mucha dificultad a la una y cuarenta de la madrugada, aún me da vida.

Quisiera resaltar dos aprendizajes que, entre tanta incertidumbre, me parecieron ciertos: (1) el paciente es el único que está experimentando las transformaciones, lo que genera una profunda soledad; y (2) no hay forma de separar lo cognitivo de lo emocional. Algo de lo que Andrés Elías también ya me había hablado y que se conoce como “el error de Descartes”. Esto último lo aprendí cuando, aun estando en la bolsa, comencé a sentir ansiedad. Como nunca había experimentado ansiedad en mi vida, este síntoma me sorprendió por completo y me pareció uno de los peores que he tenido. Es solo comparable en intensidad y sufrimiento al dolor de espalda con el que empezo todo y al dolor que ahora cargo en la cadera y la pierna derechas que tengo en este momento, a causa de la más reciente metástasis que apareció en la cadera y la pelvis. La ansiedad fue atribuida por mi neuroncólogo al anticonvulsivante que estábamos usando, por lo que lo cambiamos por otra molécula. Efectivamente, mejoré, pero aún dudo de si no era apenas normal sentir ansiedad en ese momento, teniendo en cuenta el resto de trastornos y vivencias que estaba experimentando. Puro error de Descartes.

En todo este proceso también reafirmé algunas cosas que ya sabía o creía saber y que enseñaba a mis estudiantes con convicción: las redes sociales son tan o más importantes que las redes neuronales. De cada uno de los retos que he enfrentado he salido gracias a las relaciones humanas. Pongo apenas un par de ejemplos: si mi padre y Andrés Elías no supieran tanto de anatomía cerebral y no fueran tan curiosos por el tema y por mí, otra sería mi historia. Tuve la inmensa fortuna de que me paladearen ellos. Me escucharon disertar, por horas y horas, sobre lo que yo creía que me estaba pasando. También escucharon y retroalimentaron mis reflexiones al escuchar atentamente la versión en audiolibro de *Un antropólogo en Marte*, del neurólogo Oliver Sacks. Y no hay un día en que hayan evadido una conversación propuesta por mí sobre nuestras emociones, el sentido y la complejidad de la vida.

Reconfirmé, entonces, que las relaciones o las redes sociales, desde las más íntimas, hasta las más lejanas, son cruciales. Me reconecté con amigos

de infancia y de muchas etapas de la vida. Esas relaciones son las que me han mantenido viva. Por ahora, conservo la lucidez y la curiosidad para querer plantear ideas y encontrar conexiones entre ellas y con otras personas. Tampoco he perdido el desparpajo y la transparencia para poder hablar de todas mis experiencias. Me doy por bien servida, por doloroso que sea.

Eso sí, cada vez siento más miedo de perder la capacidad y el deseo de pensar y compartir mis ideas. Siento que eso es lo único que me ata a la vida, la curiosidad y el ímpetu de compartir mis pensamientos con otros. Lo único que pido es no perder más habilidades cognitivas esenciales para que pueda ser yo misma la que identifique cuando eso ocurra y no tener que cargar a otros con esa responsabilidad de identificar eso sin estar en mis zapatos. Ojalá así sea. Pero no dudo ni por un minuto que quienes mejor me conocen y más me quieren sabrán identificar exactamente cuando yo ya no me habite a mí misma. Este tiempo y este proceso me han demostrado que el ímpetu vital hala y que el cerebro, el cuerpo y el entorno social se adaptan.

Ahora, ante la última propuesta del equipo médico espectacular que me acompaña, de volver a hacerme una radiocirugía en la nueva lesión del cerebro, mi respuesta es un no rotundo. No porque no esté abierta a las posibilidades, sino porque ya no creo que me ofrezca nada más que riesgos. En el mejor de los casos, después de un nuevo viacrucis tendrá otros días más, así como los que vivo ahora, pero el riesgo también existe, y es alto, si se volvieran a presentar convulsiones, de perder lo que con tanto esfuerzo he alcanzado. A eso sí que no me le mido.

Volviendo a la filosofía del “ahí vamos viendo”, me siento orgullosa del camino cancerígeno que he recorrido, pero esta última etapa ya no se siente bien. Son cada vez menos las cosas que puedo disfrutar plenamente, lo que me manda la señal de que ya viene siendo hora de parar. Para mis propios estándares iniciales le he dado varios chances a la vida y me siento muy complacida de haber vivido lo que viví, incluso con sus momentos difíciles. Estoy segura de que quienes me han acompañado de cerca, así también lo han visto y podrán decir que guerrié y guerrié y guerrié hasta el final, no simplemente para preservar la vida por extenderla, sino para vivirla intensamente hasta el final. Es decir, para preservar una vida con sentido.

Revoluciones íntimas: Tatiana Andia y la amistad como método en la sociología y en la vida

JUAN SEBASTIÁN GÓMEZ
MARÍA CAMILA JIMÉNEZ
ESTEBAN JEREZ DÍAZ
MARÍA GABRIELA VARGAS

HAY PERSONAS QUE tienen el don de sacudirte la vida sin hacer ruido. Tati era una de ellas. Te la encontrabas en un lugar cualquiera y, antes de darte cuenta, ya te estaba haciendo ver el mundo con otros ojos. Con Tati el conocimiento no era algo que se impone; era una invitación sutil y poderosa a descubrir las cosas por ti misma, como caminar por un bosque. Es como si dentro de ella las ideas hubieran sido raíces que se entrelazan y forman un bosque donde cada pensamiento encuentra su espacio. Escucharla era caminar entre esos árboles que crecen y conversan: de repente, todo se sentía más claro, más vivo, como si sus palabras iluminaran rincones que antes no veías.

La vida nos fue reuniendo alrededor de Tati. Aunque cada una de nosotras llegó por un camino distinto, hay algo que sigue creciendo con el tiempo y que nos conecta con Tati. Este texto es nuestro intento de capturar ese “algo”.

Cuando nos juntamos a recordar esos primeros encuentros con ella, las historias nos hicieron reír por cómo el azar —¿o era el destino?— nos fue acercando a ella. Todo empezó con la recomendación de un amigo. Así llegó Juan Sebastián a la clase de Tati sobre Estado, mercado y sociedad, en la que encontró respuestas a esas preguntas que su formación en economía no le había contestado. Un día, ella le propuso ser su monitor, y aceptar esa propuesta inició una historia que florecería por años: amistades que perduran, una maestría,

conversaciones que cambian vidas y, por supuesto, esas noches de baile en su casa que nadie olvida.

María Camila se ríe todavía cuando cuenta cómo planeó pedirle que fuera su directora de tesis. Había imaginado una conversación profunda y significativa, pero al final terminó mandándole un correo medio atropellado porque se le había hecho tarde. “Fue lo mejor que me pudo pasar”, dice María Camila siempre. En especial durante la pandemia, cuando todo era caos e incertidumbre, las conversaciones con Tati eran como un recordatorio de que la vida seguía ahí, más allá de las pantallas. Ahora en la distancia han llegado enseñanzas, regaños y risas por medio de notas de voz que nos han permitido sentirnos cerquita e, incluso, hasta revisar qué es lo que nos estaba enseñando.

Esteban se conectó con ella desde otro lugar. Compartían esa fascinación por entender la salud y la enfermedad desde lo humano, no solo desde los números y las estadísticas. Lo que empezó como charlas después de clase se convirtió en proyectos juntas, y esos proyectos pasaron a ser una amistad en la que ya no sabíamos dónde empezaba lo personal y dónde lo académico.

María Gabriela recuerda, con una claridad que la sorprende, una clase que cumple su decimoprimer aniversario este año. Era su primer semestre en la carrera de Ciencia Política y se había inscrito en una electiva Estado, Resistencia y Cambio Social. “Entré al salón sin saber qué esperar y me encontré con esta mujer increíble, sus crespos alborotados y un estilo que muchas ya quisiéramos tener. Pero fue su voz la que me atrapó desde la primera frase: precisa como un bisturí y cálida como un abrazo, tejía las palabras de una manera que transformaba las ideas más complejas en otras más digeribles, más tangibles”.

Tati nos abrió las puertas de su clase, sí, pero sobre todo nos invitó a su mundo. En su casa, el comedor y el mesón de la cocina se transforman en una extensión del salón, pero uno donde las jerarquías —esas jerarquías mezquinas de la academia y la adulterz— se desvanecen de manera natural. Allí nos enseñó una verdad esencial: que el conocimiento puede habitar en la calidez del encuentro. Nos mostró, con sus gestos amorosos y sus palabras abrazadoras, que las ideas más potentes son aquellas que nos atraviesan por completo, que hacemos nuestras y que nos transforman no solo el pensamiento, sino también el corazón.

Y es que eso era lo más bonito de Tati. Te enseñaba sin que te dieras cuenta de que estabas aprendiendo. En medio de un café, de un vino, mientras hablabas de tus miedos o los tuyos, o de los sueños compartidos, de pronto entendías algo profundo sobre cómo funciona el mundo, sobre cómo nuestras historias personales están conectadas con todo lo demás. Te hacía ver que el conocimiento no es algo que está en los libros esperando a que lo encuentres, sino algo que construyes en cada conversación, en cada momento compartido, en la intimidad de la amistad.

Explorar la amistad como método puede sonar inusual, incluso subversivo, en los rígidos espacios de la academia y el trabajo. Pero para nosotras, este concepto ha revelado algo mucho más profundo. Lisa Tillman lo puso en papel, y nosotras lo vivimos con Tati, quien nos mostró que las ideas más potentes nacen cuando te permites ser vulnerable, cuando compartes no solo lo que piensas, sino también lo que sientes. Con ella entendimos que la academia no tiene por qué ser fría y distante, que el conocimiento más valioso es el que te transforma como persona.

No es el tiempo medido de la academia el que guio nuestros encuentros con Tati, sino el tiempo vivo, ese que crece y se expande cuando estamos presentes de verdad. Es el tiempo que se alarga en una conversación inesperada, en el que las palabras encuentran su propio ritmo y las ideas florecen en el silencio compartido. Con Tati aprendimos a vivir esa suspensión del tiempo, esos instantes cotidianos que, sin aviso, se convierten en algo transformador. No hay que esperar para vivir de manera intensa ni sentir de forma profunda; ella nos enseñó a habitar el único momento que realmente importa, que es el ahora.

Por todo lo anterior, este capítulo que escribimos a ocho manos es nuestro regalo para ella, nuestra manera de decir gracias por mostrarnos que se puede hacer sociología desde el corazón. Lo organizamos pensando en ella, en todas las facetas que nos permitió explorar: (1) la imaginación sociológica —y sí, también el chisme, porque con Tati aprendimos que hasta el chisme puede ser una herramienta de análisis—; (2) el momento de encontrarnos y la aventura de sobrevivir juntas; (3) las conversaciones sobre la dignidad y el sufrimiento; (4) el sentir, el ser; (5) y también el arte de despedirse. Este es nuestro mapa de lo que significó aprender con ella, junto a ella. Es nuestra carta de amor a la amistad que transforma, al conocimiento que se construye entre risas y lágrimas, a la sociología que se vive con el corazón abierto.

La imaginación sociológica y el chisme

Siempre nos ha intrigado esa pregunta en apariencia simple pero bastante compleja: ¿cómo se entrelazan nuestras pequeñas historias personales con las grandes fuerzas históricas que nos moldean? La sociología ha intentado darnos herramientas para entender esta conexión. C. Wright Mills (1959) lo sintetizó en el concepto de imaginación sociológica, que es la capacidad para ver más allá de lo obvio, que nos ayuda a entender cómo nuestras experiencias más íntimas están tejidas en una trama más grande de estructuras históricas, económicas y políticas. Este es quizás el regalo más precioso que Tati nos hizo: enseñarnos a

abrir los ojos para ver esas corrientes subterráneas que, sin que lo notemos, guían nuestro paso por el mundo.

Este despertar fue como abrir una puerta que llevaba a otras puertas. La sociología nos ha conducido, por ejemplo, al pensamiento feminista y a las teorías de género, que brindan nuevos lentes para ver el mundo. Lo poderoso es que, a través de ellas, logramos entender que las relaciones de poder no son conceptos abstractos que flotan en el aire, sino fuerzas muy reales que se inscriben en nuestros cuerpos, en nuestras historias, en la forma en que vivimos cada día. Es esta mirada la que permite conectar los hilos más íntimos de nuestras biografías con el tejido más amplio de género, raza y clase que nos envuelve.

Mills usa la metáfora de los peces que, de repente, se dan cuenta del agua que los rodea. Pero hoy esa metáfora necesita ir más allá. No basta con notar el agua; necesitamos preguntarnos quién controla su flujo, quién decide su temperatura, quién prospera en ella y quién lucha por no ahogarse. En este punto es donde la curiosidad sociológica se vuelve algo más que un ejercicio académico y se convierte en una herramienta para desenmascarar lo que se esconde bajo la superficie de lo “normal” y cuestionar lo que damos por sentado.

Tati siempre insistía en que la sociología no puede quedarse atrapada entre las páginas de los libros o en las paredes del salón de clase. Nos enseñó a llevar esa mirada curiosa a todos lados: a las conversaciones de café, a las reuniones familiares, incluso a las fiestas. Para ella, hacer sociología era como un acto continuo de develar secretos, de ver las conexiones ocultas entre lo personal y lo estructural. Nos recuerda a Sara Ahmed (2017), quien nos invita a incomodarnos con lo que hemos normalizado, a mirar de frente lo que preferimos ignorar por comodidad.

Y aquí es donde entra el chisme, una palabra que usamos medio en broma para describir la investigación cualitativa y un término que carga con el peso de siglos de prejuicios de género y clase social. No es casualidad que se haya desdenado en la historia como algo “de mujeres” o “de pueblo”, lo cual revela las estructuras de poder que han intentado deslegitimar ciertas formas de conocimiento.

Aunque algunos círculos académicos se incomodan con el término —Elías y Scotson lo señalaron como una herramienta de poder en *Establecidos y marginados*, advirtiendo sobre su uso para estigmatizar y excluir—, Tati nos ayudó a verlo desde una perspectiva revolucionaria. Nos mostró que ese interés genuino por las historias de otros, esa curiosidad por entender las vidas ajenas en su contexto social e histórico es el corazón mismo de la investigación cualitativa. Es un acto de resistencia contra la deshumanización que a menudo implica la academia tradicional.

“La pasión por el chisme”, como decíamos en nuestras conversaciones con Tati, se convirtió en una forma de reivindicar y renombrar algo más profundo:

ese amor intenso por la investigación que nos hace vibrar, esa emoción al formular las preguntas perfectas, ese entusiasmo por buscar explicaciones que van más allá de lo obvio y desafían las narrativas dominantes. Es aprender a ser empáticas de verdad, a cuestionar no solo nuestras certezas, sino también nuestros privilegios y sesgos, a ir y venir entre la teoría y la vida real todas las veces que sea necesario.

Es, en el fondo, aprender a salir de nosotras mismas, lo cual es un acto que requiere tanto valentía como humildad. Implica reconocer que nuestras perspectivas están limitadas por nuestra propia experiencia y que necesitamos de las otras existencias, de sus historias y sus verdades, para construir un entendimiento más rico y complejo de la realidad social.

Así, tanto la curiosidad como el chisme se convierten en algo más que simples herramientas de investigación; son formas de estar en el mundo, de habitarlo con una mirada atenta y activa, de tejer redes de solidaridad y entendimiento mutuo. Son prácticas que desafían la objetividad distante que tanto ha privilegiado la academia tradicional, que nos recuerda que el conocimiento también pasa por el cuerpo, por la emoción, por lo cotidiano.

Y quizás lo más importante, nos brindan no solo la capacidad de entender el mundo, sino también la posibilidad de soñar con transformarlo. Por utópico que esto pueda parecer en tiempos de tanto cinismo y desencanto, es en ese sueño donde reside el verdadero poder de la sociología: en su capacidad para imaginar y construir futuros más justos y horizontes más amplios. Porque al final, ¿no es eso el chisme en su mejor expresión? ¿Una forma de tejer comunidad, de mantener viva la memoria colectiva, de imaginar juntos otras formas posibles de ser y estar en el mundo?

Encontrarnos y sobrevivir

Entre legados académicos y humanos, una de las grandes enseñanzas de Tati redefine la sociología del encuentro como una invitación a cultivar la curiosidad por la otra, por quien habita diferentes espacios de pensamiento. Esta forma de pensar se manifiesta en Molandia, el hogar que construyó con Andrés y que encarna perfectamente lo que Mario Luis Small conceptualizó como *foci*, o los contextos donde las interacciones sociales gestan relaciones de confianza que serían improbables en otros escenarios (Small 2017).

En su casa esquinera de dos terrazas, las jerarquías institucionales se diluyen al ritmo de la música. Allí, las posiciones de poder —ya sean ministros, magistrados, mentes brillantes y poderosas— se transforman en anécdotas que

acompañan la vida cuando el baile funciona de igualador, aunque sea de forma temporal. Es el tipo de espacio donde la teoría social cobra vida y donde uno puede descubrir, entre risas y fotografías espontáneas, que el pelo de Alejandro Gaviria huele a frutos rojos, o donde una discusión sobre redes y movimientos sociales fluye de forma natural hacia reflexiones sobre nuevas masculinidades y transformaciones socioafectivas.

Para nosotras hay tres momentos que nos permiten ejemplificar cómo esta sociología del encuentro nos permitió sobrevivir y vivir con plenitud.

Para empezar, Tatiana y Andrés, que se dedicaron a la salud y la educación respectivamente, convirtieron su hogar en un laboratorio social durante la pandemia. Molandia transformó la bidimensionalidad de las pantallas en encuentros tridimensionales, y dio vida a una comunidad que trascendió los límites convencionales de la recién nacida Maestría en Sociología de la Universidad de los Andes.

Su matrimonio en Asilo, en la calle 40 con avenida Caracas, también materializó su sociología del encuentro. Su discurso a dos voces articuló una visión donde las celebraciones funcionan como catalizadoras de conexiones sociales, que reúne “gente maravillosa toda” en un ejercicio de construcción de capital social. La selección del lugar representaba una ventana a su vida prepandémica, sus formas de habitar el mundo y una bienvenida de nosotras, las nuevas, a su hogar.

El tercer momento ocurrió en diciembre del 2023 con la “fiesta anticancerígena” en Molandia. Entre lágrimas, baile y el inevitable intercambio de narrativas —o chisme—, se cristalizó la enseñanza central de Tati y Andrés: que la academia trasciende sus espacios formales y que las conexiones más significativas emergen en la intersección entre el pensamiento crítico y la experiencia vivida. O entre el vino blanco, la comida y la trasnochada discutiendo el tema de interés del momento.

La sociología del encuentro que Tatiana y Andrés encarnaban nos recuerda que, en medio de los desafíos y las incertidumbres de la vida, siempre podemos encontrar refugio y fortaleza en las conexiones humanas auténticas. Es en estos espacios de encuentro donde nos redescubrimos, nos apoyamos y, en definitiva, aprendemos a vivir y a sobrevivir. Porque al final, como Tati nos enseñó con astucia y sabiduría, la vida se trata precisamente de eso: de encontrarnos y, a través de esos encuentros, aprender a vivir y a amar de manera más intensa, con cada fibra, mientras dure.

¿Dignidad y padecimiento?

¿Qué relación hay entre el padecimiento o el sufrimiento y la dignidad? Pareciera que no es lógico que pueda haber algo que los una, o que no debería. Y es

que, en los últimos meses hemos pensado bastante alrededor de esta relación, pues podemos visualizar de forma más clara la vejez y la enfermedad en la vida. Nuestras familias —abuelas, padres, tíos, amigos y gatos—, algunos profesores y nosotras mismas hemos comenzado a vivir estos momentos: la vejez, por los años acumulados, y la enfermedad, que puede aparecer por diferentes motivos, o ambas. En cualquier caso, son escenarios que parecen inevitables pese a la prevención que hace la salud pública.

En este texto, entendemos el padecimiento y el sufrimiento en el marco de esas dos experiencias humanas. No contemplamos acá las situaciones de dolor producidas por el conflicto armado en Colombia, ni la tortura, ni algún tipo de violencia producida por una persona o grupo. Tampoco como resultado de políticas racistas del *hacer morir* que señaló Foucault (2000); en esos escenarios creemos que la dignidad humana va en detrimento. Pero, con esta salvedad, ¿cuál es la relación entre dignidad y padecimiento?

Encontramos elementos para responder a esa pregunta pensando la vida con teoría. Por un lado, con la noción de *la vida como tal*, que fue una forma como Fassin (2018) definió a las vidas, que pueden acortarse o prolongarse, pueden tener interpretaciones culturales o morales, pueden contarse o escribirse; no solo se viven en las células, sino también en el cuerpo y como sociedad. Y, por otro lado, la experiencia de esos seres quienes nos han mostrado de manera explícita o implícita cómo quieren llevar ese momento.

Poder pensar en esta pregunta, y reflexionar alrededor de ello, fue una posibilidad potente en la cotidianidad de la amistad con Tatiana. Por un lado, nuestra inquietud genuina (chisme) por la salud y la enfermedad, más como un hecho social (vida) que como uno clínico. Y, por otro, nuestra propia situación de salud y enfermedad nos permitió entender que la vejez y la enfermedad pueden ser situaciones inevitables, pero muy dignas. Y es allí donde creemos que aparece la dignidad, en la forma como se viven esas experiencias humanas, que más que evitarse se rodean de elementos de calidad, compañía, comodidad, atención y acompañamiento, y que en el contexto de este texto tienen que ver con la amistad y el amor.

Sentir y ser

En una academia en la que predomina la razón sobre la emoción, en la que se premia el autocontrol y la disciplina, Tati se situó como una fuerza contracorriente. Tati personifica una transfiguración disciplinaria, en la que a través de su creatividad y chispa tomó los hallazgos de las diferentes ciencias sociales como

pinturas que se utilizan para mezclar, crear nuevos colores y plasmarlos en paisajes que ofrecen una clarividencia renovadora y particular. Pero más allá de eso, más allá de lo material y lo mundano, de lo ortodoxo y lo heterodoxo, Tati tuvo contacto con un plano mucho más importante, pero mucho menos explorado en la academia: el sentir. Todas quienes alguna vez interactuamos con Tatiana por fuera de clase sabemos que lo primero que ella hace es buscarnos el chisme.

Eso tiene una causa. Tati, por una razón que aún no terminamos de conocer bien, tuvo esa certeza de que el corazón siempre va primero. Que lo más importante es lo que se siente, lo que se vive y lo que motiva esas ganas de vivir. Que la brillantez es opaca si lo que nos hace mover, nuestro “motorcito interno”, no está. Tati, más allá de ser alguien que brinda un sentido intelectual, es a quien le aprendimos cómo navegar en los sentimientos y la vida. Un día, en un parque en Ginebra, Juanse le preguntó:

—Si antes de nacer hubieras tenido la posibilidad de decidir existir o no, ¿qué hubieras escogido?

—La vida es bonita —ella respondió.

Despedirse

Este es un caso de amistad y de amor, pero como alguna vez se preguntó Svetlana Alexiévich (2015), ¿cuál es la diferencia entre el amor y la muerte? Quizá la respuesta sea que no hay diferencia, o tal vez que lo que perdura, incluso después de la muerte, es el amor, las enseñanzas, lo vivido. Al momento en que escribíamos este texto, había pasado más de un año y medio desde el diagnóstico de Tati y desde entonces no desaprovechamos ninguna oportunidad para vernos, para charlar, para llorar. Tati nos cambió la relación con la vida y, sobre todo, con la muerte.

Despedirnos fue una travesía compleja, un vaivén entre el dolor y la gratitud, entre las notas de voz que se multiplicaron y las noches de vino. Hemos sido afortunadas, profundamente afortunadas, por tener a Tati con nosotras. Su “ejército de enanas”, como nos bautizó con cariño. Sin dudarlo, nos hubiera encantado que su presencia fuera infinita, pero también sabemos que ninguna despedida debe convertirse en una carga. Nos quedamos con la certeza de que su huella, ahora también digital, su legado extendido a través de tantos medios será el espacio donde la encontraremos cuando su risa ya no nos alcance.

El archivo es, en esencia, un espacio de encuentro. No es solo el depósito de lo que fue, sino la apertura de lo que puede volver a ser. En cada *podcast* que grabó Tati, en cada video dejó algo más que información: dejó huellas de lo

que fue, de lo que seguirá siendo. Gracias a ella ahora comprendemos con más tranquilidad que se trata de nunca contar la vida a partir del final sino a partir de lo que en ella se creyó *sin fin* (Horvilleur 2021). Nos reencontraremos con ella no como quien busca un dato perdido u olvidado, sino como quien dialoga con una presencia continua, una voz que permanece viva y disponible para quienes deseen escucharla.

Cuando ya no esté, ¿a dónde se irá todo ese amor que sentimos por ella? No sabemos muy bien qué vamos a hacer con él ni dónde lo vamos a poner⁵. Tal vez nuestra tarea, su legado en nosotras, sea precisamente ese: redistribuir ese amor, esparcirlo como ella lo hizo, con la misma generosidad y sin reservas.

Referencias

- Ahmed, Sara. 2017. *Living a Feminist Life*. Durham: Duke University Press.
- Alexiévich, Svetlana. 2015. *Voces de Chernóbil: crónica del futuro*. Barcelona: Debolsillo.
- Fassin, Didier. 2018. *Por una repolitización del mundo: las vidas descartables como desafío del siglo xxi*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno.
- Foucault, Michel. 2000. *Defender la sociedad: curso en el Collège de France (1975-1976)*. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica.
- Horvilleur, Delphine. 2021. *Vivre avec nos morts: Petit traité de consolation*. París: Grasset.
- Mills, C. Wright. 1959. *The Sociological Imagination*. Nueva York: Oxford University Press.
- Small, Mario Luis. 2017. *Someone to Talk to*. Nueva York: Oxford University Press.

5 Como dicen en la serie *Fleabag*.

Los hombres que me cuidan*

TATIANA ANDIA REY

EN EL PROCESO de sobrellevar este cáncer mío que nos sacudió la vida a todos, he visto que los hombres también saben cuidar y muchas veces lo hacen no solo para sobrevivir, sino también para brillar con pasión, compasión y humor.

Muchas personas me han dicho, en los últimos días, que admiran mi “fortaleza”. Apenas ayer me lo dijo mi tía Alicia, la menor de las hermanas de mi madre, heredera del nombre de mi abuela y pieza angular de mi crianza. En la casa de la tía Alicia crecimos mi prima Mariana y yo. Mariana es mi prima hermana; más hermana que prima. En la casa de la tía Alicia y con su complicidad, más parecida a la alcahuetería, aprendimos a montar bicicleta, construimos una casa en el árbol y trepamos al techo varias tardes después del colegio, en su finca en Sasaima, y en las vacaciones en Santa Marta, a las que le gustaba llevarnos. Le perdí el miedo al campo y al mar y acumulé muchos recuerdos de una infancia feliz.

La tía Alicia dijo en su audio que admiraba mi fortaleza: “eso lo heredaste de tu madre”. Eso mismo dicen todo el tiempo mi padre y también mis hermanos. Pienso entonces en mi madre y en su estilo siempre rebelde. Una mujer fuerte. Defensora acérrima de su autonomía y de su independencia, comenzando por la financiera. Al fin y al cabo, como dice Virginia Wolf, una mujer necesita una “habitación propia” para ser libre.

* Una versión de este texto fue publicada en *El Espectador* el 13 de enero del 2025.

Recuerdo leer ese libro de Wolf en Londres, mientras vivía en la casa del novio de la época, Daniel. Un noviazgo breve pero intenso. Probablemente por la precariedad económica del momento —la beca que tenía no alcanzaba para mayor cosa en una época en que la libra esterlina estaba más fuerte que nunca— y por estar hospedada temporalmente en la casa de Daniel, el libro me resonó más de la cuenta. Pero la lección de la necesidad de una habitación propia no vino de Virginia Wolf, ni en ese momento de mi vida. La lección vino mucho antes y fue de mi madre. Efectivamente, mi madre valoró siempre su autonomía e independencia.

Era una madre sin vergüenza alguna y convencida de sus atributos físicos y mentales. Pero creo que su verdadero poder estaba en el amor profundo, muchas veces expresado en dominio absoluto, que tenía por sus hombres, comenzando por mi padre y siguiendo con mis tres hermanos. Esos son los hombres que me cuidan y son la mayor herencia que me dejó mi madre. Ellos y el convencimiento de que el feminismo no es una guerra entre hombres y mujeres, sino un tema de espacio vital para respirar, independientemente del género que uno tenga. Mi madre siempre tuvo un amor irrestricto por los hombres y por lo masculino, y eso nunca compitió con su militancia feminista. Al contrario, la potenció. Su feminismo no era solamente de solidaridad con otras mujeres, sino, además, de pedagogía y exigencia hacia sus hombres. Exigía que la consintieran. Comenzando por mi padre.

Hasta el último día de su vida le silbó temprano en la mañana para que le llevara el café “bien servido”. Bien servido era con queso, “pero no mucho”, en su pocillo —el que más le gustaba y no muy lleno—. Varias veces me indicó con su dedito popocho cuál era la altura apropiada para llenar el pocillo de café. Pero a mi padre, tal vez solo le tuvo que explicar una vez. Desde que recuerdo ella silbaba y él, que siempre trabajó en la madrugada en su estudio, oía el silbido y se paraba como un ringlete a prepararle el café y a llevárselo. Estoy segura de que el entusiasmo radicaba en que las conversaciones en la cama, alrededor de ese primer café bien servido eran las mejores y más íntimas.

En mi adolescencia el café bien servido en la cama también se extendió hacia mí. Mi madre silbaba y mi padre corría a preparar el café, ahora para las dos, aunque siempre primero el de ella. Digamos que hacía dos turnos. Eso derivó en una relación muy especial entre mi padre y yo. Él me llevaba el café a la cama y yo le contaba mis sueños. Mis amigos del colegio tal vez se burlaban de nuestra relación porque mi padre nunca disimuló su afecto. Todavía hoy me saluda diciendo “mi reinita, tesorito amado, mi gran proyecto, mi tremenda realización”. Luego, con los años, le fue añadiendo cosas al saludo. Cosas por las que se sentía orgulloso: “mi poderosa *fulbrighter*, mi inigualable *ivyleaguer*”. Mi padre era así de amoroso, pero también era estricto.

Recuerdo con claridad un día en el que me dijo que estaba muy confundida si pensaba que el amor de un padre es incondicional y eterno. Me dijo que era una relación de “doble vía” y que si yo no era capaz de reciprocar su cariño, él no tenía ningún problema en “cortarme” o, en su expresión preferida, “ponerme al hielo”. La adolescencia se fue volviendo difícil. Mi padre me exigía el máximo rendimiento intelectual, como lo hacen todos los Andia casi que por tradición familiar. Mi madre, por su parte, me alcahueteaba todo tipo de desmanes —aunque hice pocos por pura autorregulación— porque quería que yo experimentara todo lo que ella no pudo por ser mamá tan joven (a los 16). Cuando yo quería ir a una fiesta, me sobrecogía el temor de pedirle permiso a mi padre, que además tenía la costumbre de hacerme trabajar, aunque siempre de manera remunerada, por los permisos. Entonces, yo le decía a mi madre y ella me tranquilizaba diciendo “no te preocupes que yo lo manejo”.

Así, pude ir a todas las fiestas y muchas veces el permiso se extendió a mis amigas, porque si mi padre había dado su permiso todo era más seguro. Él, además, una vez daba el permiso, nos recogía a todas y todos lo más tarde que pudiera cuando salía a uno de sus domicilios a ver a sus pacientes. Ese era el mayor talento de mi madre: “manejar a sus hombres” a punta de ternura, consentimiento y picardía, con coquetería y sin vergüenza. Ahí se expresaba mucho de su “estilo” y su personalidad, en el manejo siempre amoroso, aunque a veces arbitrario, de sus hombres.

Quiero hacer una reflexión acerca de, y si se quiere, un homenaje a los hombres que me cuidan. Creo que es pertinente porque podemos estar desaprovechando un tremendo potencial como sociedad si circunscribimos las categorías del cuidado exclusivamente a lo femenino.

Cualquiera que me haya visto entrar al cancerológico este último año, me ha visto entrar siempre de la mano de dos hombres: mi padre, o Dr. Andia, como le dicen mis amigas y sus cientos de pacientes, y mi esposo, Andrés Elías.

Ambos son, probablemente por vocación y por elección, cuidadores. Mi padre, por médico, y no cualquier médico, sino de esos médicos que mucha gente dice que ya no existen, de los que conocen a profundidad familias enteras, con sus historias de vida que esconden probablemente todas las claves para entender y aliviar sus dolencias. Andrés Elías, por profesor y psicólogo del desarrollo humano, fascinado por entender cómo las personas se convierten en eso, en personas, con aspiraciones, inclinaciones y, en últimas, desarrollan proyectos de vida.

Bueno, pues estos hombres, mis hombres, se han dedicado tiempo completo a mi cuidado. Con el amor, la empatía y la paciencia que eso implica. Lo hacen además con una característica que creo singular: lo hacen con un profundo

sentido del humor. Las actividades de cuidado han estado siempre asociadas al sacrificio abnegado de madres, abuelas, enfermeras; en fin, a lo femenino. Pero también pueden estar a cargo de hombres y ser una actividad divertida. Para ilustrar este punto me gustaría contar una anécdota.

Hace un par de semanas, en esta etapa tan difícil del cáncer, estuvimos en una de las tantas salas de espera del cancerológico. De repente, se acercaron unas mujeres uniformadas, probablemente trabajadoras sociales, y preguntaron entusiastas “¿quiénes aquí son cuidadores?”. Promocionaban un nuevo programa de “cuidado al cuidador”. Había que llenar una planilla para participar. Andrés Elías se rehusó, detestando como detesta la condescendencia con la que ha sentido que lo tratan por ser un cuidador hombre. Yo terminé llenando la planilla, más por respeto a las mujeres del programa y porque entendí que ese es su trabajo y que probablemente están más acostumbradas a ver cuidadoras mujeres que cuidadores hombres. Luego nos llamaron a pasar.

Andrés Elías ya no escuchó más el resto de la promoción del programa de cuidado al cuidador, pero mi padre sí. El resto del mensaje fue que el programa era muy importante porque “no sé si ustedes saben, pero muchas veces, el cuidador muere incluso antes que el paciente”. Mi padre aguantó la carcajada, pero luego, en otra sala de espera, nos contó la anécdota prácticamente llorando de la risa. Nos dio un ataque de risa a los tres. De esos ataques de risa que uno apenas puede contener. La gente nos miraba con curiosidad. Sobra decir que no es muy normal ver a las personas reír en el cancerológico.

De mi experiencia de ser cuidada por hombres diría dos cosas: primero, que para ser cuidado hay que dejarse cuidar. Al principio eso me costó trabajo, valorando mi independencia y autonomía, como mi madre y como cualquier mujer de mi generación a la que le enseñaron las asimetrías de género. Ante esa realidad y, justificadamente, uno asume una actitud más bien combativa, en permanente pie de guerra, celoso de los espacios ganados. Pero con el tiempo bajé las defensas y entendí el estilo de cuidado de mis hombres. A veces intenso y muchas veces sobreprotector, pero siempre amoroso. Ahora, Andrés Elías y mi padre son los mejores cuidadores que he podido soñar porque, además, sufren tanto como yo mi pérdida de autonomía y entienden mi frustración. Mi madre no solo se dejaba cuidar, sino que también lo exigió siempre de mi padre y de mis hermanos, que son tres hombres que ella tuvo muy joven y que le dieron todos los dolores de cabeza imaginables de jóvenes bohemios de los setenta y los ochenta.

Bueno, pues yo crecí así. Rodeada de hombres. La menor de cuatro hermanos por el lado de mi madre y la menor de cuatro primos por el lado de mi padre. La más consentida de todas. Como si fuera poco, siempre envoiada, desde mis

tiernos 5 años, cuando “me cuadré” con Juanfer. Su padre, Jorge Enrique, me consentía tanto como mi propio padre y recuerdo que me hacía una pregunta que me hacen con frecuencia: “¿Cómo puede ser tan consentida?”. Pues, ¿cómo no?

Mi padre me saluda, todavía hoy, diciéndome “reinita adorada, mi gran proyecto, mi tremenda realización”. Lee y comparte todo lo que escribo. En últimas, me cuida dejándome ser lo que soy. Así lo hacen también todos mis hermanos. Boris Nené, como a mí me gusta decirle, Leíto y Ómar Augusto. Todos aprendieron a cuidarme dejándome ser y aplicaron ese tipo de cuidado también con sus respectivas hijas. Porque sí, todas mis sobrinas son mujeres. Todas hijas de hombres cuidadores gracias al manejo de mi madre. El poder del manejo de mi madre llegó hasta Bolivia también, al tío Willy, el hermano menor de mi padre, y a todos mis primos, sin excepción, pero especialmente a mis primos Vlady y Boris, que alcanzaron a vivir con ella unos meses al final de los años noventa y a quienes consintió y manejó como a sus propios hijos.

Hoy todos esos hombres me consienten y me cuidan en el proceso de sobrellevar este cáncer mío que nos sacudió la vida a todos. Cada cual lo ha manejado como ha podido, pero todos con el espíritu de cuidarme y respetar mis decisiones. Mi hermano Augusto trae fresas casi a diario. Boris Nené, que me enseñó a bailar salsa como si no fuera cachaca, me ha motivado a pararme a bailar con él, amacizados y moviendo solo la cadera. Leíto ha venido a cantar todo el repertorio de Joan Manuel Serrat, a hablar de mi padre y de Andrés Elías, que me han llevado a cada cita, a cada examen, con complicidad y mucho sentido del humor. Eso sí, diría que es una característica singular de mis hombres cuidadores y me animaría, incluso, a decir que podría ser una característica de muchos hombres cuidadores: le ponen humor a la cosa.

Por alguna razón que no sé explicar, el cuidado ha sido descrito como una tarea sufrida y abnegada, como una carga; pues si algo han demostrado mis hombres cuidadores es que no necesariamente debe ser así. El cuidado siempre es puro amor, pero puede ser, además, divertido. Así veo también a mis amigos que son padres, hombres cuidadores llenos de humor y picardía. Así es Pablo, así es Víctor Andrés, así es Juan Carlos y así es José Luis.

Ahora que están tan de moda los sistemas de cuidado en la política pública, con su muy justificado énfasis en las mujeres porque, en efecto, por generaciones han sido las que han tenido mayores responsabilidades en el trabajo no remunerado del cuidado, creo que vale la pena hacer esta reflexión. Los hombres también saben cuidar y muchas veces lo hacen, no solo para sobrevivir, sino también para brillar con pasión, compasión, humor y estilo, como dice Maya Angelou, y como lo aprendió y lo aplica Andrés Elías.

Abrirle un espacio a la sociología colombiana y latinoamericana

MARÍA JOSÉ ÁLVAREZ RIVADULLA

LA CONSTRUCCIÓN INSTITUCIONAL y el deseo de contribuir a la política pública marcan con profundidad una forma de hacer sociología y ciencia en general en América Latina. Fue un camino hermoso compartir con Tatiana el vértigo que implica ese trabajo.

La historia estigmatizada de una de las sociologías más antiguas de la región, como es la colombiana, hizo que no hubiese un lugar para ella en la Universidad de los Andes, donde ambas trabajamos. Uno de nuestros proyectos comunes fue crearla junto a un grupo de colegas, pequeño en número, pero desbordante en espíritu colectivo, en el marco de la Facultad de Ciencias Sociales. Y junto a nuestros estudiantes, porque si había un acuerdo tácito entre nosotras era que ellos son la principal muestra y parte de lo que hacemos.

Un espíritu pragmático fuerte y unas miradas políticas, éticas, vitales, estéticas y científicas parecidas y, sobre todo, una inmensa admiración mutua y un amor inmediato hicieron fácil lo que pudo ser una discusión eterna sobre qué sociología hacer y cómo enseñarla en la nueva maestría en sociología. Con Matthieu de Castelbajac, nuestro *fact checker* sociológico, lector voraz y con quien compartimos también el humor negro, siempre decimos que deberíamos pelear más entre nosotros, como académicos serios. La llegada de Ángela Serrano al equipo nos reforzó y aportó en el mismo espíritu.

¿Y cómo es esa sociología que hacemos y promovemos? Haciéndole ingeniería en reversa al proyecto, una metodología que Tatiana tenía para enseñar a los estudiantes a pensar de manera sociológica y que consiste en ir hacia atrás en la metodología de un producto de investigación finalizado y pensar

en contrafactuals del tipo “¿qué otra cosa pudo haber hecho?”. Voy a intentar responder a la pregunta del principio hurgando en esos acuerdos, la mayoría tácitos, que hicimos.

El primer acuerdo fue tal vez el nunca nombrado así: *no bullshit sociology*, como imitación del grupo de analíticos, entre los que estaba nuestro admirado Erik Olin Wright junto a Elster, Roemer y otros, quienes hablaban del *no bullshit Marxism* aludiendo a la rigurosidad analítica y metodológica que profesaban. En el marco de unas ciencias sociales de múltiples paradigmas, permeadas por peleas bizantinas muy morales acerca de quién es el verdadero crítico, nosotras creímos siempre que no hay crítica sin método —ni chisme sin método, pero esa es harina de otro costal que incluye tipologías alicoradas, aunque siempre rigurosas sobre temas varios—.

Así, nos abocamos a practicar y enseñar una sociología fuerte en métodos, así con s, tan promiscua y curiosa que fuera incluso más allá de la ya tradicional dicotomía cuali-cuanti y que combinara experimentos con *big data* y etnografía. Muchos de los estudiantes de Tatiana, por ejemplo, han usado la sociología para, como ella, analizar sus propios lugares de trabajo en el Estado. ¿Cómo se hace eso? ¿No tiene que separarse acaso uno de su objeto para estudiarlo? Tatiana ha sido una maestra en enseñarnos cómo usar esas prácticas cotidianas a manera de evidencia para entender mejor el Estado y para —algo nada menor— acceder a datos que serían de otro modo inalcanzables. Su curso Etnografía Política, que enseñó en un intersemestral junto a sus profes y colegas de la Universidad de Brown que vinieron a Colombia para esa ocasión, fue un momento icónico en esta forma de pensar de Tatiana. Ella la materializó en su propia tesis doctoral, en la que analiza desde dentro al Estado, trabajando en y transformando el Ministerio de Salud en el equipo asesor que llevó adelante la política progresista de medicamentos genéricos que hoy tiene Colombia.

Allí nos propone, desde el supuesto caos de la práctica y de la ineludible subjetividad, ser juez y parte de la política, un mecanismo de innovación estatal iluminador, parsimonioso y útil para la teoría: los burócratas visitantes, esos personajes que entran al Estado, en general desde la academia, para promover una innovación que está en sus agendas, porque en ese momento tienen una ventana de oportunidad política, pero no tienen aspiraciones de quedarse ahí. Este tipo de innovación es distinta a las del servicio civil, a la literatura de los *pockets of efficacy* y a la de los liderazgos políticos, y nos muestra que nuestros Estados no son siempre los seres paquidérmicos, monolíticos, débiles, patrimoniales y clientelares en los que solemos pensar. La idea de burócratas visitantes es poderosa e invita a estudiar otros ejemplos, sobre todo en contextos de puerta giratoria entre academia y Estado, como son los nuestros en América Latina.

Además de la promiscuidad metodológica, en un segundo acuerdo tácito, hemos promovido una sociología muy enraizada en debates teóricos relevantes para la disciplina. “¿Su caso es un caso de qué?” ha sido una pregunta clave en nuestras clases y coloquios y una que hemos usado para criticar mutuamente nuestros propios trabajos. Sin eso, no es sociología; es un informe, ojalá interesante, pero no es sociología. Para serlo, necesitamos conversar con una disciplina rica en debates que iluminan nuestro caso y nos hacen ver que no es tan excepcional o que definitivamente sí lo es en relación con otros. A propósito, siempre me sorprendió la capacidad de Tatiana para responder esa pregunta, tan difícil a veces, y ayudar a los otros a pensar en sus casos. Recuerdo pensar en silencio muchas veces “¿a qué horas leyó eso?” o “qué buena conexión, no la había pensado”.

Finalmente, hemos promovido también una sociología pertinente, relevante, con incidencia. No porque no nos interese la investigación básica —Tatiana amaba las matemáticas, por poner el ejemplo tal vez de lo más básico—, sino por un sentido de urgencia, de injusticia y de transformación que nos mueve y orienta. En particular creemos que la sociología tiene mucho para decir en las discusiones de bienestar. La perspectiva economicista dominante en Colombia y en otros contextos es importante —ambas hemos trabajado muy de cerca con economistas; Tatiana era economista de base—, pero no es suficiente. Así, hemos trabajado para complejizar discusiones, agregar datos, hacer otras preguntas. Y ese aporte, sentimos, ha sido valorado. Hoy no se puede pensar el sistema de salud de Colombia, ni las políticas globales de medicamentos, sin tener como referencia a Tatiana Andía.

Tatiana fue clave en formar este centro de pensamiento que es el área de sociología en Los Andes, una sociología como he descrito, a la vez sistemática, crítica y relevante. En sus cursos generales fue primordial para formar mentes de ingenieros, historiadores, médicos, que hoy piensan de manera sociológica desde sus lugares. En sus cursos específicos formó sociólogos que hoy multiplican sus enseñanzas en los lugares más diversos. En su investigación nos ayudó a pensar acerca del Estado y sus posibilidades para innovar en regular y distribuir.

Y en el camino, nos reímos mucho.

Mi calendario*

TATIANA ANDIA REY

EN LA ENFERMEDAD, el tiempo social se suspende. Nunca se sabe qué día de la semana o del mes es. Solo que el resto de la humanidad sigue y la angustia por la pérdida de referentes temporales ya no es compartida, sino solitaria.

Hace rato quería escribir sobre “el tiempo” porque el tiempo de los enfermos terminales transcurre diferente al tiempo de los sanos. El tiempo de los enfermos terminales está suspendido, porque la idea misma de futuro está suspendida.

Muchas veces hemos dicho con Andrés Elías que lo único que se le parece a esto que vivimos es la época de la pandemia. Esa época, a la que muchos le llamamos “encierro”, es lo único que me ha parecido comparable, en mi propia experiencia, a la forma en la que la transcurre el tiempo en la enfermedad, con la notable diferencia de que, en ese momento, todos experimentamos la desorientación temporal y espacial al mismo tiempo.

De una u otra forma, fue una experiencia compartida. El encierro, le llamamos muchos, poniéndole el énfasis en el aislamiento espacial, autoinfligido, en gran parte, por las medidas sanitarias. Pero no olvidemos que el aislamiento fue también temporal. Cada cual experimentó ese tiempo de forma diferente. Para unos se sintió como una eternidad, para otros “se pasó volando”. Creo que esa percepción diferente responde a la incertidumbre. Cada cual enfrenta a su manera la pérdida de referentes temporales sociales claros.

* Una versión de este texto fue publicada en *El Espectador* el 16 de enero del 2025.

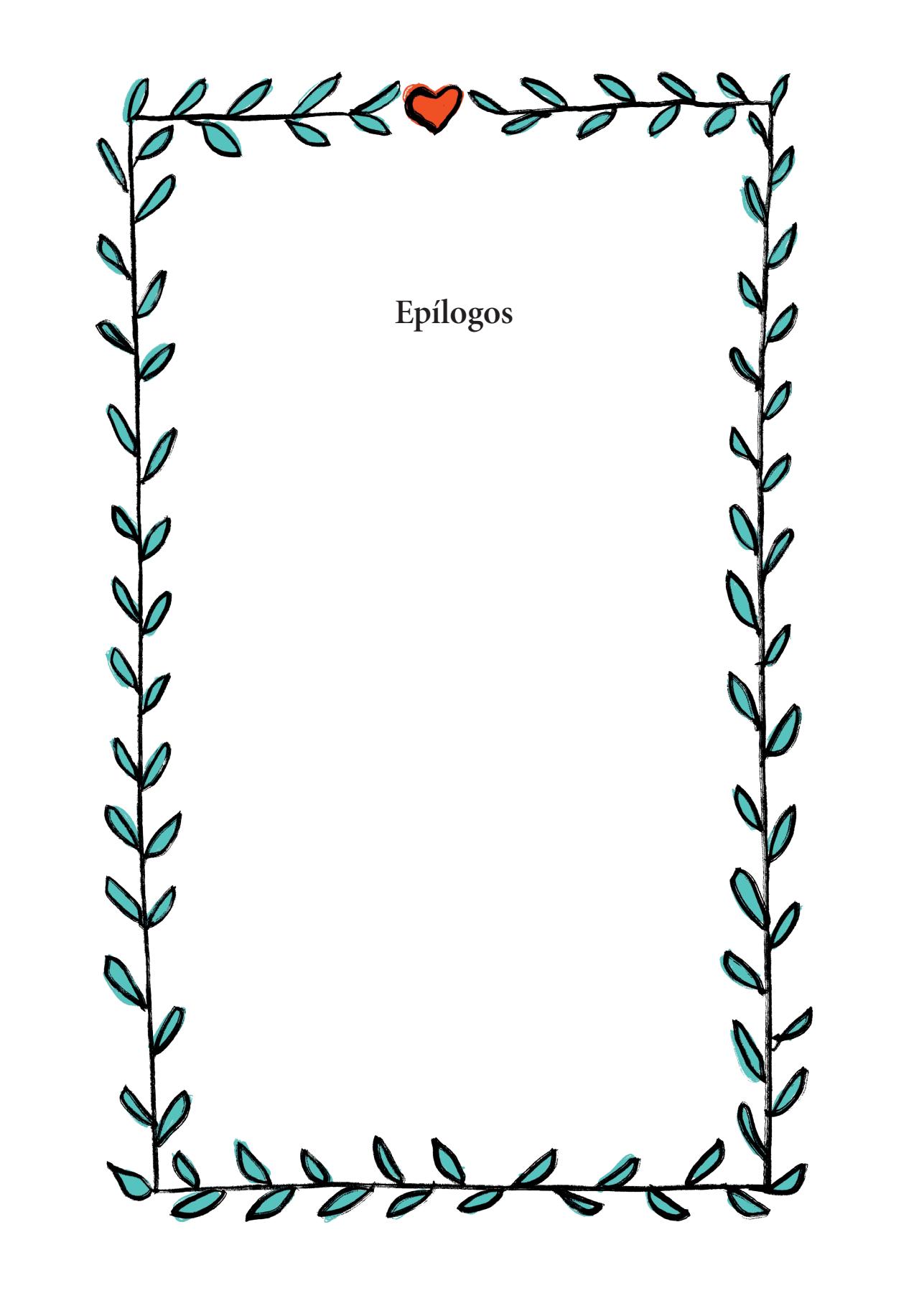
Pues en la enfermedad, el tiempo social también se suspende. Nunca se sabe qué día de la semana o del mes es. Solo que el resto de la humanidad sigue y, por lo tanto, la angustia por la pérdida de referentes temporales ya no es compartida, sino solitaria. Mi calendario, que antes estaba lleno de reuniones periódicas con colegas —muchas de ellas insulsas— y de reuniones programadas con antelación —que habrían podido ser un correo electrónico—, ahora solo tiene citas médicas, recordatorios de tomas de medicamentos y visitas programadas de familiares y amigues. No hay necesidad de madrugar. El día es lo que ocurre entre la pastilla de las 8 a. m. y la de las 8 p. m.

En mi calendario tengo registradas las fechas de arribo de quienes viven fuera y prometieron venir a vernos. Esas las anoto con emoción. “Llega Juana”, “llega Nicolás”, “llega Marris”, “llega Carlos Andrés”.

Nuestros tiempos son los de los demás. Sé perfectamente la programación, los planes de vacaciones y los viajes de trabajo de mis amigues más íntimos.

En fin, el tiempo se transformó en esta baba informe y sin referentes claros. Los días transcurren amorfos. Los hitos del tiempo social pierden sentido y se nota mucho cuánto esfuerzo colectivo hay invertido en preservar esos hitos: que el fin de semana, que el fin de semana con lunes festivo —o “puente”—, que el Halloween, que la Navidad, que el Año Nuevo... nada de eso tiene sentido para uno, excepto porque aumenta la probabilidad de que los seres queridos tengan tiempo libre para visitar. Para el enfermo, todos los días son iguales.

Lo otro que es muy diferente del tiempo de los enfermos es que ya no existe el afán —excepto si uno se retrasa de camino a una cita médica—. Pero ¿qué tiempo está menos mal? ¿El de los enfermos, que es solitario, pero que es libre; permite pensar, compartir, escribir? ¿O el de los sanos, que transcurre afanado entre actividades sociales impuestas —muchas de ellas sin sentido—, y que no da tiempo para leer, para pensar y, mucho menos, para escribir?



Epílogos



Ilustración de Juana Medina Rosas

Observar y describir: el método y los metodólogos*

TATIANA ANDIA REY

NUNCA HABÍA CONOCIDO a alguien tan apasionado como yo por los métodos de investigación. De ahí en adelante tuvimos, con Andrés Elías, cientos de conversaciones sobre métodos. Podíamos pasar horas hablando del tema con la misma pasión con la que solíamos enseñar.

Por estos días, Carlos Andrés me lee un libro titulado *La metamorfosis de las plantas*, de Goethe. Sí, el mismo Goethe romántico y autor de *Fausto*, pero en su fase de botánico.

Hasta ahora, el libro me ha encantado, pero, además, me ha puesto a reflexionar, una vez más, sobre algo que nos apasiona a Andrés Elías y a mí: el método.

Andrés Elías y yo nos conocimos en un coloquio de sociología. Él siempre describe ese momento poniendo el énfasis en dos cosas: que yo entré tarde —muy probable—, levitando o flotando, y con un abrigo verde. No domino el arte de levitar, pero si me encanta el verde y tengo más de un abrigo de ese color, entonces nunca contradije esa parte de su versión de la historia. Además, porque siempre la contó con algún matiz distinto, pero siempre exagerando y con cara de profundo enamoramiento. ¿Qué importa la precisión de su descripción si su objetivo es ilustrar una emoción única y verdadera?

Quienes han escuchado la historia narrada por él, generalmente en nuestra cocina, mientras yo preparaba algo y con vinito en mano, sabrán que no miento

* Una versión de este texto fue publicada en *El Espectador* el 19 de enero del 2025.

y, probablemente, coincidirán conmigo en decir que no se puede describir esa emoción sin algo de creatividad literaria.

La historia sigue, en la versión de Andrés Elías, con que yo me siento en la única silla vacía, justo a su lado. Él, a su vez, está sentado al lado de la mesa con los termos de café y de agua caliente para el agua aromática. En ese momento de la narración siempre discrepanos: él dice que yo le ordené que me sirviera un café, pero, de acuerdo con su versión, yo simplemente señalé el termo y dije “¡café!”. En mi versión, pero no porque lo recuerde de otra manera, no me imagino a mí misma dándole una orden de ese estilo a alguien que, hasta ese momento, era un desconocido. Me imagino que le dije algo como “¿me sirve un café, por favor?”.

En todo caso, no creo que quienes participaron alguna vez del ritual en que se convirtió contar esta historia para Andrés Elías y para mí repararan en la verosimilitud de la historia. Yo diría que es porque no importa si ocurrió tal cual como Andrés Elías lo narró, o no. Es simplemente una buena versión de los hechos que encaja con el resto de nuestra historia de loco amor, que quienes normalmente nos acompañan han presenciado de primera mano.

En ese momento, cuando nos conocimos, Andrés Elías enseñaba métodos cuantitativos y yo enseñaba métodos cualitativos. No nos conocíamos, pero sí habíamos oído hablar el uno del otro y, tal vez, habíamos coincidido en alguna reunión de profesores inconformes con la administración universitaria del momento.

Ese día salimos del salón del coloquio y Andrés Elías me acompañó caminando a otro edificio donde yo tenía la siguiente reunión. No me acuerdo de qué hablamos, pero probablemente fue de métodos porque lo que sí recuerdo con claridad es que pensé que nunca había conocido a alguien tan apasionado como yo por los métodos de investigación.

De ahí en adelante tuvimos, y creo no exagerar, cientos de conversaciones sobre métodos.

Al final concluimos que sus métodos y mis métodos son el mismo. Se tratan ambos de observar y describir. Cómo se registra y se procesa luego la información es otra cosa y, si uno observó y describió bien, lo demás sale bien también. Podíamos pasar horas hablando del tema con la misma pasión con la que solíamos enseñar.

Al final todas esas discusiones terminaron en que hay tres elementos esenciales para constituir a un buen metodólogo: (1) la curiosidad para preguntarse cosas acerca de cualquier fenómeno, en nuestro caso, acerca del mundo social; (2) la creatividad y el arrojo para encontrar la mejor manera de observar y describir el fenómeno en cuestión; y (3) la apertura para escuchar los hallazgos de

otros interesados en el mismo fenómeno, independientemente del método que utilizaron para llegar a ellos.

En conclusión y, como diría John Willett, uno de los mentores de Andrés Elías, “lo más importante es el diseño”, porque “no se puede arreglar con análisis lo que está puteado por diseño” —*fucked up by design*—.

Eso me parece que fue lo que hizo Goethe con las plantas. Las observó y las describió con un método bien diseñado, tan sistemático como creativo y romántico, con la libertad propia de una época sin acartonamiento científico ni fronteras disciplinares inventadas.

Tatiana Andia y las conversaciones necesarias sobre la vida, la salud y la muerte

SERGIO SILVA NUMA

EL 20 DE septiembre del 2023, Tatiana Andia escribió una columna en el portal *Razón Pública*. En ella contaba que, “a cuentagotas, examen tras examen”, había recibido el diagnóstico de lo que empezó como un dolor de espalda: cáncer de pulmón metastásico de células no-pequeñas con una mutación del gen EGFR en exón 18. Era un cáncer raro que había sido detectado en algunas mujeres asiáticas y latinoamericanas no fumadoras. No tenía cura y “le gustan”, dijo luego en algún *podcast*, los huesos y el sistema nervioso central.

Tatiana, proponía, entonces, un ejercicio a medida que se acortaba la vida: publicar cada 15 días una columna en la que entrelazaría lo que sería, de ahora en adelante, su “experiencia vital” con su “trayectoria académica y con la coyuntura”. Parafraseando al sociólogo estadounidense Charles Wright Mills, con el que solía empezar una de sus clases más populares en la Universidad de los Andes —Preguntas Sociológicas—, esperaba conectar su “biografía con la historia”.

Si hubiese que destacar uno de los grandes aportes de Tatiana a esa maestría en Sociología, dijo en un video su amiga y colega María José Álvarez Rivadulla, es, justamente, haber enseñado a pensar sociológicamente. El otro es “hacer florecer estudiantes”. O, como escribieron sus exalumnos Juan Sebastián Gómez, Esteban Jerez, María Camila Jiménez y María Gabriela Vargas en este libro, “sacudirles la vida sin hacer ruido” y hacerles “ver el mundo con otros ojos”, en sus clases o en el mesón de la cocina, que ella solía transformar en “una extensión del salón”.

Desde aquel 20 de septiembre, Tatiana ha publicado once columnas como parte de esa serie que muchos seguimos, también, a cuentagotas. La última —*Las líneas rojas y las despedidas*— apareció el 4 de agosto del 2024. Su promesa de

conectar su nueva experiencia con lo que había estudiado toda su vida adulta, abrió conversaciones que antes era difícil poner sobre la mesa.

Cuenta que, en algunos de los tantos mensajes que recibió, hubo familias que le agradecieron porque pudieron conversar con tranquilidad sobre lo más humano que atraviesa nuestra vida: la muerte. Aunque —dice ahora— también ha sido una muestra de que, socialmente, no estamos trabajando nada bien un asunto tan natural. “Saber vivir es también saber morir, aunque la sociedad contemporánea nos enseñe muy poco de esto último”, escribió en una columna, en la que contaba que ya había firmado su voluntad anticipada, pues no quería someterse al “encarnizamiento terapéutico” de la quimioterapia.

“¡Pero me siento afortunada! ¿Es que quién logra estudiar un fenómeno toda su vida, desde múltiples disciplinas, y termina viviéndolo en carne propia?”, se pregunta, tras un trago de vino y una calada a un Piel Roja en la terraza de su casa en Chapinero, en Bogotá. “¡Era lo único que me faltaba! Lo concreté con una experiencia individual y personal. 45 años muy bien vividos”.

Tatiana, hija del médico boliviano Óscar Andia y de Mary Rey de Andia (el “núcleo central de su familia”), dedicó más de una década a entender las barreras que impiden a las personas acceder a los medicamentos que necesitan. Entre esos muros están —escribió alguna vez— los altos precios, la propiedad intelectual, los deficientes sistemas de salud o “la franca avaricia de unos pocos”. El “mercado más imperfecto de todos”, repetía en sus clases.

Junto a sus amigas Claudia Vaca y Carolina Gómez, lideró la regulación de precios de medicamentos que hoy hace posible, entre otras cosas, que sea más fácil pagar de nuestro bolsillo una píldora anticonceptiva, o que el valor de unas medicinas no pongan en aprietos las finanzas del sistema de salud. Fue, coinciden las tres, una de las épocas más felices de sus vidas. De ese *think tank* que crearon hace unos años en el piso 9 del Ministerio de Salud, como lo llamó Tatiana en las primeras páginas de su tesis de doctorado, resultaron esas más de 200 páginas que presentó para obtener su doctorado como socióloga en la Universidad de Brown, en Estados Unidos.

“Nunca pensé que podría apreciar un campo académico de la manera en que he llegado a apreciar la sociología. El amplio alcance y la flexibilidad del pensamiento sociológico permiten un escrutinio crítico, métodos mixtos y desarrollo de teorías como ningún otro campo de las ciencias sociales”, apuntó en las primeras líneas de agradecimientos en ese documento que analizaba cómo los burócratas, en el buen sentido de la palabra, inciden la formulación de las políticas farmacéuticas de América Latina. También recordaba que sus padres, con “su amor, apoyo y compromiso para transformar su realidad [...] son los únicos responsables” de todo lo que había logrado en la vida.

Ese “agudo ojo sociológico”, como lo llama José Luis Ortiz, sociólogo y uno de sus amigos más cercanos, le permitió comprender bien “los problemas del sistema de salud, las inequidades, las pujas por el poder que otros no vemos, las fuerzas que definen el devenir de las cosas”. Una “mente abarcadora”, son las mejores palabras que encuentra para definirla otro de sus buenos amigos, el exministro de Salud, Alejandro Gaviria. “Es alguien capaz de conectar mundos”.

Las nuevas gafas con las que le tocó ver ese sistema durante el último año, decía Tatiana, le han ratificado que esas “dos visiones” del sistema de salud —la de quienes lo alaban por sus logros que se traducen en buenos indicadores, y la de quienes lo critican por sus barreras para acceder a citas y tratamientos— tienen ambas algo de cierto, pero también se equivocan.

—Es que están todos tan afincados en su posición que lo que necesitan es un sacudón —dice y ríe—. Sigo creyendo, después de ser paciente, que este sistema es la política más socialista de Colombia, en el que cada cual aporta según su capacidad y permite que yo, una gomela de Bogotá, sea atendida en el Instituto Nacional de Cancerología por oncólogos increíbles, junto a un agricultor que viene de Villavicencio. Pero quienes solo publican datos y estadísticas alabando el sistema desconocen que hay pacientes sufriendo y pasándola muy mal porque no saben qué es esperar semanas o meses por una cita o una resonancia que es urgente. Es que estar enfermo se convierte en un trabajo de tiempo completo. Y si eso me pasa a mí que sé cómo funciona, pues imagínese a alguien que no.

Andrés Elías Molano, psicólogo, profesor y el amor de su vida —como ella lo llamaba—, tenía una buena manera de sintetizar esa idea: “Hemos trabajado tanto tiempo en construir un discurso social que uno no se da cuenta de la individualidad hasta que le toca la vida”.

Pero Tatiana, economista e historiadora e hija de un médico obsesionado con que el mundo de los medicamentos sea más transparente y porque su hija pensara desde la infancia en cómo transformar la realidad, cree que, en el fondo, debe haber un punto en el que esas narrativas pueden conciliarse. Su tránsito como paciente le ratificó, además, que tanto la izquierda, como el centro y la derecha a veces “instrumentalizan” a los pacientes para acomodar sus argumentos; que “es un error” inventarse un sistema desde cero o cambiar su diseño, y que hay problemas estructurales como la sostenibilidad. Por eso, insiste que es un engaño prometerle a todo el mundo una mejor atención en salud de la noche a la mañana, “porque es impagable, es ingestionable. Es pura carreta”.

Otro de los temas estructurales, anotaba en una columna, tiene que ver la ultra medicalización y farmaceúticas de la vida, para prolongarla a toda costa. Aunque la innovación farmacéutica le permitió vivir con calidad de

vida durante el último año y el sistema de salud costeó su tratamiento, no dejó de hacerse las mismas preguntas.

—Lo que es absurdo e insostenible es definir los precios de tecnologías que salvan vidas en términos de cuánto estamos dispuestos a pagar por una vida, por un beso o un abrazo más —escribió en la última columna en *Razón Pública*—. Eso no solo es extorsionar personas y sistemas de salud, sino que [también] oculta el verdadero valor de las tecnologías en salud [...] ¿Cuánto cuestan realmente, y no cuánto estamos dispuestos a pagar por ellas?, es la pregunta que nos deberíamos hacer.

Para ponerlo en términos de Claudia Vaca, fueron meses para reflexionar sobre esos dilemas profundos, imposibles de abarcar en un homenaje de unas páginas de periódico: “Es agradecer la innovación farmacéutica, pero no está bien que una pastilla valga \$ 24 millones o \$ 30 millones porque es imposible pagarlos y amplificar su acceso”.

Hoy Tatiana, la amiga que transformó la amistad en amor con Claudia y Carolina, la que José Luis llama hermana, con la que Alejandro Gaviria siente una conexión casi espiritual que estrechó el cáncer —las “coincidencias”, repite—, está tranquila en su casa, escuchando lecturas de novelas y poemas que le hacen sus amigos más cercanos, y feliz porque, en buena medida, siguió al pie de la letra la más revolucionaria de las enseñanzas que recibió: vivir con intensidad, con plenitud, como le insistía su madre. Se siente leve, no tiene nada pendiente y está dichosa de pasar estos días con Andrés Elías. Dice él que, desde el primer día, sus ojos se clavaron en los de ella, y los de ella en él, y no han dejado de gozar y de aprender.

Después de todo, escribían sus alumnos, Tatiana Andia, quien desarrolló “la amistad como un método sociológico”, nos enseñó a habitar el único momento que realmente importa: hoy.

Poesía matutina, escritura y la carrera contra el cáncer*

TATIANA ANDIA REY

¿POR QUÉ ESCRIBO? ¿Para quién escribo? Porque todavía puedo; para los que me aman y para quien le interese. El “tiempo apremia”, porque quién sabe cuánta lucidez me quede.

Encuentro consuelo en las madrugadas recitando poemas en mi mente. Me sé varios porque a Everaldo, mi exesposo, le gustaba elegir poemas que creía que valía la pena aprenderse y que tenían rima, lo cual facilitaba la tarea de memorización.

Solía decirme que yo tenía talento y buena memoria; excepcional. Tal vez, por eso recito y escribo, como antídoto para el del deterioro mental. Tal vez por eso pienso algo como “mejor adelantársele al cáncer que me invade la cabeza”.

Escribo ávidamente con una sensación de “el tiempo apremia”, porque quién sabe cuánta lucidez me quede.

Mi repertorio poético mental matutino incluye “The Tiger” (“El tigre”), de William Blake; “The More Loving One” (“El más amoroso”) de W. H. Auden; “Death by Water” (“Muerte por agua”), de T. S. Eliot, y “Me moriré en París con aguacero”, de César Vallejo.

¿Que por qué y para quién escribo?, me preguntan algunos. Mi respuesta es porque todavía puedo y lo hago para mí misma, para los que me aman y para todo al que le interese.

* Una versión de este texto fue publicada en *El Espectador* el 22 de enero del 2025.

Llamadas telefónicas

PATRICIO PRON

PARECE HABER MUCHAS razones para escribir. Pero hay pocas para publicar, y la única buena que yo conozco es que existe la posibilidad de que, habiéndolo publicado, lo escrito resuene poderosamente en la vida de alguien. Lo arrastre consigo. Le hable. Lo interrogue. Lo sostenga en tiempos de dificultad. Le recuerde que no está solo, y que lo que le sucede es parte de ese enorme tapiz de gestos y hechos y palabras que llamamos el mundo; una tela extensísima y misteriosa en la que nuestros destinos están anudados.

De ese alguien a quien nuestros libros se dirigen, los escritores no sabemos mucho. Y puede que sea mejor así, en más de un sentido. No importa cuántas veces nos encontremos con nuestros lectores, leamos sus mensajes o —si somos afortunados, y yo lo soy— los escuchemos hablar de nuestros libros: desde el momento de su publicación, y más aún, desde el de su lectura, esos libros son parte de sus vidas, más que de la nuestra. Y hacen en ellas cosas que no podemos siquiera imaginar, que raramente logramos comprender. Quizás no suceda a menudo, pero a veces pasa: esos libros dejan en las vidas de sus lectores un rastro similar al que dejaron en las nuestras los que más nos gustaron, aquellos de los que solemos decir —simplificando mucho— que “nos cambiaron la vida”.

Unos días atrás, una llamada telefónica algo rutinaria dio un giro inesperado. Un amigo me habló de una amiga suya que ha rechazado los procedimientos habituales para prolongar la vida de las personas que —como en su caso— se enfrentan a una enfermedad irreversible, y de lo que esa amiga le había pedido a otra persona que hiciera por ella: que le leyera por teléfono mi última novela. Las llamadas se producían todos los días, a una hora determinada de antemano.

Su amiga —le leí después— esperaba las entregas “como me imagino se esperaban los capítulos de las radionovelas”, en una forma “nueva y hermosa” de estar junto a las personas que ama.

Marguerite Duras escribió en una oportunidad que “escribir es intentar saber qué escribiríamos si escribiésemos”. No hay ni una sola palabra de más en esa frase, y la verdad que expresa es bien conocida por todos los que alguna vez han escrito o han intentado escribir. Pero ¿cómo saberlo cuando nuestro lector es una persona que está muriendo? ¿Qué palabras emplear que no palidezcan en las circunstancias en las que esa persona se encuentra? ¿Cómo expresar nuestra perplejidad y nuestra gratitud por el tiempo que ha puesto en nuestras manos al escoger uno de nuestros libros? ¿Y cómo hacerlo cuando, además, esa persona sabe que sus días —como los de todos los demás, aunque prefiramos olvidarlo— están contados? Ningún escritor debería perder el tiempo ni hacérselo perder a sus lectores, esa es mi divisa. Debajo de mi ventana, un predicador en la esquina de la 41 con la Quinta Avenida lleva un largo rato hablando del pecado y de la redención. A veces estalla en risas, no sé por qué. Dentro de unas semanas, el país votará en una elección en la que parecen estar en juego algo más que los próximos cuatro años de nuestras vidas. Quizás sabe algo que los demás desconocemos.

Desde que mi amigo me habló de la joven a la que le leen mi novela, he estado pensando en escribir estas líneas. Pero sigo sin saber cómo hacerlo. No es algo habitual entre quienes leemos libros: a veces tenemos la impresión de que uno ha sido escrito para nosotros, y solo para nosotros. Naturalmente, esto no es cierto. Pero hay algo en ello que sí es verdad, de algún modo. Ahora que la historia de la amiga de mi amigo, la socióloga colombiana Tatiana Andía, es pública, pienso que escribir no es solo “intentar saber qué escribiríamos si escribiésemos”, sino también para quién. Y que, sin saberlo, yo escribí mi último libro —todos, en realidad— para personas como ella. Personas que saben que el tiempo se les acaba, pero siguen buscando en los libros sentido y consuelo para ellas y para los demás. Deberíamos escribir todos nuestros libros para personas así. Escribirlos para que alguien, un día, se los lea en el teléfono a alguien que los necesita, en una conversación en la que —aun cuando no estemos allí— seamos parte. Quizás sea lo más difícil de hacer que haya, pero también lo único que valga la pena hacer.

Cosas que extraño*

TATIANA ANDIA REY

SI POR MÍ fuera, quisiera que no hubiera cajón ni funeral, pero si algo entendí con la muerte de mi madre es que todo lo que queda, desde el rito hasta los restos, pertenece a los vivos y su objetivo es darles consuelo a ellos.

Ramiro, el gato negro que vive en esta casa, se despierta y me despierta muy temprano en la mañana. Procede a ubicarse en mi cuello, entre el mentón y el pecho. Comparte ese espacio con el Niqui, un perro de peluche que tengo desde los o años y con el que duermo todas las noches desde entonces.

Hasta hace poco —antes del cáncer—, Niqui permanecía oculto, debajo de la almohada, como se espera de un peluche raído que hace muchos años no corresponde con la edad de su propietaria y del que, con toda razón, yo sentía vergüenza. Cuando lo vio por primera vez, Andrés Elías, que es psicólogo del desarrollo, dijo que era un clásico “objeto transicional”. Es decir, un objeto que los niños eligen desde muy pequeños para sentirse tranquilos cuando están lejos de sus padres. De ahí surgió el chiste —de mi autoría, aunque un poco cruel— de que yo conservo mi objeto transicional justo porque no “transicioné” nunca a la adultez. En la versión más benévolas, simplemente me quedé siendo una consentida incorregible.

Hace poco, Mariana, mi prima con la que crecí y que, por lo tanto, está bastante familiarizada con el Niqui, se quedó a dormir en nuestra casa. Dormimos

* Una versión de este texto fue publicada en *El Espectador* el 25 de enero del 2025.

en la misma cama, como cuando éramos pequeñas. Mariana dijo reconocer el olor que, según ella, el Niqui conserva desde tiempos inmemoriales.

Bueno, pues el Niqui es un objeto de otra época que atesoro efectivamente porque me da paz, al punto que, en un comentario soez, como los que yo suelo hacer, le pregunté a Mariana “¿cómo hará la gente que no conserva su objeto transicional para hacer la transición a la muerte?”.

De hecho, desde muy pequeña, recuerdo decirle a mi madre que yo quería que me enterraran con mi Niqui. Ese pensamiento debió coincidir con la muerte de mi abuela Alicia, a quien enterramos con las estatuillas de sus santos favoritos, que eran José Gregorio Hernández y san Antonio de Padua —al que guardaba en el clóset de cabeza porque nunca perdió la esperanza de conseguir un “buen novio”—. Las estatuillas seguramente le daban paz, o eso creyeron los hijos y nietos que la “organizaron” para la funeraria —les debía dar paz a ellos—.

Esa primera imagen de alguien sin vida, en un cajón, me debió impactar al punto de sentir que era indispensable decidir con qué objeto quería compartir cajón cuando estuviera muerta.

Algo de eso debe presentir Ramiro, el gato, que no me deja ni a sol ni a sombra y que no le importa compartir puesto con el Niqui.

Andrés Elías dice que lo de Ramiro y mío fue amor a primera vista y que el gato “me levantó” —usando la expresión muy colombiana y muy ochentera para decir que me conquistó— desde el primer día que entré a su apartamento, donde Andrés Elías vivía solo con sus tres gatitos, que ahora son nuestros tres gatitos. Pero Ramiro es el más sociable de todos. Por eso yo le atribuí el apelativo de gato-perro. Pero ahora está más gato-perro que nunca; no me deja ni a sol ni a sombra, lo que no es difícil porque, como me gusta decir en chiste, mi movilidad está más reducida que la de Bogotá.

Entonces, no dejarme ni a sol ni a sombra, en realidad, significa estar encima mío, en la cama, todo el día e, incluso, obstaculizar el traslado a la silla de escritorio con rueditas que Andrés Elías tuvo la brillante idea de adaptar en silla de ruedas o instrumento para facilitar mi traslado de un cuarto a otro.

Volviendo al objeto para compartir cajón y, para tranquilidad de los lectores, no pienso que Ramiro pueda sustituir al Niqui en ese trabajo.

Como es natural, mis preferencias con respecto al funeral y al cajón han cambiado. Si por mí fuera, quisiera que no hubiera cajón ni funeral. Pero entiendo que esa es una teoría tan utópica como la de mi madre cuando se imaginaba que sus cenizas debían lanzarse al mar o al viento.

Si algo entendí con la muerte de mi madre es que todo lo que queda, desde el rito hasta los restos, pertenece a los vivos y su objetivo es darles consuelo a ellos.

Se acabó la fiesta*

TATIANA ANDIA REY

Me disponía a hacer una larga lista, no exhaustiva, de las cosas que extraño. Comenzaría con cosas muy básicas o, como ahora les digo, los “pequeños grandes placeres” que no sabía que eran placeres: bajar las escaleras, preparar un café y sostener la taza con suficiente solvencia como para evitar tirármelo encima y disfrutarlo plenamente —algo que solo ocurre después de haber logrado todo lo anterior—. Poder expresar mi humor cáustico por escrito en los chats sin tener que grabar audios porque finalmente no logré escribir lo que quería. Las largas caminatas conversando con amigos y con Andrés Elías. Luego habría incluido los “grandes, grandes placeres” como el sexo apasionado y el baile apretujado.

Me costó muchísimo trabajo, pero desistí de hacer la lista. Probablemente iba a ser muy larga y un poco plañidera. Al final, básicamente extraño estar en el mundo plenamente, como solía estar, como la gente que me conoce y me quiere dice recordarlo. Extraño que mi vida no sea un simulacro, que no sea el ensayo de una obra de teatro. Estoy exhausta y quiero levantar el telón.

Por alguna razón, desconocida para mí, siento que lo que escribo debe ser motivacional y, a la vez, no puedo ser motivacional. Creo que es mucho pedirle a la moribunda que, además, motive a los vivos a vivir. No tener un cáncer terminal debería ser motivación suficiente.

Andrés Elías me critica por querer escribir sobre esta experiencia. Incluso ha llegado a decirme Jesucrista, siempre en tono burlón y medio en chiste. Pero

* Una versión de este texto fue publicada en *El Espectador* el 26 de febrero del 2025.

igual, entiendo el mensaje: no hay necesidad de exponer la vida “privada” a este nivel. Sin embargo, siento la necesidad de hacerlo, quiero hacerlo porque nadie habla de esto y si mis palabras son medianamente útiles para alguien más, me parece que ya habría valido la pena.

Morirse no es fácil, aunque sea un proceso natural que nos espera a todos. Yo misma sobresimplifiqué la eutanasia. Pero no es tan fácil, no es solo un trámite. Como muchos otros derechos fundamentales es bueno y da tranquilidad que exista en el papel, pero ejercerlo en la práctica es otra historia. Y no es por ninguna barrera administrativa, sino por las barreras culturales y sociales.

El acto más natural de todos, al que todos llegamos tarde o temprano, está lleno de mitos. A pesar de que todos sabemos que nos vamos a morir, no sabemos lidiar con la muerte, ni con la propia, ni con la de nuestros seres queridos. Por eso, a veces, no solo no ayudamos a quienes amamos al tránsito hacia la muerte, sino que también lo obstaculizamos.

Ahora me doy cuenta de que hacer la lista de lo que extraño no era más que una justificación para los demás, para explicar por qué me dispongo a tirar la toalla. Se me olvida que es mi vida, y es mi derecho decidir cuándo termina.

Se acabó la fiesta, justamente porque dejó de ser una fiesta y se convirtió en un suplicio. Y no tengo que demostrarle a nadie cuánto sufro. No es menester que la gente vea que, incluso en mi decaída, sigo con el balón en la mano. Simplemente, se acabó la fiesta. Me apagaron la música. Me retiro con dignidad.

Nota de José Luis Ortiz: Tatiana me envió este escrito el 2 de febrero del 2025. Me pidió que lo revisara y lo enviara a *El Espectador* cuando ella hubiese fallecido. Hice ajustes menores, pero el contenido es totalmente de ella. Esta fue una de sus últimas voluntades y, con el corazón roto, me alegra haber podido honrarla.

Reseñas biográficas

María José Álvarez Rivadulla. Profesora del Área de Sociología de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de los Andes.

Tatiana Andia Rey. Profesora del Área de Sociología de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de los Andes.

Carlos Andrés Baquero Díaz. Director de investigaciones, Programa TERRA, Universidad de Nueva York (NYU).

Nitsan Chorev. Profesora Harmon Family de sociología y estudios públicos e internacionales de la Universidad de Brown.

Juan Sebastián Gómez. Economista y magíster en Sociología de la Universidad de los Andes.

Juan Manuel González. *Senior fellow* del Observatorio Latino Americano (OLA) y profesor adjunto en los programas de Asuntos Internacionales y de Políticas Públicas y Urbanas, The New School, Nueva York.

Diana Graizbord. Profesora del Departamento de Sociología en la Universidad de Georgia.

Esteban Jerez Díaz. Estudiante del Doctorado en Antropología de la Universidad de los Andes.

María Camila Jiménez. Magíster en Sociología de la Universidad de los Andes y estudiante de la Maestría en Políticas Públicas de la Universidad de Edimburgo.

Everaldo Lamprea Montealegre. Abogado y académico.

Andrés Elías Molano. Profesor de la Facultad de Educación de la Universidad de los Andes.

Paola Molano Ayala. Coordinadora del equipo de Justicia Transicional en el Centro de Estudios de Derecho, Justicia y Sociedad (Dejusticia).

Álvaro Morales. Economista.

Patrício Pron. Escritor y becario Dorothy and Lewis B. Cullman del Centro para Académicos y Escritores de la New York Public Library.

César Rodríguez Garavito. Profesor de la Facultad de Derecho de la Universidad de Nueva York (NYU).

Michael Rodríguez-Muñiz. Profesor del Departamento de Sociología en la Universidad de Berkeley.

Ken Shalden. Profesor de Estudios del Desarrollo en el Departamento de Desarrollo Internacional en London School of Economics and Political Science.

Sergio Silva Numa. Editor de las secciones de ciencia, salud y ambiente de *El Espectador*.

María Gabriela Vargas. Polítóloga de la Universidad de los Andes y magíster en Política Social e Investigación Social de University College London.



Esta publicación se compuso en la tipografía Minion Pro.
Se terminó de imprimir en Bogotá, en octubre del 2025.



Todos los libros de Ediciones Uniandes
a un clic de distancia

Conoce nuestra página web



Escanea el código o visita
ediciones.uniandes.edu.co



Ediciones Uniandes

Yacimiento del Siglo y Crudo.

